Haruki Murakami

PRIMERA PERSONA DEL SINGULAR

colección andanzas

TUSQUETS EDITORES

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
1. Áspera almohada de piedra
2. Flor y nata
3. «Charlie Parker Plays Bossa Nova»
4. En compañía de los Beatles
5. «Antología poética de los Yakult Swalows de Tokio»
6. Carnaval
7. Confesiones de un mono de Shinagawa
8. Primera persona del singular
Notas
Créditos

Sinopsis

Amores de adolescencia evocados con serena nostalgia, jóvenes apenas vislumbradas, reseñas de jazz sobre discos imposibles, un poeta amante del béisbol, un simio parlante que trabaja como masajista y un anciano que habla del círculo con varios centros… Los personajes y las escenas de este esperadísimo volumen de relatos hacen saltar por los aires los límites entre la imaginación y el mundo real. Y nos devuelven, intactos, los amores perdidos, las relaciones truncadas y la soledad, la adolescencia, los reencuentros y, sobre todo, la memoria del amor, porque «nadie podrá arrebatarnos el recuerdo de haber amado o de haber estado enamorados alguna vez en la vida», asegura el narrador. Un narrador en primera persona que, a veces, podría ser el propio Murakami. ¿Es entonces un libro de memorias, unos relatos con tintes autobiográficos o un volumen exclusivamente de ficción? El lector tendrá que decidir.

Primera persona del singular

Haruki Murakami

Traducido del japonés por Juan Francisco González Sánchez

TUSQUETS EDITORES

1
Áspera piedra, fría almohada

Pese a ser la protagonista de la historia que me dispongo a narrar a continuación, no hay mucho que pueda contarles de aquella mujer de quien incluso he olvidado su rostro y su nombre, y de la que, no obstante, confío en que haya hecho lo propio conmigo.

Cuando la conocí, yo todavía me encontraba cursando segundo en la universidad y no había cumplido aún veinte años, mientras que ella debía de tener veintitantos. El azar nos llevó a coincidir mientras trabajábamos en el mismo turno de uno de esos empleos a tiempo parcial, y a que nos conociéramos allí, y las insondables chanzas del destino quisieron que pasáramos una noche juntos y que no volviéramos a vernos.

A mis diecinueve años, no sabía nada de los asuntos del corazón, ni del mío ni, por supuesto, del de los demás, y aunque de vez en cuando me veía sorprendido y zarandeado por los bandazos de la tristeza y la alegría, todavía era incapaz de entender que, entre ambos extremos, podía desplegarse todo un abanico de estados intermedios, lo cual me desconcertaba a menudo y me desanimaba bastante.

Pero hablaré de ella.

Los únicos detalles biográficos que conozco son que escribía tankas, es decir, poemas de métrica clásica japonesa, y que había publicado un poemario. Nada más. Y lo de *publicado* es un decir, porque lo cierto es que todo, desde la encuadernación realizada con hilo burdo de cometa hasta la impresión de sus páginas y su precaria cubierta, parecía haber corrido por cuenta propia. Lo llamativo del asunto es que un buen número de aquellas tankas se me quedaron profundamente grabadas en la mente, e incluso diría que en mi corazón, y nunca he llegado a olvidarlas pese al paso de los años; tankas de amor y de muerte en las que se rechazaba la

separación nominal de ambos conceptos.

Un largo trecho / se interpone entre ambos, / mar infinito.
¿Fue acaso sensato / volar hasta Júpiter?

Áspera piedra, / en ti mi sien apoyo, / fría almohada,
y el flujo palpitante / de mi sangre escucho.

Yacíamos ambos desnudos en la cama cuando ella me preguntó:

—¿Te molestaría que dijera el nombre de otro chico en el momento de correrme?

—No —repliqué.

Mi sencilla respuesta no venía avalada por ninguna experiencia anterior en semejante tipo de excentricidades, pero, mientras no se tratara más que de eso, pensé que podría tolerarlo. Al fin y al cabo, sería tan solo un nombre, una palabra. Y una palabra no tenía por qué cambiar nada de lo que, en principio, iba a suceder entre ella y yo.

—Puede que —aclaró con cierta reticencia— no me limite solo a decirlo, sino que lo grite.

—¿Estás de broma? —exclamé de inmediato, con disgusto. Mi apartamento se hallaba en un vetusto edificio de madera de paredes tan finas y endebles como papel de pergamino, de manera que todo lo que superara un irrisorio grado de volumen sonoro se oiría con perfecta y nítida claridad en el piso de al lado.

—Bien, pues morderé una toalla cuando llegue el fatídico momento, ¿qué te parece? —propuso resuelta.

Seleccioné la toalla más presentable y en mejor estado del cuarto de baño y la dejé junto a la almohada.

—¿Servirá? —pregunté.

Ella tomó la toalla y la mordió varias veces con concienzuda fruición, cual yegua que cierra sus quijadas sobre el bocado. Asintió con la cabeza en claro gesto de aprobación.

Un fortuito encadenamiento de hechos nos había llevado a aquella pintoresca situación, en la que ambos desnudos en la cama

comprobábamos la validez de determinada toalla cuya función era ahogar un grito orgásmico. Por mi parte, no había nada premeditado, como tampoco creo que lo hubiera por parte de ella. Llevábamos medio mes trabajando juntos aquel invierno en un restaurante italiano de poca monta en Yotsuya, pero en puestos algo separados —yo fregando platos o como ayudante de cocina, según fuera menester, y ella como camarera— y apenas habíamos tenido la oportunidad de charlar con cierto sosiego. Ella era la única allí que no compaginaba el empleo a tiempo parcial con los estudios universitarios, y tal vez por esa razón era, entre todos los empleados, quien se tomaba las cosas con más tranquilidad e indolencia.

Había decidido dejar el trabajo a mediados de diciembre y, cierto día próximo a la fecha señalada, nos juntamos unos cuantos jóvenes empleados para ir a tomar algo a un bar cercano. Nada particularmente ceremonioso, tan solo una agradable reunión entre conocidos regada con cerveza de barril y aderezada con algo para picar, a modo de despedida. Entre los numerosos temas de conversación informal que surgieron durante la hora que se alargó aquello, me enteré de que, con anterioridad, había trabajado en una pequeña inmobiliaria y como dependienta en una librería. Por lo visto, en ninguno de los dos empleos había hecho buenas migas con el jefe ni con el encargado. En el restaurante, sin embargo, no había tenido ningún problema de ese tipo, pero el sueldo era tan bajo que apenas le daba para vivir y, pese a sentirse relativamente cómoda allí, no le quedaba más remedio que buscar otro empleo.

Alguno de mis compañeros le preguntó qué nuevo trabajo aspiraba a encontrar.

—El tipo de empleo es lo de menos —replicó ella mientras se frotaba con la yema de los dedos las aletas de la nariz. Tenía a un lado de la nariz, como si fuera una pequeña constelación, dos lunares coquetos—. No espero nada de ninguno.

Yo vivía por aquel entonces en el barrio de Asagaya y ella en la ciudad periférica de Koganei, de modo que el trayecto más lógico para ambos consistía en coger el metro en la estación de Yotsuya y tomar la línea Chuo. Eran más de las once de una

desapacible noche, fría y ventosa, cuando por fin nos subimos al metro y no sentamos juntos. El invierno se había recrudecido rauda y sigilosamente, pillando a todo el mundo desprevenido, sin guantes ni bufanda, o complementos similares, que de pronto resultaban imprescindibles. Cerca de Asagawa me puse en pie. Ella alzó la cabeza y, mirándome, dijo con un hilo de voz:

—¿Te importaría que me quedase esta noche en tu casa?

—Supongo que no. Pero ¿por qué?

—Koganei queda todavía bastante lejos —se excusó ella.

—Hay muy poco espacio y no veas el desorden que reina por todos lados —avisé.

—No importa —aseguró, y se agarró a mi brazo.

Y así fue como acabó en mi pequeño y destartalado apartamento. Una vez allí, le ofrecí una lata de cerveza y cogí otra para mí. Bebimos despacio, deleitándonos en el lento discurrir del tiempo. Tras apurar su lata, ella se incorporó y, como un fogonazo ante mi incrédula mirada, se desvistió con absoluta naturalidad y se metió en la cama. Ni corto ni perezoso, decidí desnudarme yo también y, tras apagar la luz, me metí en la cama, entre cuyas sábanas nos abrazamos torpemente tratando de entrar en calor. La noche era gélida pese a los esfuerzos de la estufa de gas, cuya pequeña llama apenas iluminaba la habitación. Permanecimos un buen rato en silencio. Aquel repentino e inesperado desarrollo de los acontecimientos no nos lo puso fácil para encontrar un tema de conversación que no sonara forzado o postizo. Fuimos entrando en calor y nuestros cuerpos perdieron la rigidez inicial y se fueron relajando, abriendo la vía a un nuevo flujo de sensaciones en la piel. Jamás había imaginado un grado tan intenso de intimidad como el que estaba experimentando. Fue entonces cuando me hizo la pregunta a que me he referido más arriba:

—¿Te molestaría que dijera el nombre de otro chico en el momento de correrme?

—Supongo que se trata de alguien que te gusta, ¿no? —comenté, una vez preparada la toalla.

—Sí, claro que me gusta —admitió con desparpajo—. Muchísimo. Mucho, mucho. No me lo quito de la cabeza. Pero él

pasa completamente de mí. ¿Qué digo? No solo no le intereso, sino que está metido hasta la médula en una relación seria con otra persona. Ya ves tú.

—Pero intuyo que os veis de vez en cuando...

—Me llama por teléfono cuando le apetece acostarse conmigo —replicó ella—. Como quien pide comida a domicilio, ¿sabes?

Ante semejante declaración no se me ocurrió qué decir y guardé silencio. Ella deslizó entonces su dedo índice por mi espalda como si trazara las líneas de una figura geométrica o escribiera una palabra.

—Dice que soy fea, pero que mi cuerpo es de matrícula de honor —informó.

No estuve de acuerdo en que fuera fea. Si bien nadie afirmaría que su rostro era de una belleza canónica, el caso es que tampoco se me antojaba especialmente feo. No consigo recordar, sin embargo, detalle alguno de sus rasgos, y me veo, por tanto, incapaz de ofrecer una descripción fidedigna que pudiera ayudar al lector a formarse una imagen de ella.

—¿Y acudes a sus llamadas? —pregunté.

—¿Qué remedio me queda? Ya te he dicho que me gusta mucho —replicó con tono de obviedad—. Además, de vez en cuando me gusta que el calor de un cuerpo masculino me conforte.

Me quedé pensando en sus palabras. No acertaba a entender con exactitud ese tipo de anhelo en una mujer. ¿Cómo era ese sentimiento en concreto al que se refería? Creo que es algo que nunca he llegado a entender, ni siquiera hoy día.

—Enamorarse de alguien es como contraer una enfermedad mental no cubierta por el seguro médico —declaró en un tono plano y monótono, como si leyera un letrero.

—Supongo que tienes razón —convine con honesta admiración.

—Así que, ya sabes, tienes vía libre para pensar en otra mientras lo hacemos —sugirió—. No irás a decirme que no tienes una musa de tus pensamientos, ¿no?

—La tengo.

—Entonces, grita su nombre en el momento del orgasmo —

propuso animosa—. Evidentemente, no seré yo quien te reproche que lo hagas.

Consideré la posibilidad, pero no la llevé a cabo. Hicimos el amor y eyaculé en silencio. La relación que había mantenido con la chica de mis pensamientos se había deteriorado por determinada circunstancia y no había vuelto a recuperarla del todo, de modo que gritar apasionadamente su nombre en el momento del clímax se me antojó pueril. Por el contrario, mi compañera de cama se lanzó sin reparo, en caída libre, a un frenético grito que apenas logré sofocar colocándole la toalla entre los dientes justo cuando se disponía a chillar. Por cierto, qué dentadura tan fuerte y compacta la suya. Sería la admiración de los dentistas. ¿Qué nombre salió de su garganta y quedó amortiguado a duras penas por la toalla? Vuelvo a preguntármelo ahora, y aunque no lo recuerdo con exactitud, sí sé que era de lo más vulgar y corriente; sé que me llamó la atención el hecho de que un nombre tan insulso pudiera albergar para ella una carga de sentido tan potente como para desear gritarlo con todas sus fuerzas. Sin duda, en las condiciones adecuadas, un simple nombre o una palabra bastan para conmover el corazón humano.

Al día siguiente, tenía una clase a primera hora de la mañana y debía entregar un ensayo para la evaluación del primer cuatrimestre. Evidentemente, no hice ninguna de las dos cosas y ello me causó considerables quebraderos de cabeza, pero esa es otra historia que no viene del todo al caso contar en esta ocasión. Nos despertamos casi al mediodía e inmediatamente me levanté para preparar un café instantáneo y unas tostadas. Cogí unos huevos que quedaban en la nevera y, mientras los cocía, una embriagadora sensación de entumecimiento recorrió mi cuerpo bajo la deslumbrante luminosidad del sol, que brillaba desde su cenit con inusitado esplendor, dominando el azul raso e inmaculado del cielo.

Mientras mordía una tostada untada de mantequilla, ella me

preguntó:

—¿Qué estudias en la universidad?

—Literatura —respondí.

—¿Aspiras a convertirte en novelista?

—No especialmente —repliqué con sinceridad—. Al menos, no estudio literatura con ese objetivo concreto.

En realidad, no solo no tenía particular intención de escribir novelas, sino que ni siquiera se me había pasado por la cabeza la idea de llegar a hacerlo (pese a que en mi clase había un abrumador número de estudiantes que habían expresado públicamente su ambición de convertirse en literatos). Ante semejante confesión por mi parte, ella pareció perder al instante el interés que pudiera tener en mí, si es que había tenido alguno.

Bajo la luminosa claridad del día, la nítida marca dejada por sus dientes en la toalla, tras hundirse en ella y apretarla con fuerza, adquiría una dimensión extraña. Observar su cuerpo a la luz del sol me produjo también cierta sensación que podía describir como de irrealidad. Algo en él no terminaba de encajar ni corresponderse con la persona con quien había pasado la noche. Era un cuerpo menudo y huesudo, lívido hasta parecer enfermizo, diferente del que yo guardaba en mi recuerdo de la noche anterior, cuando se acurrucaba entre mis brazos, con su voz mimosa y coqueta, y su piel de marfil bañada por el resplandor de la luna que se filtraba por la ventana.

—Yo escribo poesía tradicional, escribo tankas —dijo abruptamente.

—¿Tankas? —pregunté.

—Sabes a qué me refiero, ¿no?

—Sí, claro.

A aquella edad relativamente temprana de mi vida, era un ingenuo y un completo ignorante de cómo funciona el mundo, pero al menos conocía la métrica de las tankas.

—Es que me ha sorprendido un poco, porque nunca me había cruzado con nadie que se dedicara a esa forma poética.

Ella sonrió divertida.

—Pues, mira, hay gente así. Aquí tienes a una.

—¿Debo suponer que perteneces a una agrupación poética o algo así? —pregunté de forma tan necia como candorosa.

—No, claro que no —contestó y se encogió levemente de hombros—. La poesía es cosa de uno, nace del individuo, de su intimidad, ¿no te parece? ¿O acaso crees que es como jugar al baloncesto?

—Ya... Bueno, me parece curioso.

—¿Sí? ¿Te apetecería escuchar alguna?

Asentí con la cabeza.

—¿De verdad? —dudó ella—. ¿No lo dices por complacerme?

—Lo digo completamente en serio —aseguré.

Y no mentía. Cierta parte de mí ansiaba conocer lo que escribía una chica a la que había tenido entre mis brazos unas horas antes y a quien había tenido que poner una toalla entre los dientes para evitar que gritara a los cuatro vientos el nombre de un chico que no era yo.

Lo meditó durante unos instantes y, finalmente, dijo:

—Me da reparo recitar mi poesía aquí y ahora. Supongo que a estas horas de la mañana no encaja. Mira, vamos a hacer una cosa. Si tu deseo es sincero, te enviaré un volumen recopilatorio que he publicado, ¿de acuerdo? Dame tu nombre y tu dirección.

Apunté ambos en la hoja de una libreta, la arranqué y se la entregué. La tomó y, durante unos instantes, contempló lo que había escrito, luego dobló el papel por la mitad, lo dobló una vez más y lo guardó en el bolsillo de su gastado abrigo verde pálido, en cuyo cuello redondo llevaba un broche plateado con motivos florales de lirios de los valles. Aunque sigo ignorando como entonces todo sobre las flores y sus nombres, todavía recuerdo la chispeante sinfonía de brillos y destellos que emitían los lirios a la luz que entraba por la ventana (era un tipo de flor que hacía tiempo que me gustaba mucho).

—Muchas gracias por permitirme pasar la noche aquí. Lo último que deseaba era continuar el trayecto sola hasta Koganei —dijo como parte de su breve discurso de despedida—. A veces, las mujeres simplemente necesitamos sentirnos acompañadas.

Entonces lo comprendí. Supe que no volvería a verla.

Simplemente, no deseaba continuar el trayecto sola hasta Koganei.

Una semana más tarde recibí un sobre con su libro de poemas. Para ser honesto diré que no había albergado casi ninguna esperanza de que se tomara la molestia de enviármelo. Pero, efectivamente, ahí lo tenía, en mis manos. Me había imaginado que para cuando hubiese llegado a su apartamento en Koganei se habría olvidado por completo de mí (o, peor aún, que estaría haciendo denodados esfuerzos por olvidarme lo más rápido posible), y, por tanto, la idea de que se tomara la molestia de introducir el libro en un sobre, escribir mi nombre y dirección, pegar los sellos correspondientes y llevarlo a una oficina de correos se me antojaba poco menos que inverosímil. De ahí mi considerable sorpresa cuando me encontré con el mencionado sobre encajado en el buzón de casa.

El título del poemario era *Áspera piedra, fría almohada*, y como autora figuraba solamente el nombre de Chiho. Pese a que desconozco si era su nombre auténtico o si se trataba de un pseudónimo, sí tengo la certeza de que nadie lo utilizó para dirigirse a ella en el restaurante (de hecho, ni siquiera recuerdo el nombre, o quizás apelativo, con el que, *de facto*, la llamaban los compañeros de trabajo). El sobre, uno de esos color marrón de oficina, no llevaba remite y en su interior no se adjuntaba carta o tarjeta postal alguna. El fino volumen cosido con hilo blanco de cometa aguardaba agazapado y en soledad a que lo extrajera de ahí. Pese a la evidencia de tratarse de un trabajo casero, había sido llevado a cabo con suficiente esmero. El papel era grueso y de buena calidad; y la impresión, clara y límpida, con hermosos y elegantes caracteres. La imaginé a ella apilando, diligente y pacientemente, las páginas en su debido orden, añadiendo la portada y cosiendo el lomo con aguja e hilo para encuadernar cada volumen y, así, ahorrarse los servicios de una imprenta. La imaginaba enfrascada en semejantes menesteres, pero no veía su figura ni su rostro delineados con claridad y nitidez en mi mente.

Reparé entonces en que la primera página llevaba estampado el número veintiocho, lo cual significaba que aquel era el vigésimo octavo ejemplar de una edición limitada. Me pregunté de cuántos ejemplares en total constaría dicha edición. No encontré el precio por ningún sitio. Seguramente, nunca lo había tenido.

Dejé el libro sobre la mesa del comedor sin hojearlo o abrirlo siquiera. Al pasar por delante, mis ojos se posaban a veces en la portada durante un esquivo instante, pero nada más. Ni siquiera le eché un fugaz vistazo al interior. Pero no hacerlo no debe entenderse como falta de interés, pasividad indolente o despecho hacia ella, sino como una muestra del enorme respeto y consideración que merecía, a mi parecer, cualquiera que se hubiese tomado el tiempo y la dedicación necesarios para crear poesía, sobre todo si me había acostado con ella tan solo una semana antes. Por eso no debía leerlo a la ligera, sino cuando me sintiera en la disposición adecuada para ello. Por fin, la noche del sábado o el domingo siguientes, me encontré con el ánimo preparado para acometer la lectura del libro. Me acomodé junto a la ventana y leí, arropado por la desvaída luz del atardecer invernal, las cuarenta y dos tankas incluidas en la antología, una por página. Desde luego, la extensión del texto impreso era más bien corta. No había prólogo ni epílogo, como tampoco fecha de edición. Solo poemas impresos con caracteres negros en el centro de las páginas con enormes márgenes en blanco.

La relativamente larga espera antes de leerlos no implicaba por mi parte unas expectativas demasiado altas en cuanto a la calidad artística de los poemas. Como ya he indicado más arriba, mi motivación inicial para leerlos no se debía más que a la coyuntura personal de haberme encontrado con la autora, aquella chica que había ahogado en una toalla el nombre de un varón, al que yo no conocía, mientras hacíamos el amor. Esto último me parecía razón suficiente para sentir cierta curiosidad cuando menos por su actividad artística. Sin embargo, para mi sorpresa y más allá de consideraciones anecdóticas, me sentí conmovido y me dejé arrebatar por la intensidad de algunas de las tankas incluidas en el volumen.

Lo cierto es que, aparte del nombre, sabía muy poco de dicha forma poética (y hoy día sigo sin saber apenas nada) y, por tanto, los leí reconociéndome incapacitado para juzgar su calidad de modo objetivo. Pese a ello, algunas de las tankas me produjeron una honda impresión y me emocionaron honestamente. ¿Por qué? No sabría decirlo con seguridad, pero supongo que todas tendrían algunos elementos en común para impresionarme de tal manera.

A continuación, reproduzco varios de los poemas:

Ahora o nunca, / este será el momento, / que no se
[escape.
Unamos nuestras manos, / que no se nos derrame.

Brisa del monte, / guillotina silente, / lluvia de junio
que pertinaz se vierte / sobre flores de hortensia.

Al abrir el libro y deslizar la vista por los grandes caracteres negros de sus páginas, animándome incluso a leer algunos de ellos en voz alta, mi memoria evocó con nitidez la imagen de su cuerpo resplandeciente entre mis brazos bañado por la tenue luz plateada de la luna, de sus pechos de redondez concisa y sus pequeños y duros pezones, de su vello púbico ralo y su sexo húmedo, su rostro fruncido en un gesto con los ojos cerrados, y su boca mordiente, reprimiendo el grito varias veces de un nombre vulgar y anónimo. Curiosamente, no pude recordar la imagen un tanto desvaída e insulsa que me transmitió a la mañana siguiente, bajo la deslumbrante claridad del sol.

¿Qué sucederá? / ¿Volveremos a vernos? / Nada está escrito.
Caprichoso el destino, / de mil ínfulas ebrio.
¿Coincidiremos? / Avancemos con calma, / transitemos
despacio.
La luz nos invitará, / pero la sombra vencerá.

Desconozco si continúa escribiendo poesía y sigo sin recordar su rostro. Solo conservo de ella el nombre con que firmó sus

poemas, Chiho, y el recuerdo de su piel sedosa entregada a mis caricias bajo el manto de la noche y el halo de luz de la luna. También aquellos dos lunares juguetones junto a la nariz, como una constelación mínima.

No puedo tener siquiera la certeza de que esté viva. Me inunda a veces la desazón de que haya puesto fin a su vida. No pocos de sus poemas transmitían cierta sed de muerte, cuya culminación parecía consistir en seccionarse la cabeza con un objeto afilado y cortante.

> Ya cae la tarde, / reino del desconcierto, / lluvia incesante.
> Ya rasga el horizonte, / mira, el hacha sin nombre.

Desconozco qué ha sido de su vida, pero a menudo me sorprendo pensando en ella y rogando por que continúe en este mundo, entre los mortales, dedicándose todavía y por muchos años a sus tankas. ¿Por qué pienso tanto en ella? No hay nada en realidad que conecte ahora su existencia a la mía. Ni aun dándose el caso de que nos cruzáramos por la calle o coincidiéramos en mesas contiguas en un restaurante nos reconoceríamos. Las líneas rectas de nuestras vidas habían convergido aquella noche y, tras cruzarse en un solo punto, se habían separado para proseguir cada una su camino, alejándose cada vez más.

Cómo pasa el tiempo. Han transcurrido ya muchos años desde aquello... Resulta enigmático que envejezcamos en lo que dura un parpadeo, que todo parezca tan breve y que no haya marcha atrás, que cada momento sea un paso más hacia la decadencia, la ruina y la extinción (o tal vez no haya en ello nada enigmático precisamente). El lapso que dura un parpadeo basta para que una cantidad ingente de cosas transite del ámbito de la existencia al de la inexistencia, arrastradas como hojas de otoño por el viento frío de medianoche, sin dejar tras de sí vestigio alguno, solo recuerdos difusos en cuya imagen uno no puede confiar —y esto le sucede tanto a lo que tiene nombre como a lo que carece de él—. Llego a preguntarme incluso si es posible comprender qué ocurrió entre ella y yo aquella noche, qué tipo de lazo nos unió.

Al menos, las palabras permanecen a nuestro lado si tenemos suerte. Son seres fabulosos que trepan hasta lo alto de una escarpada cima con la llegada del atardecer y se ocultan en el interior de pequeños agujeros excavados en la tierra a su medida, borrando toda prueba de su existencia en medio del bramido del viento. Con la llegada del amanecer, el viento amaina y las palabras supervivientes se asoman sigilosas, en actitud tímida y remisa, con tendencia a la polisemia, suficientemente preparadas, no obstante, para ejercer de testigos del mundo con imparcialidad y honestidad. Al ser humano, sin embargo, no le será fácil hallar, recabar y conservar vocablos. Para ello tendrá que recurrir en ocasiones al propio sacrificio incondicional, a apoyar la cabeza sobre la áspera y fría superficie de una almohada de piedra y ofrecer su alma bajo la luz blanca de la luna.

Quizás nadie más que yo en el mundo guarde el recuerdo de los versos de ella, y estoy casi seguro de que nadie puede recitar de memoria ninguno de ellos. Quizás todos los ejemplares de su librito de poemas, devotamente encuadernados con hilo de cometa e impresos por ella misma, hayan desaparecido y caído en el olvido —a excepción del marcado con el número veintiocho—, absorbidos por el enorme vacío de insondable oscuridad que se abre entre las órbitas de Saturno y Júpiter. Quizás ni siquiera ella misma (considerando que aún viva) recuerde aquella afición poética que tal vez solo perteneciera a su época de juventud. Es incluso altamente probable que mi capacidad para evocar algunas de sus tankas no se deba más que a la asociación establecida por mi mente entre estas y la marca de dientes que dejó en el blando tejido de la toalla. A nada más que eso. Y entonces, ¿qué sentido tiene? ¿De qué me sirve llevarlo anclado en la memoria? ¿De qué me sirve sacar, como hago de vez en cuando, el libro ya descolorido del cajón donde lo guardo y volver a leerlo? ¿Qué sentido y valor tiene? No lo sé. Es más, lo desconozco por completo.

Solo sé que, sea cual sea su significado, ha sobrevivido al resto de las palabras y los recuerdos. Todos los demás ya se fueron, se desvanecieron para siempre, convertidos en polvo.

En ti descanso / mi testa polvorienta, / almohada pétrea,
¿Serás tú quien la siegue o / seré yo quien lo haga?

2
Flor y nata

Rondaba yo los dieciocho años cuando me sucedió algo lo bastante extraño como para que nunca le haya hablado a nadie de ello, aparte de a un amigo algo más joven que yo. No recuerdo la circunstancia que me movió a contarle precisamente a él lo que me había ocurrido, pero supongo que no fue más que la deriva azarosa de alguna conversación que manteníamos, porque aquel suceso quedaba lejos en el tiempo y se perdía en un pasado difuso, diluyéndose inconcluso e irresoluto entre la densa neblina de aquellos años de juventud.

—Acababa de terminar mis estudios en el instituto, pero todavía no tenía una plaza universitaria —empecé a explicarle a mi amigo, a modo de introducción— y me encontraba flotando en lo que podría denominarse el purgatorio de los estudiantes, en medio de toda una encrucijada de preparación para los exámenes de ingreso en la universidad, en terreno de nadie y con la constante desazón de caminar sobre el vacío, entre dos tierras: una, el instituto, dejada atrás, y otra, la universidad, fuera de mi alcance todavía. Aparte de eso, mis días transcurrían de manera relativamente apacible. Había deseado probar suerte en una universidad privada a sabiendas de que era más fácil obtener plaza allí, pero mis padres se habían obcecado en que su hijo se inscribiese en una universidad pública, y no me quedó otro remedio que presentarme a los exámenes de ingreso a esta. Mis escasas esperanzas se vieron pronto confirmadas por un contundente suspenso. A diferencia de hoy día, en aquella época las matemáticas se exigían en todas las pruebas de ingreso para las universidades públicas, pero yo era un absoluto inepto en cálculo infinitesimal. El caso es que eso me sirvió más o menos de pretexto para pasarme todo el siguiente año prácticamente de asueto, sin

pegar palo al agua. Vamos, que no puse un pie en la escuela preparatoria y, en la biblioteca, me limité a matar el tiempo leyendo gruesos novelones mientras mis padres confiaban en que yo hincaba profusamente los codos durante horas y horas sembrando las simientes de un futuro próspero. Sin embargo, a aquello yo le veía difícil remedio, puesto que le sacaba infinitamente más jugo a devorar de cabo a rabo las obras completas de Balzac que a tratar de bucear en los fundamentos del cálculo infinitesimal.

Ocurrió a principios de octubre de aquel mismo año. Ella me entregó una invitación para un recital de piano. Era una estudiante con la que en cierta ocasión había preparado una pieza breve de Mozart para cuatro manos. Iba un curso por detrás del mío, pero coincidíamos en una cosa: teníamos la misma profesora de piano. A los dieciséis años, dejé las clases de música y no volví a coincidir con ella, así que supongo que la sorpresa que me llevé cuando me invitó al recital estaba más que justificada. Más aún, no le veía ningún sentido. ¿Acaso quería darme a entender con ello que sentía un afecto especial por mí? Vaya... Aunque he de admitir que no era del todo mi tipo, ni siquiera entonces se me escapaba la finura y belleza de sus rasgos ni su elegancia y pulcritud en el vestir, además del hecho de que estudiaba en un colegio privado bastante caro. Es decir, el tipo de chica en el que un muchacho vulgar y corriente como yo no alberga la más mínima esperanza.

Mientras interpretábamos la pieza a cuatro manos, recuerdo que cada vez que yo me equivocaba, ella arrugaba el rostro, molesta. Me superaba en habilidad técnica e interpretativa y yo era un manojo de nervios, así que no es de extrañar que los muchos y variados desatinos de todo género corrieran de mi parte. No solo era una pieza relativamente sencilla, sino que además yo interpretaba la línea melódica que menos dificultades ofrecía. Aun así, como si de una obra difícil y ampulosa se tratara, nuestros codos se chocaron en varias ocasiones, por mi culpa

evidentemente. Tuve que soportar el extenso repertorio de gestos de desdén que cada error mío provocaba en su rostro, mientras mis oídos daban fe de una flagrante falta de recato a la hora de lanzar censuradores chasquidos con la lengua. Aún hoy soy capaz de oír aquel punzante sonido y me pregunto si no fueron precisamente tales chasquidos los causantes de mi definitivo abandono de los estudios de piano.

En cualquier caso, solo nos conocíamos de coincidir ambos esporádicamente en alguna que otra clase de piano. Aparte de los saludos de rigor al vernos, nunca, que yo recuerde, mantuvimos conversación alguna, de modo que aquella repentina invitación para el recital (por mucho que ella compartiera escenario con otras dos personas más) más que de inesperada podría, sin duda, calificarse de desconcertante. Por mi parte, no tenía nada que perder, puesto que estaba empleando todo aquel año en balde y me decidí a escribirle una nota para confirmar mi asistencia. Asimismo, no puedo negar cierta curiosidad por saber el motivo que le había llevado a invitarme, si es que había un motivo concreto. ¿Querría hacer ostentación ante mí de sus notables progresos pianísticos desde la lejana época en que habíamos tocados juntos aquella pieza a cuatro manos? ¿O era quizás una estratagema para darme a entender algo de naturaleza más íntima y personal? En fin, yo todavía era muy joven para saber gestionar bien el impulso de la curiosidad, por así decirlo, y, en cualquier caso, quedarme en casa devanándome los sesos tratando de encontrar una respuesta no iba a servirme de gran cosa. El único modo de averiguarlo pasaba necesariamente por asistir al dichoso recital.

La sala donde iba a celebrarse el recital se encontraba en un edificio ubicado en lo alto de un elevado promontorio en Kobe. Tomé un tren hasta la parada más cercana y, a continuación, un autobús que debía recorrer una intrincada y serpenteante ruta para superar la pronunciada pendiente. Me apeé en la última parada, a

poca distancia de la cima, coronada por un modesto auditorio patrocinado, al parecer, por cierto consorcio de empresas. Ahí se había programado el recital. Me extrañó que se les hubiera ocurrido levantar semejante edificio en ese lugar bastante aislado y de tan complicado acceso (aparte de una apacible urbanización de lujo, no había en la falda del promontorio nada especialmente destacable), pero lo acepté tal y como aceptaba tantas otras cosas que sucedían en el mundo sin que yo las comprendiera.

Habría sido descortés por mi parte presentarme allí sin nada con que expresar mi agradecimiento por la invitación, de modo que me acerqué a una floristería junto a la estación de tren y, tras seleccionar una a una las flores que se me antojaron más propicias para la ocasión, me hicieron un ramo con el que salí justo a tiempo para tomar el siguiente autobús. Era una tarde de domingo fría y gris. El cielo estaba encapotado con gruesas nubes que amenazaban lluvia. No se había levantado, sin embargo, ni una pizca de viento. Me había puesto una chaqueta de espiga gris azulado sobre un jersey liso y no demasiado grueso, y, colgada del hombro, llevaba una vieja bolsa de lona. Lo cierto es que, entre la chaqueta, nueva, reluciente e impecable, en flagrante contraste con la ajada y ruinosa bolsa, y el vistoso ramo de flores rojas envuelto en celofán que sujetaba en una mano, no cesaba de atraer miradas furtivas por parte del resto de los viajeros del autobús. O esa impresión me daba, al menos. De lo que no me cupo ninguna duda, ni siquiera entonces, fue de que mis mejillas habían adquirido un tono encarnado. En aquella época, enseguida me sentía azorado y me sonrojaba. Y, lo que era aún peor, el sonrojo tardaba en desaparecer.

¿Qué hacía yo en aquel lugar? Sentado en el autobús, con los hombros encogidos y con las manos apoyadas sobre las calurosas mejillas, tratando de enfriarlas, aquella pregunta no cesaba de importunarme. En primer lugar, no tenía ningún deseo de ver a aquella antigua compañera de clases de piano; y, en segundo lugar, la idea de asistir al recital que ella y otros estudiantes de música iban a ofrecer no me seducía lo más mínimo. Por si fuera poco, el cielo amenazaba lluvia. Pese a todo, me había tomado la molestia

de gastarme el dinero que llevaba encima en comprar un ramo de flores y de desplazarme a la cima de aquel promontorio en una tarde de noviembre tan desapacible. ¿En qué diablos estaba yo pensando cuando le envié la tarjeta de respuesta?

Los pasajeros fueron apeándose a medida que avanzábamos por la pendiente y el autobús fue vaciándose paulatinamente, de modo que, cuando alcanzamos la parada de la cima, el conductor y yo éramos sus únicos ocupantes. A partir de entonces continué la marcha hacia el auditorio a pie, pendiente arriba, con lentitud y fatiga, siguiendo el camino señalado en el folleto que acompañaba la invitación. Tras cada recodo, el mar desaparecía y volvía a aparecer ante mi vista. Allá abajo, una miríada de grúas se erigía a lo largo del puerto como destartaladas cornamentas de monstruos marinos que arrastrándose desde las profundidades se asomaban a la extensa superficie del mar, pintada de frío gris plomizo por la densa y oscura capota de nubes que se cernía sobre él.

Observé que el tamaño y la suntuosidad de las viviendas aumentaban según iba aproximándome a la cima. Exhibían todas, sin excepción, unos imponentes muros de piedra y unos grandes portones y hacían gala de suntuosos parterres de rododendros cuidadosamente podados y de garajes con capacidad para dos vehículos. No muy lejos, escuché el ladrido irritado de un perro, reprimido enseguida por su dueño.

Pese a seguir escrupulosamente el esquemático plano del folleto, iba apoderándose de mí un vago y sombrío presentimiento. En primer lugar, no me había cruzado con nadie desde que me había apeado del autobús y los dos únicos coches que había visto circulaban cuesta abajo. Si era cierto que un poco más arriba iba a tener lugar un recital aquella misma tarde, debería haber observado al menos cierto movimiento de personas, pero no se veía un alma, aquello estaba totalmente desierto y reinaba el silencio más absoluto. Tanto era así, que daba la impresión de que las gruesas nubes, allá arriba, se encargaban de aspirar y tragarse cualquier atisbo de ruido que pudiera producirse sobre la tierra.

¿Me habría equivocado?

Extraje la invitación de mi bolsillo y volví a leer el lugar y la

fecha de la celebración del evento. Pensé que tal vez me había equivocado al leerlos por primera vez y había entendido un día o una ubicación erróneos, de manera que los repasé una y otra vez con todo el celo y la diligencia de que fui capaz. Nada. Todo estaba en orden, tal y como se indicaba en el plano: tanto el nombre de la calle donde me encontraba como la parada de autobús donde me había apeado se correspondían con los indicados en el papel. También la fecha señalada era la de aquel mismo día y no había cometido tampoco desliz alguno con la hora. Inspiré hondo, tratando de no caer en la desesperación y proseguí mi camino pendiente arriba. Puesto que había llegado hasta tan lejos, estaba decidido a dar con el auditorio.

Por fin llegué al edificio y me encontré con una enorme puerta de hierro de dos batientes cerrada a cal y canto. Por si quedaba alguna duda, la gruesa cadena y el candado de gran tamaño con que estaba amarrada lo confirmaban con creces y disipaban cualquier esperanza al respecto. No había nadie siquiera a quien poder dirigirse. Por el resquicio de ambos batientes observé que la puerta daba a un amplio aparcamiento que se encontraba completamente vacío, y que entre los baldosines del suelo asomaban tímidos brotes de hierba, lo que indicaba que no se había usado en mucho tiempo. No obstante, un gran letrero instalado en la puerta confirmaba que no me había equivocado y que aquel era el edificio que buscaba.

Reparé en un interfono y apreté el botón. Como era de esperar, nadie respondió. Dejé transcurrir unos segundos y volví a intentarlo con el mismo resultado. Eché un vistazo a mi reloj de pulsera. Faltaban apenas quince minutos para la hora anunciada del recital, pero a juzgar por el estado en que se encontraba la puerta no parecía, desde luego, que fuera a dar paso a ningún evento inminente. El revestimiento de pintura estaba desconchado por todas partes y, allá donde el hierro quedaba a la vista, el óxido había hecho acto de presencia. A falta de nada mejor que hacer, apreté el botón de nuevo, esta vez lo dejé pulsado durante más tiempo. Silencio.

Permanecí de pie, apoyado alrededor de diez minutos en la

pesada puerta de hierro, un tanto desconcertado, sin tomar ninguna decisión. Supongo que, a pesar de todo, todavía albergaba una tibia esperanza de que alguien apareciera finalmente por allí. La espera fue en vano. Ni a un lado ni al otro de la puerta se percibía señal alguna de vida. Ni soplaba el viento ni cantaban los pájaros. Tampoco llegaba a mis oídos el eco de ningún ladrido. Sobre mi cabeza seguía cerniéndose el mismo manto gris plomizo de nubes, denso y compacto.

Decidí irme de allí, ¿qué podía hacer si no?, e inicié el camino de vuelta, desalentado, desanimado y desganado, sin tener la más remota idea de qué podría haber sucedido, rumbo hacia la parada de autobús donde pocos minutos antes había iniciado el ascenso a pie hasta la cima del promontorio, de la que ahora descendía con la certidumbre de que aquella tarde desabrida y en aquel apartado lugar no iba a celebrarse ningún recital de piano. No había nada, desde luego, que yo pudiera hacer, aparte de regresar a casa, flores en mano. A mamá le faltaría tiempo para preguntarme: «¿Y esas flores rojas? Ya me dirás tú a cuento de qué te presentas con un ramo en casa», y yo le respondería lo primero que se me pasara por la cabeza. Para ser honesto, lo único que me detuvo de arrojarlas al contenedor de basura más cercano a la estación de tren fue el importe que había pagado por ellas, que, según la percepción que tenía yo de los precios en aquella época, había ascendido a un montante nada despreciable.

Cuando bajaba por una calle empinada, reparé en un pequeño parque un tanto aislado, no mucho más grande que cualquiera de aquellas viviendas y limitado al fondo por una pared de inclinación suave, formada por rocas. Pese a no contar con fuentes ni disponer de un área infantil de juegos, en pleno centro se erigía un curioso quiosco techado y de suelo adoquinado, rodeado de arbustos y acotado por un enrejado cruzado al que la hiedra se aferraba tímidamente. A simple vista no resultaba patente el propósito exacto con que pudiera haber sido levantado. No obstante, el

evidente esmero, por un lado, con que aquellos arbustos y demás plantas habían sido podados, y la completa ausencia de hierbajos o maleza silvestre y de basura, por otro, constituían claros indicadores de que allí se realizaban trabajos de mantenimiento de manera regular. En cualquier caso, de camino hacia la cima, había pasado de largo sin percatarme de la existencia de aquel parque menudo y recoleto.

Animado tal vez por la idea de darme un breve respiro y reposar tras aquella azarosa y desconcertante vivencia en que se había convertido la tarde del domingo, decidí entrar y tomar asiento en un banco que había junto al enrejado del quiosco, de espaldas a este. He de confesar que todavía conservaba en algún lugar de mis entrañas una tenue llama de esperanza y que pensaba que en cualquier momento podría aparecer un gentío anhelante y expectante por que diera comienzo el dichoso recital de piano. En el mismo instante en que mis posaderas encontraron reposo en aquel banco cayó sobre mí todo el cansancio que había ido acumulando a lo largo de la jornada. Era una sensación de agotamiento un tanto peculiar, en la que inexplicablemente no había reparado hasta ese preciso instante pese a haberla arrastrado conmigo durante horas. Desde la portezuela de entrada al quiosco se divisaba todo el puerto, en cuyo muelle permanecía atracado un buen número de cargueros de dimensiones descomunales. Al observar desde aquella considerable altura los contenedores apilados en el embarcadero, con su estructura metálica y rectangular, se me antojaban diminutos, como cajitas para guardar clips o monedas.

Al cabo de un rato llegó hasta mis oídos un tenue murmullo, como un lejano esbozo de voz humana que, según pude comprobar a medida que se acercaba, provenía de un altavoz. Debido a la distancia, aquel hilo de voz carecía todavía de la nitidez suficiente para que se pudiera apreciar el contenido de su discurso, pero evidenciaba un empeño tenaz en articular con pulcritud cada frase por separado. Paradójicamente, aquel marcado y patente afán de claridad fonética iba acompañado de un tono monótono y arrastrado, falto del más exiguo grado de expresividad y emoción

prosódicas. En cualquier caso, y a juzgar por la gravedad en la entonación, daba la impresión de que aquella voz trataba de transmitir un mensaje de suma importancia. Es más, se me antojó pensar que yo era el único receptor de tan circunspecta locución, y que, además, el mensaje iba dirigido a mí en exclusiva (y a nadie más que a mí). ¡Eso es! Alguien se había tomado la molestia de subir todo el promontorio hasta allí con el propósito de ilustrarme e iluminarme sobre cuál había sido mi error y qué había pasado yo por alto exactamente para acabar abocado a una situación tan desconcertante. En circunstancias normales, la idea me habría parecido descabellada, pero en aquel momento me la tomé en serio. Agucé el oído. La voz se aproximaba y cada vez entendía mejor lo que decía. Quizás el altavoz se encontraba instalado en el techo de un coche que marchaba lenta y pausadamente cuesta arriba, acercándose al parquecito (parecía razonable pensar que mucha prisa por llegar a la cima no debía de tener). Cuando el sonido llegó con mayor claridad, tuve la certeza, finalmente, de que se trataba de un vehículo desde el cual, a través de un altavoz, se lanzaban proclamas de credo cristiano.

—¡La muerte nos llegará a todos! —proclamaba la voz, calma y tediosa a partes iguales—. ¡Del polvo venimos y al polvo volveremos! ¡A todos, sin excepción, nos aguarda el mismo destino! ¡Y, tras ello, nos enfrentaremos al Juicio Final, donde seremos juzgados por nuestros actos en vida! ¡Y el veredicto dependerá de los pecados que hayamos cometido!

Presté atención a aquellas palabras desde mi cómodo asiento, junto al quiosco del parque. Lo primero que experimenté fue cierta extrañeza ante el hecho de que unos feligreses con propósito evangelizador hubieran pensado que hacer proclamas cristianas en la solitaria falda de un promontorio en la que no había nada más que una urbanización de lujo mereciera la pena. Desde luego, por aquellos alrededores solo iban a encontrarse con familias acomodadas y adineradas en cuyos garajes descansaban por lo menos un par de utilitarios, y pocos de sus integrantes estarían deseando oír hablar de salvación y redención de sus pecados. Aunque... ¿quién soy yo para afirmar tal cosa? Quizás el deseo de

ser perdonado de los pecados no tenga nada que ver con la posición en el escalafón social ni con la riqueza.

—¡Quienes se arrepientan de sus pecados y busquen en Cristo la salvación serán perdonados! ¡Se librarán así del fuego eterno del Infierno! ¡Solo a aquellos que depositen su confianza en Nuestro Señor se les otorgará la vida eterna y la gloria del Cielo!

Esperé con anhelo a que el coche apareciera por la calle colindante al parque, y a que la voz desarrollara con más detalle el argumento acerca del juicio tras la muerte. Me daba igual lo que dijera, creo que yo solo ansiaba oír unas palabras contundentes y enérgicas, fuera lo que fuese lo que anunciaran. Pero sucedió justo lo contrario: en ese preciso momento, el coche empezó a alejarse y la voz se volvió de nuevo incomprensible, hasta desaparecer. El coche debía de haber girado y tomado la dirección opuesta a donde yo me encontraba. Como no lo había visto y se alejaba cada vez más, me sentí desplazado y arrojado de este mundo.

Igual que un fogonazo, una idea se abrió paso, rauda, entre mis pensamientos y entonces lo entendí: ¡todo había sido una completa tomadura de pelo! Y yo, en el papel de víctima y perfecto necio, había mordido el anzuelo y había acudido dócilmente sin sospechar nada, inocente como un corderito camino de su degüello, hasta la cima de aquel promontorio desierto. Tendría que haberlo intuido. Pero lo que yo no llegaba a concebir era el motivo que habría podido empujarla a maquinar una broma como aquella, tan absurda como insustancial. ¿Me guardaba algún rencor personal? ¿O es que acaso me detestaba sin motivo? Tal vez no se trataba más que de eso, de una simple e inmotivada aversión de naturaleza irrefrenable. Tan incontenible que habría decidido hacérmelo pagar a mí, de un modo u otro. Seguramente, pensó en el placer que le procuraría tramar la argucia con que engañarme, y era posible que en aquel preciso instante se encontrara riendo disimulada u ostentosamente, oculta tras una sombra, contemplándome o tan solo imaginándome.

Y, sin embargo, algo no encajaba del todo: ¿era tal la repulsión que sentía hacia mí como para haberse tomado semejantes molestias? Tanto la elaboración de la tarjeta como su posterior impresión requerían de no poco tiempo y trabajo. ¿Hasta ese extremo me detestaba? Yo no encontraba, desde luego, ningún motivo para ello. Pero a veces herimos a las personas que nos rodean sin darnos cuenta, pisoteamos su orgullo sin querer y provocamos un involuntario aborrecimiento hacia nuestra persona. Me devané los sesos tratando de recordar hipotéticos malentendidos que hubieran despertado su ira contra mí. Fue inútil. Nada de lo que pudiera aducir tenía suficiente peso. Y en esas me encontraba, deambulando por los laberínticos vericuetos de mi pensamiento, extraviándome en posibilidades infundadas y sin llegar a conclusiones convincentes, cuando tuve la sensación de ir perdiendo el hilo de la conciencia y de que me costaba respirar.

Aquello no era nuevo. Me ocurría una o dos veces al año como consecuencia de la ansiedad. Me alteraba y los bronquios se me cerraban y se negaban a tomar suficiente aire, y yo experimentaba entonces un ahogo en el pecho y una angustia tremenda, y en cierta manera era incapaz de moverme. Me encogí y me quedé prácticamente postrado de cuclillas. Cerré los ojos. No podía hacer más que esperar pacientemente a que retornara el ritmo respiratorio normal. Con el tiempo, los ataques de ansiedad fueron disminuyendo hasta desaparecer por completo (como también mi tendencia a ruborizarme). Tal vez por aquel entonces cargaba con algún problema del que no me había percatado.

Apoyado sobre el asiento del banco y con el cuerpo doblado hacia delante, mantuve los ojos apretados, dejando que transcurrieran los segundos y los minutos y, en fin, que el tiempo hiciera su trabajo balsámico. Pasaron cinco minutos. ¿O fueron quince? Creo que perdí la noción de cuánto tiempo permanecí en aquel estado, durante el cual unas extrañas figuras geométricas surgían y se apagaban en la oscuridad bajo mis párpados y yo las contemplaba indulgente, contando números lenta y pausadamente, concentrado en volver a recuperar la cadencia respiratoria. Mi corazón, como un ratón asustado y acorralado en el hueco de mi

caja torácica, emitía jadeantes y convulsos resoplidos nada agradables.

Cuando volví a recuperar la conciencia (cosa que debió de suceder tras un considerable lapso de tiempo, habida cuenta de que no había dejado de contar devota y primorosamente sin perder el hilo una sola vez), reparé en que había alguien delante de mí. Y en que esa persona me miraba con fijeza. Al menos, esa fue la sensación que experimenté, porque todavía tenía los ojos cerrados. Con extrema cautela, me aventuré a abrirlos al mismo tiempo que alzaba un poco el rostro. Mi corazón se había calmado, pero aún palpitaba arrítmicamente.

Desde el banco que había justo frente al mío me observaba, mirándome con fijeza, un anciano. Para alguien como yo, que todavía no había cumplido los veinte años, calcular la edad de un anciano era tarea poco menos que imposible. Todos se me antojaban simplemente viejos, sin más. ¿Acaso podía percibir yo alguna diferencia entre un hombre de sesenta años y otro de setenta? Todos compartían la misma (y casi única) cualidad de quedar apartados de la categoría de persona joven. Era un hombre enjuto. Vestía una chaqueta de lana azul ceniza, unos pantalones de pana marrones y unas zapatillas deportivas azul marino que parecía no haberse quitado en años, desde el día que las estrenó (aunque con ello no quiero decir que estuvieran en mal estado). Podía presumir de un pelo canoso fuerte y abundante, algunos de cuyos mechones destacaban, rebeldes, alzándose por encima de las orejas cual alas batientes de paloma que trata de darse un baño. No llevaba gafas. ¿Cuánto tiempo llevaba allí sentado? No tenía ni la más remota idea, pero algo en su actitud vigilante sugería que hacía bastante tiempo que me observaba fijamente.

Asumí que no tardaría en salir de su mutismo para preguntarme cómo me encontraba, puesto que mi aspecto en ese momento, solo en el banco, encogido y como dormitando, habría dado motivo de preocupación suficiente a quien pasara por allí y

me viera (motivo fundado, desde luego). Eso fue, al menos, lo primero que pensé al verlo. Pero no abrió la boca para preguntar nada. Permaneció tan inmóvil como una roca, sujetando férreamente con ambas manos la empuñadura de un recio paraguas negro cerrado, con la tela bien prieta, con la punta clavada en el suelo como si de un bastón se tratara. La empuñadura y la punta eran de robusta madera color miel, con un motivo decorativo grabado en ella. Se me ocurrió que, en caso de necesidad, bien podría darle un uso alternativo, a modo de arma, tanto de defensa como de ataque... Habida cuenta de que no portaba consigo objeto alguno aparte del paraguas, deduje que se trataba de alguien del vecindario.

Así las cosas, continué centrando mi atención en apaciguar mi ritmo respiratorio, bajo la muda vigilancia de aquel anciano sentado a unos metros de mí y al que ni siquiera le temblaba el pulso. No me encontraba nada bien y deseaba poder incorporarme para dirigirme a la parada del autobús. Me sentía tan incómodo como si me hubiera introducido de manera furtiva en el jardín de una vivienda ajena, pero inexplicablemente era incapaz de ponerme en pie y salir de allí, algo me retenía en el asiento, y permanecí tal cual un buen rato más, hasta que, de pronto, el viejo habló:

—Se trata de un círculo con muchos centros —dijo.

Levanté el rostro de inmediato. Lo observé. Nuestras miradas se encontraron y se unieron, y entonces vi su frente, tan ancha que resultaba soberbia, y su nariz prominente, puntiaguda como el pico de una avecilla. Convencido de que yo no encontraba una réplica que darle, volvió a dirigirse a mí con la misma voz pausada y serena:

—Un círculo con muchos centros, digo.

La segunda vez que habló me dejó igual de perplejo que la primera. Sin despegar los labios, me limité a considerar la posibilidad de que fuera el conductor del coche evangelizador que había escuchado unos minutos antes. Quizás había decidido darse un respiro y había aparcado el vehículo por allí cerca para entrar en el parque y sentarse un rato, posiblemente a fumar un cigarrillo.

Deseché mi hipótesis en menos que canta un gallo: su voz sonaba completamente distinta, la del altavoz era la de alguien mucho más joven. Por otro lado, pensé que también podría haberse tratado de una grabación.

—¿Un círculo? —Al final, no vi otra salida ni se me ocurrió otra cosa más que replicar con una pregunta. Habría sido arrogante y presuntuoso por mi parte ignorar su aparente deseo de entablar conversación conmigo, sobre todo tratándose de una persona mayor, y, en cualquier caso, ¿qué sentido habría tenido permanecer en silencio?

—Y voy más allá: no solo podría tratarse de un círculo con muchos centros, sino de uno con infinitos centros, puesto que puede haberlos como también los hay sin perímetro o, mejor dicho, sin circunferencia —afirmó el anciano, arrugando la frente—. A ver, dime. ¿Puedes concebir un círculo de tales características?

Yo no tenía la cabeza ni el ánimo todavía restablecidos para responder, pero, por simple y pura formalidad y deferencia hacia el anciano, decidí intentarlo. Veamos, un círculo con una buena cantidad de puntos centrales y carente de perímetro. No, imposible. Aquello no tenía ningún sentido. Un círculo descrito con semejantes atributos resultaba completamente imposible de representar.

—La verdad es que no —contesté—. No puedo.

El hombre continuó mirándome en silencio durante unos segundos. Parecía esperar de mí una réplica más meditada.

—Lo cierto es que eso no lo he estudiado en clase de matemáticas —añadí torpemente y sin demasiada convicción.

El anciano cabeceó hacia los lados con lentitud.

—Pero ¿cómo vas a haberlo estudiado? —replicó—. Por supuesto que no. Esas cosas no se enseñan en clase. Las cosas importantes no se aprenden en el colegio, como bien sabrás.

¿Como bien sabrás? ¿Sospechaba él acaso que tal era, en efecto, la idea que yo tenía del colegio?

—¿Existen realmente círculos así? —cuestioné, suspicaz.

—Claro que sí —contestó resuelto, asintiendo repetidas veces con la cabeza—. Existen. Pero son inconcebibles.

—Sin embargo, usted sí es capaz de comprenderlos, ¿no es así?

El anciano no respondió. Mi pregunta flotó en el aire y fue disolviéndose hasta desaparecer por completo.

—En cierto modo, sí —confirmó al fin—. Aunque nadie puede explicar en qué consiste. Solamente uno mismo, por sus propios medios, puede llegar a aprehenderlo. Usa la cabeza, aguza el ingenio, muchacho. Un círculo con muchos centros y sin circunferencia. Como ves, no es asunto banal. Tendrás que estrujarte bien los sesos, porque esto requiere un esfuerzo serio.

—No suena precisamente fácil de entender.

—¿Y qué quieres? —profirió el anciano del mismo modo en que habría escupido un objeto que se le hubiera atragantado—. ¿Acaso crees que hay en este mundo algo que merezca la pena y que pueda conseguirse sin grandes sacrificios? —Se detuvo y carraspeó brevemente, como un punto y aparte, antes de continuar —: Pero aquello que una persona alcanza tras invertir una considerable cantidad de tiempo, además de un perseverante y denodado empeño, acabará convirtiéndose en la *crème de la crème* de la vida de esa persona, en la flor y nata de su existencia. ¿Lo entiendes?

—¿La *crème de la crème*? ¿La flor y nata?

—*Crème de la crème* es una expresión procedente del francés. ¿Te suena?

—No. —De hecho, no sabía absolutamente nada de francés.

—Con ella, los franceses se refieren a lo mejor entre lo bueno, lo más refinado entre lo refinado; el momento álgido de la vida, la esencia de nuestro existir, aquello que dota de sentido a *nuestro* tránsito por este mundo... A eso me refiero con la *crème de la crème* de la vida. ¿Comprendes? Todo lo demás no pasa de ser vano anhelo, esfuerzo inútil, hueco propósito.

He de admitir que no entendí nada de lo que el anciano trataba de explicarme.

—*Crème de la crème*...

—Reflexiona sobre ello —me instó el hombre—. Vuelve a cerrar los ojos y piensa en ello con detenimiento. Un círculo con

muchos centros, carente de perímetro. ¿Sabías, muchacho, que tienes una cabeza precisamente para meditar acerca de las cosas complicadas e irresolutas y arrojar luz y claridad sobre lo inconcebible, sobre lo incognoscible, para mudarlo y transformarlo en inteligible y accesible? Nada de ganduleo ni flojera. Te encuentras en un momento importante de la vida, en la edad en que la mente y el cerebro se consolidan y adquieren la forma con la que más o menos se desenvolverán durante el resto de la vida.

Cerré los ojos, siguiendo sus instrucciones, y me concentré y esforcé al máximo para concebir un círculo al que pudieran atribuírsele varios puntos centrales sin que hubiera una circunferencia. Pese a que yo no estaba dispuesto a dejarme arrastrar por el ganduleo ni la flojera, como había dicho él, mis intentos resultaron fallidos. Aquel enigma eludía y superaba por completo mis facultades cognitivas. Un círculo se define por tener un solo punto central y un perímetro, llamado circunferencia, donde los puntos que lo forman son equidistantes a dicho punto central, y tales características no han variado con el tiempo. Además, se trata de una figura geométrica sencillísima de trazar con un compás, de manera que aquello a lo que se refería el anciano no parecía ajustarse a la definición de círculo propiamente dicha.

En ningún momento se me pasó por la cabeza que aquel hombre pudiera no estar en sus cabales o quisiera burlarse de mí. No solo no lo pensé, sino que tampoco creo que fuera probable. No me cabe ninguna duda de que hablaba en serio y trataba de comunicarme algo de suma importancia. Lo sé y lo supe, si bien no puedo explicar exactamente por qué. Con absoluta fe en la gravedad del asunto, mantuve los ojos cerrados durante un rato más, tratando de dilucidar el misterio. Poco a poco, fui cayendo en la cuenta de que mi mente no avanzaba ni alcanzaba ninguna conclusión, sino que giraba y giraba para volver al punto de partida. ¿Cómo puede tener muchos centros, infinitos tal vez, y mantener su individualidad? ¿Cómo puede ser una figura geométrica concreta si carece de perímetro? Me pregunté entonces si no estaba enfrentándome a una cuestión de naturaleza filosófica

cuyo enunciado no comprendía. Por fin, me rendí y abrí los ojos. Para poder afrontar aquel problema, el enunciado requería de más datos.

No había nadie ante mí. El anciano había desaparecido. Miré a mi alrededor, buscándolo, solo para constatar que allí no había ninguna otra persona más que yo, y que la quietud que me rodeaba resultaba tan sobrecogedora que bien podría dudarse de la propia existencia de aquel hombre con el que acababa de conversar. ¿Acaso había hablado con un espectro? No. No cabía la menor duda de que lo había tenido sentado ante mí, aferrando con ambas manos su paraguas, con su voz calma y su enigmática pregunta. Estaba convencido de que era real.

Reparé en que también había desaparecido mi agitación por completo y en que volvía a respirar con el equilibrio y el ritmo habituales y mi corazón latía con normalidad. La densa y plomiza capa de nubes que cubría el cielo y se cernía sobre el puerto había comenzado a ajarse y, aquí y allá, se abrían claros por los que la luz del sol se filtraba y se desbordaba sobre las paredes de aluminio de los contenedores, bañándolas de inefable fulgor. Permanecí un largo rato contemplando absorto aquel magnífico e impresionante paisaje de tintes épicos y mitológicos.

El ramo de flores rojas envuelto en celofán reposaba a mi lado, como testigo discreto y prueba palpable de los extraños acontecimientos en que me había visto envuelto esa tarde de domingo. Tras dubitativas consideraciones, opté por abandonarlo allí, sobre el banco del quiosco. Aquella me pareció la decisión más acertada. Me incorporé y me encaminé sin el ramo hacia la parada desde la cual había iniciado la marcha ladera arriba poco tiempo antes. Se había levantado un viento suave que fue dispersando las nubes que flotaban en el cielo sobre mi cabeza.

Terminado el relato, mi amigo, que había escuchado con paciencia la historia que le había contado, guardó silencio durante unos instantes antes de preguntar:

—¿Qué ocurrió exactamente aquella tarde en la cima del promontorio? Me pregunto si todo ello guardaba alguna relación, si aquellos hechos fueron fruto y resultado de un mismo principio o si apuntaban a una misma finalidad que los unificara y otorgase sentido.

Aquella tarde otoñal de domingo, me había tomado la molestia de desplazarme hasta allá arriba, la cima de un promontorio situado en Kobe, y no me había encontrado más que con un auditorio completamente vacío, incluso abandonado. Y ese era el meollo del problema: aquel era el lugar adonde había sido invitado para asistir al recital que iba a celebrarse supuestamente a aquella hora. ¿Por qué había sido invitado? ¿Cuál era el origen de la extraña situación con que me había dado de bruces en aquel remoto y apartado lugar? Era lógico que a mi amigo le asaltaran multitud de interrogantes y que tratara de encontrar un hilo conductor a lo acaecido allí, puesto que carecía de una conclusión que le diera unidad.

—Si quieres que sea honesto contigo, sigo sin encontrar una respuesta —admití.

En efecto, lo acaecido aquella tarde persistía en mi memoria como un manuscrito ilegible, escrito con un sistema de caracteres arcaicos que mantenía guardado bajo llave su indescifrable secreto. Yo apenas tenía dieciocho años y el desconcierto que sufrí fue considerable. Sentí agrietarse los cimientos de mi existencia hasta el punto de tener la impresión de que se desvanecía ante mis propios ojos.

—Principio o finalidad —proseguí—. Los hubiera o no, carecía de la menor importancia. Al menos, eso creo.

Entonces mi amigo me miró con extrañeza.

—¿Quieres decir que no importa saber qué pasó?

Mi silencio ratificó la aseveración anterior.

—De haber sido yo el protagonista de aquella especie de broma pesada —insistió mi amigo—, estaría deseando entender con todo detalle qué pasó, qué le motivó a ella a actuar así. No te quepa duda.

—También yo, en aquel momento y en dicha situación, me

moría de ganas de conocer la verdad —expliqué—. Ten en cuenta que, a esa edad, me produjo no poco dolor sentirme víctima de semejante encrucijada. Pero ha transcurrido el tiempo y ha ido alejando aquella tarde de domingo, ha ido quitándole peso y proveyéndola de ligereza hasta dejar de tener, en definitiva, importancia para mí. No es precisamente algo que haya quedado registrado en mi memoria como uno de los acontecimientos que componen la flor y nata de mi vida.

—La flor y nata. La *crème de la crème*... —musitó él.

—Acontecimientos sin explicación alguna pululan por nuestra vida —continué—, recorriéndola, entrometiéndose y enredándose con ella. Y cuando se nos viene encima uno, poco más podemos hacer aparte de darles la bienvenida cerrando con fuerza los ojos, y evitar pensar en nada, para que pasen de largo y se vayan igual que vinieron. Conviene entonces meter la cabeza bajo el agua y dejar que la ola pase por encima.

Aquel amigo, algo más joven que yo, se quedó pensativo. Era un versado surfista que había meditado y reflexionado sobre olas de todo tipo en innumerables ocasiones. Al final intervino:

—No pensar en nada es una tarea mastodóntica, no accesible a cualquiera.

—Y no voy a ser yo quien te quite la razón en eso —convine.

Nada hay que merezca la pena en el mundo cuya consecución esté exenta de enormes dificultades, había aseverado el viejo con la misma convicción con que habría enunciado el teorema de Pitágoras.

—En cuanto al círculo con una multitud de centros y carente de perímetro —dijo—, ¿has llegado al fin a alguna conclusión a lo largo de todos estos años?

—Alguna conclusión... —cabeceé—. Alguna conclusión...

A partir de aquella experiencia vivida a los dieciocho años, cada vez que acontece algo en mi vida que desafía los fundamentos de mi entendimiento y que sacude violentamente las bases en que se

asienta mi vida, pienso en el enigma del círculo. Por fortuna, no ocurre a menudo, pero cuando me sucede, cierro los ojos y escucho el latido de mi corazón, tal como hice sentado en el banco del quiosco de aquel parque recogido.

A veces he creído dar con respuestas a hechos inexplicables, que luego se han revelado falaces a medida que he pensado más en ellas. Y así, tras sucesivas tentativas, he concluido que ese extraño círculo en cuyo interior habitan muchos centros, y cuya extensión no está acotada por línea curva perimetral alguna, se halla en nuestra conciencia, en nuestro propio interior. Es el círculo que nos permite amar con el corazón, sentir profunda compasión, abrazar utopías, encontrar la fe (o algo cercano a ella). En dichos casos, aceptamos la paradoja del círculo con naturalidad, por formar parte de nosotros mismos. En fin, no se trata más que de mi propia y personal hipótesis, pero me parece pertinente.

Tienes una cabeza para meditar en cosas complicadas, para hacer comprensible lo incomprensible. Esa es la flor y nata de la vida. Todo lo demás es fútil y banal. Eso me dijo el anciano del pelo canoso aquella tarde de domingo de otoño, en cierto promontorio de Kobe. Así pues, cuando me sucede algo, me acuerdo del círculo y pienso, por un lado, en todo aquello inevitable, fútil y banal que acontece con descaro y azarosamente en nuestra vida, y, por otro lado, en la *crème de la crème* que habita en el interior de nuestros corazones.

3

Charlie Parker Plays Bossa Nova

Bird ha vuelto.

¿No se estremece el lector, exultante y lleno de expectación, al escuchar la noticia? Vuelve, intacto, el vigor de antaño y resurge alzando el vuelo cual ave fénix, recibiendo vítores de bienvenida allá por donde pasa, desde Novosibirsk hasta Tombuctú, brillando con luz propia y decidido a iluminar el mundo con renovados bríos.

Estamos en 1963. Han transcurrido varios años desde la última ocasión en que tuvimos constancia pública de nuestro querido Charlie Parker, o Bird, como es conocido por la mayor parte de sus fieles seguidores. ¿En qué lugar se encuentra retirado en estos momentos? ¿A qué se dedica? Estas son las preguntas que todos los aficionados al jazz del mundo llevan haciéndose mucho tiempo. Pese al largo mutismo que lo rodea, que sepamos no ha fallecido. Si así hubiera sido, nos habrían llegado noticias e informaciones al respecto. Preveo que algún avezado alzará la voz para señalar que tampoco tenemos indicio alguno de que esté vivo.

La última vez que supimos algo de Bird fue cuando su mecenas, la baronesa Nica, le permitió instalarse en su lujosa mansión para pasar allí su convalecencia. Diversos problemas de salud lo asediaban y su condición de heroinómano era un secreto a voces para cualquier buen aficionado al jazz. Corrieron rumores de que, además del letal polvo blanco, una grave pulmonía, diversas afecciones internas, dolorosos síntomas de diabetes e incluso de enfermedad mental lo mantenían postrado. Aunque la fortuna de seguir vivo entre semejante grado de adversidad pueda haberlo acompañado, no así lo habrán hecho la fuerza y la energía necesarias para retomar su actividad musical, de modo que poca más opción le quedó aparte de retirarse de los escenarios y de la escena pública para convertirse en una leyenda viva y hermosa del jazz. Corría el año 1955.

Ocho años después, en el verano del presente año, 1963, volvemos a tener noticias de él. Con su inseparable saxo alto y sin tiempo que perder, se ha encerrado en un estudio de grabación a las

> afueras de Nueva York y, raudo como el rayo, ha alumbrado una nueva obra, ¡un elepé que lleva por título *Charlie Parker Plays Bossa Nova!*
>
> ¿Suena poco plausible?
>
> Pues vayan ustedes preparándose y agárrense fuerte porque es cierto.

Así comienza un artículo que escribí para una revista universitaria, el primero que conseguí publicar en mi vida y por el que incluso obtuve una modesta remuneración.

Naturalmente, no existe ningún disco titulado *Charlie Parker Plays Bossa Nova*. Charlie Parker murió el 12 de marzo de 1955, y la bossa nova llegó a territorio estadounidense en 1962, introducida por músicos como Stan Getz. Pero no es improbable que Bird hubiese mostrado interés por ese estilo nuevo en caso de haber vivido en la década de los sesenta, y, por qué no, que se hubiera animado a adoptarlo en sus interpretaciones. Partiendo de semejante suposición, inventé un disco fruto de esa hipotética adopción musical e ideé una reseña ficticia del mismo, lo cual resultó en el artículo mencionado y transcrito en parte en estas páginas.

La gracia del asunto reside en que el editor jefe de la revista universitaria que accedió a publicarlo creyó de veras en la existencia del disco y tomó mi crítica como auténtica y genuina, sin sospechar de su autenticidad. Su hermano menor, buen amigo mío, le habló de mis virtudes con la pluma e hizo de promotor de mi causa (la revista llegó a publicar cuatro únicos números antes de echar el cierre, en el tercero de los cuales apareció mi reseña).

El punto de partida sobre el que concebí el artículo de marras fue el descubrimiento imaginario de cierta grabación en cinta magnetofónica del genial saxofonista entre sus archivos fonográficos de la compañía de discos, y, basándome en ello, elaboré la reseña de la grabación (el disco en cuestión), que realmente solo existía en mi imaginación. No es que quiera echarme flores, pero creo sinceramente que me las ingenié para

componer un relato sólido, coherente y verosímil hasta en sus más nimios detalles.

Curiosamente, la salida de la revista vino acompañada de cierto revuelo. No era más que una revista universitaria de escasa difusión, ignorada por la mayoría de los estudiantes y, sin embargo, aquella vez llegaron a la redacción no pocas cartas de lectores, clamando al cielo ante el insensato sacrilegio que uno de sus redactores se había atrevido a cometer, ofendidos por la osadía de publicar semejante broma anodina. Una de dos: o el sentido del humor de aquellos estudiantes andaba algo cojo, o el mío estaba algo pasado de rosca. Le dejo al lector la difícil tarea de juzgarlo por sí mismo. El caso fue que hubo quien se lo tomó al pie de la letra, hasta el punto de no faltar incluso quienes acudieron a las tiendas de discos a adquirir su copia de *Charlie Parker Plays Bossa Nova*.

Por su parte, el editor no tardó en poner el grito en el cielo ante mi flagrante engaño (pese a que no entraba dentro de mis propósitos engañar a nadie; simplemente omití ciertas aclaraciones), pero yo creo que estaba secretamente satisfecho por las reacciones, incluyendo las negativas, que había producido el número. La prueba de ello fue que me pidió más reseñas o cualquier otro tipo de texto para considerar su publicación (aunque, antes de que me diera tiempo a llevarle nada, la revista desapareció).

Mi artículo sobre Bird continúa de la siguiente manera:

> ¿Quién habría podido imaginar que llegaría el día en que dos músicos de registro tan dispar como Charlie Parker y Antonio Carlos Jobim unieran su talento para tocar juntos? ¿En qué cabeza habría cabido la idea de que a ellos se les unieran Jimmy Raney a la guitarra, Jimmy Garrison al contrabajo y Roy Haynes a la batería (una sección rítmica cuyos nombres bastan para ponerle a uno la piel de gallina)? Añadamos el piano de Jobim y, por supuesto, el saxo alto de Charlie Parker (Bird), y dejemos que comience la magia.
>
> A continuación, enumero los temas incluidos en el disco:
>
> Cara A

1. Corcovado
2. Once I Loved (O Amor em Paz)
3. Just Friends
4. No More Blues (Chega de Saudade)

Cara B
1. Out of Nowhere
2. How Insensitive (Insensatez)
3. Once Again (Outra Vez)
4. Dindi

A excepción de «Just Friends» y «Out of Nowhere», todas las demás piezas son conocidas composiciones de Carlos Jobim. En cuanto a los dos temas de Parker mencionados, clásicos en su repertorio y magistralmente interpretados en el pasado por el propio autor, cobran aquí nuevos aires de bossa nova y alcanzan inusitados territorios estilísticos. Solo en dichas dos piezas, Jobim cede el piano a los dedos versátiles del veterano Hank Jones.

¿Qué sensaciones le produce a usted, lector amante del jazz, escuchar el título *Charlie Parker Plays Bossa Nova?* En primer lugar, es posible que dé un respingo de sorpresa y que, poco después, ráfagas de curiosidad y expectación vayan abriéndose paso, impetuosas, hasta inundar su ánimo; pero, una vez calmadas las aguas, es también probable que un gesto adusto de preocupación aparezca en su rostro, ensombreciéndolo como nubarrones que se ciernen sobre la ladera de una montaña, cubriendo el hermoso fondo azul del cielo despejado.

Un momento, ¿dices en serio que nuestro Bird, el mismísimo Charlie Parker, se ha dignado a tocar bossa nova? Cuesta creerlo, pero ¿lo habrá hecho por puro y espontáneo deseo? ¿Habrá cedido a los vientos comerciales que soplan desde ese nuevo estilo musical, impelido por su compañía discográfica? En caso de que, al menos provisionalmente, así lo haya hecho, decidido a unirse a las filas de la bossa nova, ¿qué resultado podemos esperar nosotros, sus admiradores? ¿Habrá logrado armonizar su excepcional ejecución al saxo tenor, tan profundamente calada de estilo bebop, con las refrescantes y sofisticadas esencias procedentes de Latinoamérica?

Dejando a un lado las cuestiones de estilo, ¿se las habrá arreglado Bird para mantener intacta su genialidad en el toque después de un largo retiro de ocho años? ¿Seguirá deleitándonos con su virtuosismo y descomunal capacidad creativa, como en los viejos tiempos?

Cuesta creerlo y, para ser honesto, yo también albergué serias dudas al respecto. Por un lado, deseaba lanzarme sin pérdida de tiempo a escuchar el disco; por otro, tenía sinceros temores de que

me defraudase y terminar escaldado. Pero ahora que ya lo he escuchado muchas veces, poniendo todos mis sentidos en ello, me veo en disposición de anunciar mi veredicto. Un momento. ¿Qué estoy diciendo? Si por mí fuera, subiría a lo más alto de un edificio y lo gritaría a los cuatro vientos con todas mis fuerzas, para que todo el mundo se enterara. Tanto si es usted un enamorado del jazz, como si lo es de la música en general, caerá de rodillas, rendido ante la sublime experiencia musical que *Charlie Parker Plays Bossa Nova* le proporcionará con su particular mezcla de tórrida pasión y refinada estilización.

[...]

Lo que sorprende en primer lugar es la eficaz economía en la ejecución al piano por parte de Carlos Jobim y la elocuente fluidez y el espíritu libre de los fraseos de Bird. La combinación resultante se me antoja tan admirable y espléndida como difícil de expresar con palabras. El lector objetará que las voces de Carlos Jobim y de Bird (me refiero, por supuesto, a las de sus respectivos instrumentos) pertenecen a registros demasiado diferentes para amalgamarse en un todo coherente, y aunque es bien cierto que resulta casi imposible encontrar puntos en común entre ambas (además de que ninguno de los dos se esfuerza por adaptarse a la música del otro), ahí precisamente es donde acaba uno encontrando el meollo de toda la cuestión: su divergencia se convierte en la fuerza motriz que hace brotar una sonoridad única y de incomparable belleza.

Por favor, concentren toda su atención en el primero de los temas de la cara A: «Corcovado». No escucharán a Bird en el motivo de arranque. De hecho, su saxo no entra hasta llegados los últimos fraseos. Es Carlos Jobim quien interpreta al piano con suave contención, y sin el apoyo de la sección rítmica, la popular melodía conocida por todos ustedes, cuyo aire soñador evoca los ojos de una joven que contempla abstraída la hermosura de un paisaje nocturno, sentada junto a una ventana. La interpretación avanza y se desarrolla sin apenas modulaciones, con el ocasional añadido de algún que otro sencillo acorde de resonancias acolchadas, como de blando cojín ofrecido a la joven de la ventana para mitigar la dureza del respaldo de su asiento.

Una vez finalizada la sección de piano entra sigiloso, tenue sombra escurriéndose entre la leve abertura de las cortinas, el sonido aterciopelado del saxo alto de Bird. Apenas se ha apercibido uno de su llegada, cuando su toque se eleva ya elegante y sinuoso, confundiéndose con recuerdos y sensaciones hermosas e imprecisas

> que ya habitaban en nuestra intimidad onírica, calando en nosotros como una suave brisa que traza, a su paso, delicadas y serpenteantes marcas sobre las dunas de nuestro espíritu. Cálidas marcas que uno desea que no se le borren nunca.

Permítame el lector que omita lo que sigue. Así, lo eximo de tener que digerir un texto recargado de torpes florituras y ornamentación vana. Asumo que con lo arriba expuesto basta para que se haga una idea del tipo de música que trataba de evocar. Más que evocar, inventar. O eso creo...

Bajemos el telón y volvamos a subirlo unos cuantos años más tarde.

Durante muchísimo tiempo, aquel artículo que escribí siendo un estudiante universitario quedó relegado al más completo olvido. Al fin y al cabo, me convertí en una persona abrumada por responsabilidades y obligaciones hasta extremos que no habría imaginado, y aquella reseña ficticia, mero vestigio lejano de una broma irresponsable de un jovenzuelo con aires de escritor, quedó relegada a algún lugar remoto y apartado de mi memoria. Y, sin embargo, unos quince años más tarde ocurriría algo absolutamente imprevisible que me refrescaría la memoria en un abrir y cerrar de ojos, y de una manera que jamás habría imaginado. Fue como un bumerán cuyo lanzamiento hubiese olvidado y que, más tarde, volvía fiel a mi mano cuando menos lo esperaba.

Sucedió en Nueva York, donde residí por algún tiempo debido al trabajo. Cierta tarde, con abundante tiempo libre por delante, salí de mi habitación de hotel para dar una vuelta y acabé entrando en un modesto establecimiento de discos de segunda mano situado en la calle Catorce Este. Se me ocurrió echar un vistazo a la sección de Charlie Parker y ahí encontré un disco que llevaba por título *Charlie Parker Plays Bossa Nova*. Tenía aspecto de edición pirata. La funda exterior era blanca, la portada carecía de foto o ilustración y en ella solo había el título, impreso en bastos caracteres negros, mientras que en la contraportada se detallaban

la lista de temas musicales incluidos y el elenco de músicos participantes. Tanto los nombres de los músicos como el título y el número de los temas coincidían a pies juntillas con los que yo había seleccionado para mi disco ficticio. Asimismo, al igual que en mi reseña, Hank Jones al piano sustituía a Carlos Jobim en dos únicos temas.

Permanecí allí plantado, inmóvil y en silencio, con el disco en la mano y la hormigueante sensación de que alguna zona recóndita de mi ser se me estaba entumeciendo. Eché un vistazo a mi alrededor. ¿Estaba realmente en Nueva York? Sí, no cabía la menor duda de que me encontraba en pleno Manhattan, en el interior de una pequeña tienda de discos de segunda mano. No me había precipitado ladera abajo hasta caer en ningún mundo ilusorio ni tampoco estaba soñando.

Extraje el disco de su funda y comprobé que el adhesivo central era tan blanco como la funda y que en él también aparecían escritos los títulos de los temas en el orden correspondiente, pero no encontré ni el nombre ni el logotipo de casa discográfica alguna. Presté entonces atención a los surcos del vinilo. En efecto, en ambas caras podían apreciarse los cortes del inicio de cada uno de los cuatro temas. Fue entonces cuando tomé la resolución de pedirle al joven de pelo largo apostado tras el mostrador que me permitiera escucharlo. Negó con la cabeza y lamentó que el tocadiscos de que disponía la tienda estuviera estropeado. Lo sentía mucho.

Una etiqueta adherida a la funda indicaba que el precio era de treinta y cinco dólares. Me sumí en la indecisión de si comprarlo o dejarlo, hasta que, finalmente, me decanté por lo último y abandoné el local con las manos vacías. Sin duda, no podía tratarse más que de una broma sin gracia. A falta de nada mejor en que pasar el rato, alguien se había tomado la molestia de crear un disco a imagen y semejanza del que yo describía en mi artículo, aunque solo en la portada, claro. Habría localizado cualquier elepé con cuatro cortes en cada cara, despegado la etiqueta empapándola en agua, y adherido con pegamento la suya propia, elaborada con sus propias manos. Pagar treinta y cinco

dólares por semejante tomadura de pelo se me antojaba de lo más estúpido.

Había un restaurante español cerca del hotel y, ni corto ni perezoso, me metí en él para tomarme una cerveza y una cena ligera. Una vez satisfecho el estómago, paseaba por los alrededores sin rumbo fijo cuando, de pronto, algo me pellizcó las entrañas: una punzada de arrepentimiento por no haber adquirido aquel vinilo. Debí haberlo comprado. Por muy estúpido que fuera y por muy ridículo que resultara pagar ese precio, debí haberme hecho con él. Aunque se trataba de algo extraño, era al menos un interesante objeto conmemorativo de un momento importante en mi vida, de modo que dirigí de nuevo mis pasos a la calle Catorce. Caminé ligero, pero la tienda de discos ya había echado el cierre cuando llegué. Un cartel sobre la persiana metálica rezaba: «Días laborables. Apertura: 11:30. Cierre: 19:30».

A última hora de la mañana siguiente salí del hotel y volví a dirigirme al mismo lugar. En su interior, un hombre de mediana edad, de pelo lacio y con el cuello del jersey deshilachado, sorbía café y leía las páginas deportivas de un periódico, sentado tras el mostrador. Un reconfortante aroma a café recién hecho se extendía tenuemente por todo el local mezclándose con vieja música de Pharoah Sanders emitida desde el techo por caducos altavoces, sin un solo cliente todavía a esas horas, a excepción de mí. Tenía el hombre toda la pinta de ser el dueño de la tienda. Repasé de inmediato la sección de Charlie Parker, sin éxito. No hallé, entre los demás, el disco del día anterior. Qué raro. Recordaba haberlo devuelto a su sitio después de llevarlo hasta el mostrador. No quise darme por vencido y revisé todos los cajones de la sección completa de jazz. Seguro que lo deposité entre otros discos, eso debió de ocurrir. Después de hurgar concienzudamente, me vi obligado a tirar la toalla, con la certeza al menos de saber que allí no estaba. ¿Se había vendido acaso en un intervalo de tiempo tan corto? Abordé al hombre del mostrador:

—Disculpe, no consigo localizar un disco que vi ayer en la tienda...

—¿Qué disco busca? —inquirió, sin levantar la vista de las

páginas de *The New York Times*.

—*Charlie Parker Plays Bossa Nova* —repliqué sin rodeos.

El hombre dejó el periódico, se quitó las viejas gafas de montura metálica y alzó lentamente la vista hacia mí.

—Perdone, ¿le importaría repetirme el título?

Así lo hice. El hombre, tras un pausado sorbo a su café y un levísimo movimiento de cabeza hacia ambos lados, dijo:

—No existe el disco por el que usted pregunta.

—Lo sé. Y, sin embargo...

—Ahora bien, si le interesa *Perry Como Sings Jimi Hendrix,* creo que todavía tenemos alguno.

Supe que se trataba de una broma en cuanto oí mencionar el nombre de Perry Como. Aquel hombre era de esos que no sonríen cuando bromean.

—El caso es que puedo asegurarle que lo vi aquí, en esta tienda —me sentí obligado a aclarar—. Naturalmente, debía de tratarse de una tomadura de pelo, de eso no cabe duda.

—¿Dice que lo vio aquí?

—Como lo oye. Ayer por la tarde.

Procedí entonces a describir la cubierta y demás detalles: número de temas, títulos, etcétera. No olvidé mencionar la etiqueta con el precio marcado, treinta y cinco dólares.

—¿No lo habrá confundido con otro? —El hombre se mantenía remiso a admitir mi relato—. Le aseguro que no hemos tenido ningún disco con las características que usted enumera. Soy yo quien se encarga de adquirir los discos que ponemos a la venta. Nadie más. También les pongo el precio. Así que ya me contará... Si me hubiera topado con semejante rareza, le aseguro que lo recordaría.

Negó de nuevo con la cabeza, se colocó las gafas y reanudó la lectura de las páginas deportivas del diario. De pronto, como si una fugaz idea hubiera cruzado rauda por su mente, volvió a quitarse las gafas y, aguzada la mirada, los ojos entornados, me miró fijamente.

—Ahora bien, si, por remota que parezca la posibilidad, acabase usted dando con él, no dude en comunicármelo, por favor.

El relato da ahora otro salto a muchos años después.

Hace poco tuve un sueño en el que el mismísimo Charlie Parker se me aparecía en mi habitación. No se limitó a *aparecer*. También interpretó para mí, en exclusiva (yo era la única persona presente), el tema titulado «Corcovado». Lo hizo sin el acompañamiento de la sección rítmica, completamente solo.

Estaba de pie, bañado por una claridad oblicua, como la de aquella mañana, fresca, limpia y exenta de impurezas, el rostro oculto en la sombra, y vestía un traje de chaqueta cruzada de doble botonadura, camisa blanca y corbata de tonos suaves. El saxo que sostenía en sus manos estaba sucio, polvoriento y tan oxidado que parecía mentira. Una de las llaves, inutilizada, había sido sustituida por una cuchara precariamente sujeta por medio de cinta adhesiva. Aparte de la estupefacción que me causó la lamentable visión de aquel destartalado y ruinoso instrumento, se me hizo difícil abrigar esperanzas en sus posibilidades musicales, por mucho que fuera el gran Bird quien lo tocase.

De pronto, el aire se llenó del aroma intenso y cálido de un buen café recién hecho, tan profundo que elevó mi espíritu e hizo temblar mis aletas nasales, cosa que, sin embargo, no llegó a desviar mi atención de la imponente figura que tenía ante mí: la del propio Charlie Parker. En cierto modo, temía que, si desviaba la mirada de él tan siquiera un instante, su imagen se esfumaría ante mis narices.

Lo más curioso es que fui consciente todo el tiempo de estar soñando. No era la primera vez que me ocurría. Ocasionalmente, soy capaz de avisarme a mí mismo de que me encuentro dentro de un sueño: «Tranquilo, no es más que un sueño». En fin, lo que me asombra muchísimo es el grado de viveza y realismo de las experiencias sensoriales oníricas, como por ejemplo la olfativa en el sueño de Bird relacionada con los aromáticos efluvios procedentes del café.

Bird se acomodó la boquilla a la boca e hizo brotar una única

nota del instrumento, en su rostro se reflejaba una concentración intensa. Estaba poniendo a prueba la lengüeta. El sonido de dicha nota se prolongó durante un buen rato y, de manera progresiva, fue perdiendo intensidad hasta apagarse. A partir de ese momento, una sucesión de notas emanó de la campana del saxo, con la misma suavidad y contención de la primera. Se mecieron en el aire y fueron descendiendo en duermevela hasta posarse en el suelo. Desapareció la resonancia de aquellos sonidos y se hizo el silencio. Con gran ceremonia, Bird procedió entonces a emitir una cascada de tonos de más calado, dotados de mayor emotividad y profundidad que los anteriores. Y así comenzaron a sonar los primeros compases de «Corcovado».

¿Cómo podría describir lo que escuché aquella noche en mi sueño? La música que Bird interpretó en exclusiva para mí la evoco, desde la distancia que otorga el paso del tiempo, no tanto como un fluir de sonidos, sino más bien como una especie de irradiación inmediata y simultánea. Recuerdo vivamente su existencia, pero no sería capaz de reproducir su contenido ni de entender cómo sonaría. Expresarlo en palabras resultaría tan inútil como tratar de explicar la composición gráfica de un mandala. Lo único que acierto a decir es que era una música que llegaba hasta lo más profundo del alma y tocaba su mismísimo centro, hasta el punto de hacerme sentir que algo había cambiado después de escucharla, que no podría volver a ser el mismo que era antes (y estoy convencido de que un tipo de música así existe realmente en el mundo).

—Solo tenía treinta y cuatro años cuando fallecí. Los mismos que tengo ahora —dijo Bird dirigiéndose a mí. O eso me pareció, puesto que allí no había ninguna otra persona aparte de él y yo.

No supe cómo reaccionar a lo que acababa de decir. Saber comportarse de la manera más apropiada cuando se está soñando resulta de lo más complicado. De modo que me limité a permanecer en silencio y esperar sus siguientes palabras.

—Por favor, piensa durante unos instantes —prosiguió— en lo que puede suponer para uno morir a esa edad, a los treinta y cuatro años.

Probé a reflexionar acerca de lo que habría pasado por mi cabeza en el momento de morir, si la muerte me hubiera visitado a los treinta y cuatro años. Pensé que, a esa edad, una buena cantidad de cosas apenas acababan de iniciarse en mi vida.

—Así es —volvió a hablar Bird—. A esa edad, acababa de comenzar una buena cantidad de cosas en mi vida. De hecho, la misma vida no había hecho más que empezar y, sin embargo, ya se había acabado para mí.

Movió la cabeza a ambos lados con pausada resignación, pero su rostro permaneció oculto bajo el velo de la sombra y no pude contemplar su expresión. Su desvencijado saxo le colgaba del cuello sujeto con una mísera correa.

—Sin duda, uno debe asumir que la muerte es siempre repentina, se presente cuando se presente, pero, a la vez, es como un ser que se arrastra lentamente. No es muy distinta a una bella frase musical que le viene a uno a la cabeza como en una ráfaga, con todas sus notas desplegándose simultáneamente; sin embargo, su propia naturaleza está ligada a un desarrollo temporal, como el que uno requiere si desea cruzar un continente de costa a costa, o quizás a toda una eternidad, aunque su esencia no se adscriba del todo al concepto de tiempo. Si adoptamos el punto de vista de que la muerte se despliega en el tiempo, podría tal vez afirmarse que vamos muriendo poco a poco a medida que vivimos. Pero, por otro lado, bien es cierto que la muerte es un mazazo que pone fin de manera fulminante a todo lo que nos ha acompañado hasta ese momento. Un retorno a la nada. Como podrás entender, hablo a partir de mi propia experiencia.

Permaneció cabizbajo durante unos instantes, aparentemente mirando con fijeza su saxofón. Luego, habló de nuevo:

—¿Sabes qué me rondaba por la cabeza cuando me visitó la muerte? —inquirió Bird—. Una simple y única melodía. En eso pensaba en aquel momento. La melodía se repetía una y otra vez, sin descanso. No había manera de quitármela de encima. Ocurre a

veces, ¿no es cierto? Se te pega una melodía y ahí decide quedarse. Pues bien, fue un pasaje del tercer movimiento del *Concierto para piano y orquesta n.º 1* de Beethoven.

Tarareó levemente la melodía. Pude reconocerla. Se trataba del pasaje correspondiente al solo de piano.

—De entre toda la música compuesta por Beethoven —prosiguió Bird—, ese pasaje tal vez sea el que mejor mezcla audacia y fogosidad, el más vivaracho y rítmico. Siempre le tuve especial cariño a ese concierto y, de hecho, lo he escuchado multitud de veces en una interpretación de Artur Schnabel registrada en uno de aquellos viejos vinilos de setenta y ocho revoluciones por minuto. Pero ¿no resulta irónico? ¿No te parece raro que una melodía de Beethoven insista reiteradamente en atravesar conmigo, Charlie Parker, el umbral de la muerte? A partir de ese momento, recuerdo un manto de oscuridad frente a mí, una especie de bajada de telón, fin del espectáculo.

Una risa áspera, sin apenas fuelle, brotó de su garganta.

No supe qué replicar. ¿Acaso había algo apropiado que pudiera decirse acerca del deceso de Charlie Parker?

—Sea como fuere, quisiera mostrarte mi más sincero agradecimiento —continuó Bird—. Por haberme traído a la vida por unos momentos, y, ah, por haberme otorgado la gracia de interpretar bossa nova hace unos años, cosa nada baladí precisamente y que me hizo muy feliz. No te miento. No habría estado mal, por supuesto, hacerlo en vida. Eso habría tenido aún más gracia, ¿no crees? Pero, en fin, experimentarlo después de muerto no le restó ni un ápice de diversión al asunto, porque, como creo que sabes, siempre tuve cierta debilidad por los nuevos estilos.

«Bird, ¿quiere eso decir que te has presentado en mi sueño con el propósito principal de darme las gracias?»

—Así es —admitió Bird, capaz al parecer de escuchar mi voz interior—. He venido hasta aquí para darte las gracias. Espero que disfrutases de mi música.

Asentí con la cabeza. Tendría que haberle respondido algo entonces, lo sé muy bien, pero no hallé las palabras adecuadas.

—*Perry Como Sings Jimmy Hendrix* —murmuró Bird entre dientes, como trayéndolo a su memoria, y de su garganta volvió a brotar una risa seca y sofocada.

En aquel instante, el saxo se esfumó como humo entre sus dedos y, acto seguido, se apagaron las luces, se hizo la más completa oscuridad y, como si esta se la hubiera llevado, la figura de Bird desapareció.

El reloj de la mesita junto a mi cama marcaba las tres y media cuando me desperté del sueño. La habitación se encontraba sumida en la más completa oscuridad y el aroma a café que la llenaba se había desvanecido por completo. No se percibía, de hecho, el más leve olor. Me levanté y en la cocina me bebí varios vasos de agua fría. Acto seguido, me senté a la mesa del comedor y traté de reproducir en mi mente la música que acababa de escucharle interpretar a Bird en el sueño. Naturalmente, no recordé ni la más breve secuencia de notas salidas de su saxo. Por suerte, pude evocar las palabras que me había dicho. Sin tiempo que perder, tomé un bolígrafo y las apunté en un cuaderno con la mayor fidelidad posible, antes de que empezaran a diluirse. Era lo único que podía hacer en cuanto a aquel sueño fantástico. Así que Bird me había visitado en sueños con el expreso deseo de darme las gracias... Para agradecerme la oportunidad que le había brindado muchos años atrás de tocar bossa nova. Me había ofrecido, además, una interpretación de «Corcovado» con aquel saxo decrépito.

¿Me cree usted, fiel lector?

Puede creerme. No me he inventado nada.

4
With the Beatles

La perplejidad de cumplir años no reside en el hecho mismo de cumplirlos. Ni siquiera en cruzar esa borrosa línea a partir de la cual, al no haberse dado uno cuenta del paso del tiempo, se le priva del trato de joven para empezar a reverenciársele como respetable anciano. No, no es eso lo que a mí más me desconcierta del irreversible discurrir de los años. Aquello que de verdad me resulta pavoroso es observar cómo envejecen los demás ante mis propios ojos, y comprobar que las lozanas muchachas que antaño revoloteaban a mi alrededor se han convertido en candorosas abuelas que presumen de nietos. Reflexionar sobre ello me produce una profunda y misteriosa melancolía, incomparablemente mayor que pensar en mi propio envejecimiento.

La tristeza a la que me refiero por la pérdida de la belleza juvenil de la mujer tal vez se encuentre extrañamente ligada a mis sueños íntimos y anhelos de infancia, como una constatación de su pérdida, de haberse estos diluido y evaporado, y de haberse erosionado su magia con el paso de los años. Dicha pérdida quizás resulte más trágica aún que el lento deslizarse ladera abajo por la pendiente de la vida, cosa que se me antoja a menudo como profundamente injusta.

Todavía guardo, después de muchos años, el vívido recuerdo de cierta mujer de la cual lo desconozco casi todo, tanto su nombre como, por supuesto, a qué se dedica o dónde vive en la actualidad, pero que por aquel entonces, cuando la vi, era, como también lo eran todas las demás mujeres que conozco, una sonrosada muchacha ungida por la primaveral y lozana frescura de la

juventud. Estudiaba en el mismo instituto que yo, tenía la misma edad —llevaba prendida al pecho la placa correspondiente al curso en el que estaba matriculada, que resultó ser el mío— y, por lo visto, sentía una especial predilección por la música de los Beatles.

Era 1964. El año en que el huracán de la beatlemanía comenzaba a desencadenarse por el mundo entero con febril frenesí. Estábamos en los albores del otoño, a las puertas de un nuevo semestre, y disfrutábamos del sedimento de sosiego y reposo de aquellos primeros días de vuelta a las aulas. Ella caminaba con el paso ligero, airoso, y un leve apremio, haciendo ondear con desparpajo el bajo de la falda de su uniforme, a lo largo de uno de los pasillos del viejo edificio del instituto. Nos cruzamos en la penumbra, sin un alma alrededor aparte de nosotros. Apretaba contra su pecho, como si de un tesoro se tratara, un elepé cuya cubierta mostraba el retrato en blanco y negro de cada uno de los miembros del cuarteto de Liverpool y cuyo título rezaba *With the Beatles*. Se trataba de aquella influyente imagen del grupo en que la mitad de cada rostro quedaba oculto en la sombra. Por lo que respecta al recuerdo que guardo impreso en mi memoria, aquella no era la edición japonesa del disco, ni tampoco la estadounidense de título diferente, sino la original británica, aunque se me escapan los motivos por los que recuerdo con tanta claridad dicho detalle.

Desde la perspectiva con que la vi en aquella ocasión, me pareció una auténtica belleza: sus delgados muslos atravesando briosos el pasillo como si flotaran sobre este, la brillante negrura de su larga melena y el reconfortante aroma que emanaba de su presencia (a veces, pienso que el detalle del olor puede haber sido un rasgo añadido por mi memoria en el proceso de recrear repetidamente aquel instante, pero incluso si se trata de un detalle ilusorio, para mí es tan real como el resto). Aquella hermosa adolescente cuyo nombre ignoro y que tan primorosamente sujetaba el disco de los Beatles contra su pecho me impresionó muchísimo y atrapó para siempre mi corazón.

Mientras mi corazón se desbocaba como un caballo salvaje dando vigorosos latidos como latigazos, noté cierta opresión en el pecho que me impedía respirar con sosiego y holgura, al tiempo

que confundía los sonidos, que me llegaban como filtrados y amortiguados —igual que el eco sordo que se produce cuando te sumerges en una piscina—, hasta que al fin solo alcancé a oír un brillante tintineo semejante a un cascabel, profundamente alojado en mis tímpanos, y tuve una sensación similar a cuando alguien te advierte de que algo importante está sucediendo en ese momento. Aquello no duró más que un instante, no fue más allá de aquel breve encuentro de apenas diez o quince segundos, un abrir y cerrar de ojos sin cruzar palabra alguna, en uno de los pasillos del instituto, como una especie de portal de entrada a un mundo onírico que, tan pronto como se abrió, empezó a diluirse, descomponiéndose y desapareciendo ante mis ojos, como ocurre con la esencia de los sueños al despertar, cuando las imágenes son succionadas hacia lo más profundo de los intrincados recovecos de un mundo laberíntico y dejan tras de sí un simple pasillo vacío y bañado en la penumbra. Me quedó la impresión de que así es como sucede casi todo lo importante en la vida.

Aquel pasillo sumido en la semioscuridad, el hipnótico y ondulante vaivén del bajo de su falda, el disco *With the Beatles*.

No volví a verla. Tampoco volví a cruzármela nunca más por los pasillos de aquel viejo edificio del instituto de secundaria entre cuyos muros todavía permanecí algunos años más como estudiante. Si uno se detiene a pensarlo, resulta de lo más extraño. Ubicado en la cima de cierto montículo en Kobe, aquel instituto público tenía unas dimensiones considerables y estaba tan concurrido que resultaba imposible familiarizarse con todos sus alumnos. Pertenecíamos a la generación del *baby-boom* y yo desconocía tanto el nombre como el rostro de la gran mayoría de los aproximadamente seiscientos cincuenta chicos y chicas que componían mi curso. Y, sin embargo..., ¿cómo era posible que no volviera a encontrármela a lo largo de los meses y años siguientes? Al fin y al cabo, transitábamos a diario por el mismo edificio y por los mismos pasillos. Deberíamos haber coincidido, tarde o temprano. Sobre todo, porque prácticamente no había día en que no pensara en ella mientras recorría aquellos lugares comunes.

Se había desvanecido en el aire como una nube de humo. ¿Lo

habría soñado? ¿Había sido un espejismo de una tarde de principios de otoño? Me decanto por pensar que la deficiente iluminación de aquel corredor hubiera contribuido a encender mi imaginación y a insuflar en ella una imagen mucho más hermosa de la que le correspondía en realidad, lo cual me habría impedido reconocerla, aunque me hubiese cruzado con ella alguna vez más.

Aquel encuentro con la chica de *With the Beatles,* puntual e irrepetible, me marcó en el sentido de que se convirtió en mi punto de referencia. A partir de entonces, cada vez que conocía a una chica y, sobre todo, si llegaba a intimar, comparaba la primera impresión de una con la de la otra. No lo hacía conscientemente. Era una especie de reacción involuntaria que me empujaba a buscar en cada nuevo encuentro aquel destello deslumbrante y doloroso que la chica de *With the Beatles* me produjo, aquel fogonazo en un pasillo en penumbra del instituto, una tarde de principios del otoño de 1964. Sentía siempre la misma avidez por revivir el mismo pellizco en el corazón, el mismo estremecimiento mudo que me atenazó el pecho, impidiéndome respirar, y el mismo tintineo en mis oídos, tan suave como insistente.

Unas veces lo conseguía y otras el cascabel no sonaba. En ocasiones, cuando parecía haberlo logrado y tenerlo bien amarrado, se me escapaba y lo perdía de vista al doblar la primera esquina, por expresarlo de algún modo. En cualquier caso, la intensidad con que se me había quedado grabado aquel encuentro fugaz era tal que había acabado convertido en el patrón y modelo definitivos de las sensaciones a las que aspiraba y que ansiaba reproducir en cada nuevo encuentro con alguien del sexo opuesto.

Como no se me presentaba fácilmente en el mundo real una impresión tan intensa como aquella primigenia, me reconfortaba (y me conformaba) con reproducirla en mi mente, una y otra vez, hasta el punto de acabar convertida en mi bien más preciado e íntimo y en una especie de punto de apoyo en mi tránsito a lo largo de la vida. Cuidé primorosamente de dicho recuerdo como si

se tratara de un indefenso gatito que llevara siempre conmigo en el cálido y holgado cobijo del bolsillo de mi abrigo.

Permítame ahora el lector que le ofrezca algunas notas que le ayuden a ubicarse en el contexto de lo que significaron los Beatles para mi generación:

Sucedió el año anterior a mi encuentro con aquella joven en los pasillos del instituto. 1963 fue el año del milagroso despertar del mundo a las proezas musicales de aquellos cuatro joviales y pizpiretos muchachos, y en abril del año siguiente lograron la inaudita gesta de aupar cinco de sus canciones a los cinco primeros puestos de todas las listas de éxito estadounidenses. Aquellas cinco canciones, según el orden que ocuparon, eran:

1. Can't Buy Me Love
2. Twist and Shout
3. She Loves You
4. I Want to Hold Your Hand
5. Please Please Me

De hecho, el sencillo *Can't Buy Me Love* alcanzó una venta anticipada de dos millones cien mil copias, antes incluso de ser distribuido en las tiendas de discos.

La riada de éxito y popularidad de la banda llegó enseguida a Japón e inundó sus emisoras de radio, que se afanaron en transmitir la música del cuarteto día y noche, hora tras hora, sin descanso; y a mí también me sedujo, como a la mayor parte de los jóvenes de mi generación, el singular encanto de aquellas canciones cuyas melodías y frases todavía hoy puedo recordar nota por nota, palabra por palabra. Por aquel entonces, me pasaba días enteros sentado a la mesa de mi habitación, estudiando con la radio encendida (o simulando estudiar), y todavía me atrevería ahora a cantarlas si se me presentara la ocasión.

Ahora bien, mi deleite nunca se transformó en genuino y

entregado fervor, sino que se mantuvo dentro de los límites de la moderación y ni siquiera recuerdo haber escuchado su música por iniciativa propia. Fui un oyente agradecido por su calidad, pero pasivo ante los empujes y vaivenes de la moda, algo ahíto a veces de la pegajosa dulzura de su abrumadora repetición, consciente siempre de que aquellas canciones, convertidas en hilo musical de una época y banda sonora de una generación, emitidas sin descanso desde los aparatos de radio Panasonic, imprescindibles en cada hogar, no llegaban a proporcionarle a mi alma una emoción sublime ni a provocar un estremecimiento profundo en mi corazón. Para mí, aquella música era comparable al papel decorativo de pared, tan en boga en aquellos años.

Ni en mi etapa como estudiante de secundaria ni después, tras mi entrada en la universidad, adquirí un disco de los Beatles. Cuando me disponía a escuchar música con la debida atención, me decantaba únicamente por el jazz o por la clásica. Compraba discos de jazz con la asignación que me entregaban mis padres y frecuentaba cafeterías y bares especializados en dicho género musical, en los que rastreaba el catálogo de vinilos de Miles Davis y Thelonious Monk entre otros, además de acudir a conciertos de música clásica siempre que me era posible.

Me veo obligado a aclarar, no obstante, que en una etapa muy posterior de mi vida sí compré discos de los Beatles y, hasta cierto punto, los escuché con aplicada atención, pero esa es otra historia que no viene del todo al caso contar en esta ocasión.

Por extraño que parezca, nunca experimenté el apremio de escuchar ese disco que abrazaba ella con tanto mimo y candor, aquel *With the Beatles* de portada monocroma. Así fue al menos hasta muchos años después, cuando, más cerca ya de los cuarenta que de los treinta, lo escuché por primera vez disciplinadamente y de principio a fin, sin saltarme ningún tema. Hay que tener en cuenta que me llevó una considerable cantidad de años ser capaz de sentarme a escuchar dicho disco con tiempo y claridad mental

suficientes, sin verme subyugado al instante por el cálido y abrumador recuerdo de ella. Tal vez la intensidad de dicho recuerdo aplacó mi curiosidad y propició que durante mucho tiempo no albergara el más mínimo interés por conocer qué música se escondía impresa entre los surcos de aquel disco de vinilo que apretaba ella contra su pecho, o quizás no se debiera a eso, sino a algún otro motivo que se me escapa.

Por entonces yo ya no era precisamente un chiquillo ingenuo y he de admitir que la música de aquel elepé no me pareció nada del otro mundo. Se trataba de un disco con catorce temas bastante ramplones, seis de los cuales eran versiones de otros artistas, y de los ocho restantes solo merecía realmente la pena el escrito por Paul, «All My Loving». Al menos esa fue mi impresión. Sin embargo, ello no excluye que aún hoy siga sintiendo fascinación por la admirable pericia en la interpretación de «Please Mr. Postman», de las Marvelettes, o «Roll Over Beethoven», de Chuck Berry, pero, pese a su calidad, no son canciones compuestas por los Beatles. Por otro lado, y hasta cierto punto, es elogiable el coraje de la banda al afrontar el desafío de crear y publicar todo un elepé prescindiendo de la comodidad que hubiera supuesto incluir temas propios que ya hubiesen tenido éxito previamente como disco sencillo. Sin embargo, aun teniendo en cuenta los factores mencionados, la calidad de *With the Beatles* es inferior a la de su anterior y primer disco, *Please Please Me,* repleto de chispeante desenvoltura y prácticamente improvisado en el momento de la grabación.

Tras su lanzamiento, *With the Beatles* alcanzó, no obstante, el primer puesto de las listas británicas y lo conservó a lo largo de veintiuna semanas. En Estados Unidos se lanzó con algunas leves variaciones: el título se modificó a *Meet the Beatles* y la lista de canciones fue alterada, mientras que la imagen de cubierta se mantuvo casi intacta. La música de los Beatles fue como agua fresca para una audiencia que parecía haber llevado a cabo toda una travesía a pie por el desierto, y Paul, John, George y Ringo, representados en aquella llamativa e influyente imagen en blanco y negro de la portada, fueron los encargados de suministrarla a las

enfervorecidas masas. Todos los elementos, incluida la magnífica portada, confluyeron para que se produjera aquella insólita y pasmosa reacción en cadena musical y social sin precedentes históricos, que poco después fue conocida como beatlemanía.

A mí también me había arrebatado el corazón la visión de aquella adolescente que sujetaba, al abrigo de su pecho y meciéndose entre sus brazos, la imagen en blanco y negro de cada miembro de los Beatles, y me atrevo incluso a pensar, aunque resulta paradójico, que el grado de seducción que experimenté en esos escasos segundos de mi vida no habría alcanzado la misma intensidad de no haber sido por la susodicha e impactante fotografía de la portada. Por supuesto, debajo de la portada se escondía la música registrada en los surcos de vinilo, pero lo que en esa imagen se representaba iba mucho más allá de la música que contenía, abrazaba y envolvía. Fue, sin duda, el conjunto de aquella escena, la unión de todos los elementos circunstanciales que la conformaron en aquel espacio y momento concretos, lo que proporcionó el impacto y la fuerza suficientes para dejarme indeleblemente marcada el alma de por vida.

Ajeno a la escalada militar de Estados Unidos en Vietnam en 1965, marcada por el comienzo de la Operación Rolling Thunder bajo las órdenes del presidente Lyndon B. Johnson, e indiferente al descubrimiento del gato de Iriomote en la isla japonesa del mismo nombre, el acontecimiento más relevante para mí aquel año (el siguiente a mi epifanía en el penumbroso pasillo del instituto) fue conseguir echarme una novia. Se trataba de una compañera de clase con la que había coincidido durante el primer curso de bachillerato y con la que empecé a salir iniciado ya el segundo, bajo circunstancias un tanto azarosas y repentinas.

Para evitarle al lector malentendidos futuros, he de aclarar antes de seguir adelante que ni puede considerárseme guapo, en absoluto, ni mis habilidades atléticas tienen nada de elogiable, así como tampoco destaco por mis resultados académicos. Me cuesta

afinar cuando canto, y ando notablemente escaso de elocuencia y zalamería cuando hablo. Nunca he gozado de atenciones ni popularidad entre mis compañeras de clase, ni a lo largo de los años de instituto ni en la universidad, y si hay algo que puedo afirmar con contundencia y rotundidad (aunque no con singular orgullo) en esta anodina vida mía, es precisamente eso: mi falta de éxito con las mujeres. Avisado ya el lector y situado en el debido contexto, permítame ahora que le diga que siempre he gozado, sin embargo, de la compañía de mujeres que, de un modo u otro, y por una razón u otra, se han acercado a mí con curiosidad e interés, y así fue también durante los años que pasé en el instituto, donde me encontraba siempre en cada curso con una compañera de clase, al menos, irremisiblemente propensa a buscar mi trato y mi compañía. ¿Qué aspecto de mi persona las inducía a ello? Soy el menos capacitado para contestar dicha pregunta, pero puedo afirmar sin temor a faltar a la verdad que he disfrutado gozoso de cada uno de los momentos de intimidad que con tanta generosidad me han obsequiado todas y cada una de aquellas chicas (y, más adelante, mujeres) que han tenido a bien acercarse a mí para compartir parte de su vida conmigo. Con algunas fue simple amistad lo que hubo, con otras algo más. Ella fue la primera que perteneció a la segunda de las dos categorías mencionadas: la de *algo más que amistad*.

Aquella primera novia era menuda y coqueta. Empezamos viéndonos una vez por semana durante las vacaciones escolares de verano. Recuerdo bien la tarde en que besé por primera vez sus cálidos y suaves labios y le metí la mano bajo el vestido blanco de tirantes para acariciar sus tentadores pechos sin quitarle el sostén. Recuerdo el tenue y reconfortante aroma a mandarina que emanaba de sus cabellos.

Apenas le interesaban los Beatles. Apenas le interesaba el jazz. Prefería la música orquestal de Mantovani y de Percy Faith, los temas populares al piano de Roger Williams y las canciones de Andy Williams o Nat King Cole, sintonías sosegadas, dulces y melosas para el recreo plácido de familias acomodadas (debe señalarse que en los años sesenta, la categorización de un artículo

o producto de consumo en función de sus altas pretensiones comerciales no venía lastrada por tono acusatorio alguno ni desprecio de ningún tipo, al contrario de lo que ocurre hoy día). Al visitar su casa, me di cuenta de la gran cantidad de discos que tenía de ese estilo, burdamente englobado después bajo la etiqueta de *easy listening*. Ella se complacía en mostrármelos y hacérmelos escuchar en el tocadiscos de la sala de estar, equipado con un magnífico sistema de sonido estereofónico, recostados ambos en el sofá y dejando que nuestros labios saborearan la música rozándose entre sí en húmedos besos. Yo los días en que la familia se ausentaba y disponíamos ella y yo del sofá de la sala de estar a nuestro completo antojo, a lo que menos prestaba atención era al tipo de música que sonaba en el tocadiscos.

El año 1965 se resume en su vestido blanco de tirantes, el olor de su cabello con esencia de mandarina, el tacto duro del sujetador (los sostenes de entonces parecían más fortificaciones alambicadas que simple ropa interior femenina) y la sedosa y elegante melodía de «A Summer Place», interpretada por la orquesta de Percy Faith. Todavía hoy, después de tantos años, cada vez que vuelvo a escuchar «A Summer Place» evoco al instante la blandura del sofá en el que nos recostábamos para escucharla.

A modo de breve acotación me gustaría señalar que, varios años después (si no recuerdo mal, en 1968, porque fue el mismo año en que asesinaron al senador Robert Kennedy), el jefe de estudios de la clase a la que asistíamos ella y yo acabó con su vida colgándose de una de las vigas de madera de su domicilio. Impartía la asignatura de sociología. Se dijo que su muerte se había debido al *agotamiento ideológico* que sufría. ¿Agotamiento ideológico?

En efecto, en la segunda mitad de la década de los sesenta, se diagnosticaban casos de personas que se quitaban la vida consumidas por su propia ideología, exhaustas en su estancamiento intelectual. No se me malinterprete: ello no sucedía con tanta frecuencia como el lector podría estar dispuesto a inferir erróneamente a partir de mis palabras.

Cuando pienso en la ironía de que mientras nosotros dos nos entregábamos a torpes caricias y achuchones al abrigo del sofá de

la sala de estar, con el airoso y romántico fondo musical que nos proporcionaban los discos de Percy Faith, nuestro profesor de sociología iba encaminándose, fatal e inexorablemente seducido por sus propios pensamientos letales, hacia un callejón sin salida, o, dicho de otro modo, hacia la lazada silenciosa que él mismo tensaría en una soga recia, me inunda una confusa y extraña desazón y me siento pesarosamente abatido por una abrumadora tristeza. Pese a que nunca lo oí hablar con familiaridad y camaradería con sus alumnos, puedo asegurar que era un hombre íntegro, uno de los escasos miembros del selecto grupo de profesores honestos que he conocido en mi vida. Nunca lo vi abandonar su actitud recta y equitativa ni sucumbir a trivialidades, fueran estas de la índole que fuesen.

Al igual que 1964, 1965 fue un año de exuberante frenesí musical para la carrera de los Beatles, cinco de cuyos sencillos coparon las listas de éxito en Estados Unidos: *I Feel Fine* lo hizo apenas comenzado el año, en enero; *Eight Days a Week* en marzo; *Ticket to Ride* en mayo; *Help* en septiembre, y *Yesterday* en octubre. La impresión que guardo de entonces es que su música era constante en nuestra vida diaria, que nos acompañaba allá donde nos encontráramos y fuéramos, y que bastaba con detenerse un instante y aguzar bien los oídos para escucharla flotando incesante en el aire, envolviéndonos y abrazándonos, rodeándonos como el papel decorativo de pared, tan actual y de moda, como he mencionado más arriba, en aquella época.

Y si en algún momento, puntual e impredecible, dejaban de oírse las canciones de los Beatles, ello solamente podía deberse a que, en vez de ellos, «(I Can't Get No) Satisfaction» de los Rolling Stones o «Mr. Tambourine Man» en versión de The Byrds, «My Girl» de The Temptations, «You've Lost That Lovin' Feelin'» de The Righteous Brothers o «Help Me, Rhonda» de The Beach Boys se habían apoderado provisionalmente de las ondas exhaladas por aquellos viejos y rudimentarios transistores Panasonic, a los cuales

también se asomaban los éxitos de Diana Ross o de The Supremes, en una imparable sucesión de rutilantes y chispeantes canciones que configuraron con su inagotable presencia uno de los años de más extraordinaria fecundidad en la historia de la música pop.

Muchos críticos señalan que aquel fue el periodo de mayor y más profundo calado de la música pop en la vida de la gente común y corriente, la época en que sonó de forma más honesta, sincera e ingenua, y, desde luego, fueron los años de mayor dicha para quienes los vivieron. Es posible que tengan razón. Pero, pensándolo bien, tal vez no hayan acertado del todo. Al fin y al cabo, puede que la música pop no sea más que eso mismo: música pop, y que no cumpliera con otra función más que la de mero elemento decorativo, superficial y caduco, e indisociablemente ligado a aquella etapa ya lejana de nuestras vidas, aquellos maravillosos años sesenta.

Ella vivía relativamente cerca de los estudios de la principal emisora de radio en Kobe, desde donde se emitían todas aquellas canciones, y su padre trabajaba, a través de su propia empresa, en la exportación e importación de instrumental médico, actividad profesional que, hasta donde llegué a adivinar, iba viento en popa. El domicilio familiar se encontraba en un pinar que bordeaba la costa. Comprada y reformada por el padre, había sido antaño la opulenta residencia de verano de cierto hombre de negocios. Refrescada durante las tardes estivales por la aromática brisa marina que atravesaba, agitándolas, las copas de los pinos, se me antojaba el entorno perfecto para el tema musical de *A Summer Place*.

Muchos años después, me topé por casualidad con la película *A Summer Place* en un pase televisivo de madrugada y admito que disfruté de ella. Se había estrenado en 1959 y hacía gala de una buena factura pese a no aventurarse más allá de los esquemas a menudo raquíticos y acartonados de las historias de amor procedentes de Hollywood. Los actores protagonistas eran Troy

Donahue y Sandra Dee y tenía una banda sonora de Max Steiner, cuyo tema principal, en su versión orquestada por Percy Faith, llegó a convertirse en todo un éxito. La acción se situaba junto a la costa, entre pinos mecidos por una brisa vespertina de verano que parecía impulsada por la sección de viento metal de la orquesta, en concreto las trompas. Y aquel tremolante entorno de pinos se transformó para mí, mientras contemplaba la película, en metáfora y representación del tempestuoso deseo sexual de todas las parejas jóvenes del mundo, rebosantes de intacta fuerza y vigor; si bien tal interpretación pudo deberse meramente a mis propios condicionamientos pasados, azuzados por la melancolía.

La pareja protagonista, formada por Troy Donahue y Sandra Dee, se ve impetuosamente arrastrada por los torrentes de su apetito sexual, y ello los llevará de manera indefectible a darse de bruces con todo el repertorio de obstáculos y problemas que el mundo real tiene reservado para dos jóvenes que se aman. Surgen malentendidos, se producen reconciliaciones, y la neblina que se interpone entre ellos se aclara por fin y la pareja consigue dar la bienvenida a un futuro feliz y dichoso casándose. En efecto, casarse era todavía en el cine de Hollywood de la época la premisa de dicha y satisfacción futuras y una garantía de final feliz. Casarse proporcionaba a los amantes el entorno legal y legítimo en que mantener relaciones sexuales a salvo de indeseables quebraderos de cabeza. No obstante, tal vez el lector haya intuido que la relación que mantuve con mi novia de entonces no acabó en el altar. Todavía cursábamos el bachillerato en el instituto y no aspirábamos más que a cálidos y sabrosos, aunque desmañados, achuchones sobre el sofá, arropados por la liviana y vaporosa melodía de «A Summer Place» emitida desde el tocadiscos.

—¿Puedo contarte una cosa? —me preguntó ella durante una de nuestras tardes de sofá, como si se dispusiera a hacerme una gran revelación—. Soy muy celosa, ¿lo sabías?

—Vaya —repliqué lacónico y con cierta indolencia.

—Solo quería que lo supieras.

—De acuerdo.

—Los celos son algo terrible a veces —apostilló.

Yo guardé silencio y continué acariciándole el pelo. ¿Qué eran exactamente los celos? ¿Cuál era su origen? ¿Cuáles sus efectos? A tan temprana edad, las respuestas a dichas preguntas quedaban fuera de mi alcance por completo. De hecho, no me quedaba espacio libre en la cabeza para encontrarlas, ocupada como la tenía con mis propias aflicciones y estímulos.

Troy Donahue cosechó un enorme éxito como joven galán de cine durante la primera mitad de la década de los sesenta, pero su estrella se fue apagando a causa de un fuerte alcoholismo y la adicción a drogas. Los productores dejaron de confiar en él y de ofrecerle papeles, de manera que, por un tiempo, acabó dando con sus huesos en la calle, convertido en vagabundo. Sandra Dee, por su parte, libró también su propia batalla contra el alcoholismo. Donahue se había casado en 1964 con la actriz Suzanne Pleshette, de gran popularidad, pero la pareja se divorció ocho meses después. Dee hizo lo propio en 1960 con el cantante Bobby Darin, de quien se separó en 1967. Discúlpeme el lector esta especie de interludio que no guarda, aunque quiera buscársela, relación alguna con el argumento de *A Summer Place*, ni está ligado tampoco, como es evidente, a mi relación con aquella novia de la casa del pinar.

Mi novia tenía un hermano mayor y una hermana menor que no había comenzado aún el bachillerato pero que era cinco centímetros más alta que ella, y como casi todas las chicas de estatura notablemente mayor que la que les corresponde según su edad, no resultaba demasiado agraciada. Para colmo, y como si deseara subrayar lo que acabo de indicar, llevaba unas gruesas gafas de un buen número de dioptrías. Pese a ello, mi novia trataba a su hermana menor con grandes dosis de dulzura y cariño.

—¿Sabes? Mi hermana saca unas notas estupendas —señaló

en cierta ocasión, lo cual no era decir mucho teniendo en cuenta los propios resultados escolares de mi novia, que eran tirando a mediocres. De hecho, tal vez mis propias notas no anduviesen muy distantes de las de su hermana.

En cierta ocasión, fuimos los tres juntos al cine. Da igual la circunstancia que tuvo que darse para que su compañía resultase ineludible, el caso es que acabamos viendo la película musical *Sonrisas y lágrimas* en un cine completamente abarrotado de público y sentados a escasa distancia de una de aquellas inmensas pantallas de cinemascope que se curvaban hacia los extremos, cosa que, recuerdo, me dejó los globos oculares extenuados. A mi novia le encantó la música y adquirió el disco de la banda sonora, que a partir de entonces escucharíamos sin descanso, aunque yo me quedaba, sin pensármelo dos veces, con la mágica interpretación de John Coltrane de «My Favorite Things», cosa que me ahorré decirle a ella, asumiendo que no me llevaría a ningún sitio hacerlo.

A juzgar por cómo me miraba, yo no parecía inspirar demasiadas simpatías en la hermana menor: sus ojos se posaban en mí vacíos de expresión, básicamente, como si contemplaran un pedazo de pescado seco que llevase varios días abandonado en la nevera y se preguntaran si darle una oportunidad o tirarlo. Lo raro era que me hacía sentir avergonzado, como si su mirada estuviera dotada de rayos X y pudiera atravesarme la piel para colarse en mis entrañas a hurgar en lo más profundo de mi ser (y lo digo con plena conciencia de que mi aspecto externo no tenía nada digno de admiración en lo que fijarse). Lo cierto es que, si me sentía así, muy posiblemente fuera porque guardaba en algún lugar, dentro de mí y sin saberlo del todo, algún motivo para sentir vergüenza.

En cuanto a su hermano mayor, me llevó más tiempo conocerlo. Era cuatro años mayor que ella, de manera que debía de haber superado ya los veinte, pero ni me lo presentó ni me habló de él. Recuerdo que cuando surgía algún asunto en la conversación referente a él, mi novia se las arreglaba, con un hábil y veloz requiebro, para cambiar de tema. Solo al volver a pensar en ello con posterioridad fui consciente de lo sustancialmente extraño de esa actitud. Pero ¿qué más me daba a mí? Conocer a su familia no

me interesaba nada; el foco de mis atenciones solo se centraba, de manera urgente, mundana y exclusiva, en ella.

A finales del otoño de 1965 conocí al hermano y conversé por vez primera con él.

Para ser exactos, fue la mañana de un domingo en que me acerqué a su casa para recogerla. Con frecuencia iba a buscarla para ir a la biblioteca a estudiar, cosa que no era más que un pretexto para vernos y salir juntos. A modo de coartada de delincuente primerizo, yo llevaba conmigo una mochila con el pertinente material de estudio.

Aquella mañana pulsé el timbre de la entrada una y otra vez sin obtener respuesta. Tras dejar pasar un poco de tiempo y volver a intentarlo, oí unos pasos que se arrastraban cansinamente desde el interior de la casa hasta la puerta, hasta que esta se abrió por fin y me encontré, cara a cara, con el hermano mayor de mi novia.

Era algo más alto que yo y un poco obeso, pero no con una gordura fofa y desbordante sino con ese tipo de sobrepeso que afecta a los atletas que, por determinada circunstancia, se han visto obligados a abandonar por un tiempo su especialidad deportiva y ven cómo, aquí y allá, se les va acumulando, tal vez de manera provisional, una grasa eludida hasta entonces concienzudamente. Tenía el cuello largo y fino, que contrastaba con la anchura de sus hombros, y en la cabeza destacaba su cabello grueso y robusto, abundante, de recién levantado de la cama, que le sobresalía aquí y allá, y le bajaba por ambos lados de la cara, cubriéndole las orejas como si hubieran transcurrido dos semanas desde la fecha en que le correspondía ir a cortárselo. Vestía un jersey azul marino de cuello redondo deformado y unos pantalones de felpa grises dados de sí en las rodillas, en las antípodas del estilo pulcro, recatado y coqueto de mi novia, a quien nunca vi despeinada.

Permaneció unos instantes en silencio, mirándome con los ojos entrecerrados por la luz, como un perro pulgoso expuesto al sol por vez primera en mucho tiempo.

—Si no me equivoco, tú debes de ser el amigo de Sayoko, ¿verdad? —dijo por fin, al ver que yo no me resolvía a presentarme, y su garganta emitió un leve carraspeo. Bajo su somnolienta voz se entreveía un tenue pálpito de curiosidad.

—Sí —y procedí a pronunciar mi nombre—. Habíamos quedado en que la recogería a las once.

—Pero ahora no está —dijo.

—¿Ahora no está? —repetí

—Ha salido, según parece. En casa, al menos, no está.

—Qué raro. Estoy seguro de que habíamos hablado de vernos a esta hora...

—Vaya —dijo, y desvió la mirada, alzándola hacia una de las paredes laterales, como buscando la hora en algún reloj de pared inexistente, allí donde solo podía verse el enlucido blanco del muro. A falta de reloj, volvió a mirarme—. Sin embargo, no está en casa en este momento —añadió.

La revelación de que se encontraba ausente me dejó algo confundido. No solo a mí: también al hermano de mi novia pareció causarle cierto azoramiento, cosa que expresó con un prolongado bostezo, tras el cual procedió a rascarse la nuca con fruición. Se movía con desahogada complacencia.

—No, no está —insistió y, como dictaminando sentencia, remató—: de hecho, no hay nadie. Lo cierto es que acabo de levantarme y me he encontrado con la casa vacía. Por lo visto, todo el mundo ha salido. Y no me preguntes adónde, porque no tengo la menor idea.

Guardé silencio. Él prosiguió:

—Es bastante probable que papá haya ido a jugar al golf. Y en cuanto a mis hermanas, habrán salido de compras o a dar una vuelta. Lo más raro de todo es que ni siquiera está mamá. Desde luego, no es habitual que se ausenten al mismo tiempo.

Me abstuve de manifestar opinión alguna al respecto, puesto que se trataba de una cuestión familiar que no era de mi incumbencia.

—De todos modos —continuó—, dices que habías quedado con Sayoko, ¿no? Ya verás, entonces, como no tarda en volver.

¿Por qué no pasas y la esperas en casa?

—No, no, gracias —repliqué—. No quisiera ser una molestia. Supongo que lo mejor que puedo hacer es dar un paseo por los alrededores y volver a intentarlo dentro de un rato.

—Insisto. No es ninguna molestia —proclamó contundente—. Al contrario, peor sería que me hicieras salir de nuevo a abrirte la puerta.

Atravesé el umbral de la puerta con la sensación de no tener más opción que esa, y fui conducido a la sala de estar, aquella misma sala de estar sobre cuyo blando sofá ella y yo habíamos pasado tardes enteras durante el verano entre toqueteos, abrazos, besos y música ligera. Tomé asiento allí mismo, en el sofá, mientras el hermano de mi novia hizo lo propio en una poltrona situada frente a mí, tras lo cual volvió a explayarse en un dilatado bostezo al ralentí.

—Amigo de Sayoko, ¿cierto? —parecía buscar una nueva confirmación.

—Sí, sí, así es.

—No de Yuko...

Negué con la cabeza. Dicho nombre correspondía a la larguirucha hermana menor de mi novia.

—Y, dime, ¿os lo pasáis bien juntos? —preguntó con ávida curiosidad en la mirada.

Corrí una metafórica cortina de prudencial mutismo ante semejante pregunta. Él pareció no darse por vencido y mantuvo la mirada fija en mí, a la espera de una respuesta por mi parte.

—Eh... —balbuceé—. Sí, claro..., supongo.

—¿Supongo? ¿Significa eso que no lo tienes demasiado claro?

—No, claro que no; quiero decir..., sí. —Aturdido, no supe cómo desenredar el enredo.

—Asumo —interpretó él, echándome una mano— que lo que tratas de decirme es que lo pasas bien con ella. Supongo... Por cierto, ¿te apetece tomar algo? ¿Desayunar, tal vez?

—No, gracias. He desayunado antes de salir de casa.

—Yo voy a prepararme unas tostadas para el desayuno. Si quieres, hago también para ti.

—No, no. De verdad, muchas gracias.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Un café no me negarás...

—No, no, de verdad...

¿Por qué rechacé un café cuando, en realidad, me moría de ganas de tomarme uno? Creo que fue por una especie de reticencia a apretar los todavía laxos lazos que me unían a la familia de mi novia, sobre todo en ausencia de ella.

Sin añadir nada más, se incorporó de la poltrona y abandonó la sala. Imaginé que habría ido a prepararse el desayuno, como parecieron atestiguar los tintineos de platos y tazas que pronto oí procedentes de algún lugar del interior de la casa (la cocina, a buen seguro). Permanecí sentado en la misma postura, con las manos sobre las rodillas, tal como quisiera que me encontraran en caso de presentarse alguien, con la esperanza de que ella no tardara en regresar. Miré la hora: eran las once y cuarto.

Espoleado por la duda, me exprimí concienzudamente la memoria, buscando en ella el posible error o la confirmación de la hora a la que habíamos convenido en vernos. Pero solo recordé el firme compromiso acordado entre ambos de que yo me acercara a recogerla a su casa a las once en punto de la mañana. De hecho, lo habíamos confirmado incluso por teléfono la noche anterior, lo cual hacía que la situación fuera inexplicable, puesto que olvidar o romper un compromiso no era propio de ella. Resultaba, por lo demás, muy extraño que la familia al completo, a excepción del hermano mayor, se hubiera ausentado al mismo tiempo, esa misma mañana precisamente.

Pasó el tiempo y yo continué allí sentado, en consumado silencio y sin variar mi postura un ápice. Podría afirmar que el tiempo transcurría con indolente lentitud y pesadez. De la cocina seguían llegando ocasionales sonidos de diversa índole: el correr del agua de un grifo, el campanilleo de una cucharilla que remueve un líquido, el abrirse y cerrarse de las puertas de un armario de cocina. El hermano mayor de mi novia parecía una de esas personas que arman un ruido tremendo hasta con la tarea más

nimia. Apenas se me había cruzado esa idea por la cabeza, cuando me di cuenta de que los ruidos habían cesado por completo y descubrí (tuve que tragar saliva varias veces porque parecía que se me hubieran taponado los oídos) que no se oía ni un leve soplo de viento ni el eco lejano del ladrido de un perro.

No me habría importado lo más mínimo escuchar algo de música. Incluso temas como «A Summer Place», «Edelweiss» o «Moon River» me habrían venido de maravilla en ese momento. No pedía nada del otro mundo. Alguna que otra melodía de fondo habría contribuido a aligerar el ambiente y aliviar el rato de espera. Había pasado muchas horas en aquella sala de estar y me tentaba poner en el tocadiscos cualquiera de aquellos vinilos que tantas veces había escuchado, pero, por supuesto, yo no era quién para manipular un tocadiscos que no era mío, por mucho que perteneciera a la familia de mi novia. Lo mejor que podía hacer era echar mano de algo para leer, cualquier cosa, y, con esa idea en mente, paseé la mirada a mi alrededor, con la esperanza frustrada de encontrar un periódico o alguna revista. Introduje la mano en mi mochila y busqué entre las cosas que había metido aquella mañana, casi convencido de haber incluido una novela. Sin embargo, cosa tan rara e inusual como la ausencia de mi novia, no hallé ninguna, pese a que suelo llevar conmigo, vaya a donde vaya, el libro que esté leyendo en ese momento.

Lo único que podía servirme medianamente era un libro de texto que llevaba por título *Lengua japonesa contemporánea,* así que lo saqué con desgana de la bolsa y lo hojeé por encima. Yo no me consideraba un lector cabal y sesudo, sino simplemente alguien que no sabía cómo pasar los tiempos muertos si no era con algo que leer. Me conformaba con cualquier letra impresa, ya fuese de la guía telefónica o del cuadernillo de instrucciones de una plancha eléctrica a vapor, y no soportaba dejar correr el tiempo sentado y sin nada con que entretener mi mente, como pasar las páginas de un libro o escuchar música. El caso era que, en comparación con la guía telefónica y las instrucciones de una plancha u otras lecturas por el estilo, aquella *Lengua japonesa contemporánea* se me antojaba prometedora.

Abrí el libro por la página del índice en que se enumeraba el título de las obras literarias citadas, tanto novelas como ensayos, seleccionadas para el volumen, casi todas de autores japoneses modernos y contemporáneos: figuras de primera línea como Ryūnosuke Akutagawa, Junichiro Tanizaki, Kōbō Abe, con alguna que otra escueta referencia a literatura no japonesa. La mayoría de los textos incluidos eran breves fragmentos extraídos de obras mayores, seguidos de una sección de preguntas referidas a cada uno de ellos, que, como era lamentablemente habitual en los libros de texto, adolecían en su mayoría de escaso sentido. ¿Con qué criterio lógico puede determinarse la corrección o incorrección de una respuesta cuya pregunta está cargada de ambigüedad? Sospecho que ni siquiera sus autores disponían de tal criterio.

«Según el texto que acabas de leer, ¿podrías razonar la postura que mantiene el autor con respecto a la guerra?» o «¿Sabrías explicar qué efecto simbólico persigue el autor con su descripción de los ciclos lunares?». En fin, preguntas que sin duda admiten todo un extenso abanico de respuestas, incluida la siguiente: «La intención con que el autor describe los ciclos lunares en el presente texto es precisamente describir los ciclos lunares, sin ninguna intención simbólica ulterior más allá de la meramente descriptiva». ¿Quién podría rebatirme con absoluta certeza la corrección de dicha respuesta (tan válida, por otra parte, como cualquier otra)? Pero yo no soy un completo relativista, y, como podrá suponer el lector, admito la existencia de unas respuestas más razonables que otras o de un máximo común divisor de opiniones y juicios más aceptables que otros, bajo común acuerdo y consenso. Sin embargo, en el ámbito literario en concreto, me parecen dudosas y altamente cuestionables las virtudes del consenso común (alcanzado por la crítica, por ejemplo) a la hora de interpretar a un autor.

Puesto que no tenía nada mejor que hacer para pasar el rato, recuerdo que me enfrasqué en responder mentalmente cada una de las cuestiones planteadas tras cada fragmento de texto leído. Como es lógico, me encontré con que las respuestas que concebía (aquella mente mía a medio hacer, en angustiosa batalla diaria por

hacer de mí un ser autónomo e independiente) eludían la etiqueta de pertinente y razonablemente consensuadas por los redactores del libro de texto, y, sin embargo, no me habría importado retar a cualquiera de ellos a rebatir mi respuesta con una buena y sólida cadena de argumentos irrefutables. No lo habrían conseguido, estoy seguro. No obstante, admito que esa tendencia mía de oveja rebelde que no entra en el redil de lo comúnmente aceptable podría ser una de las causas de mi en cierto modo deslucido expediente académico.

El hermano de Sayoko regresó, procedente de la cocina, tan desgreñado como cuando se fue, con unos duros mechones de pelo sobresaliéndole, como surtidores, de su profusa melena, y la mirada, después de engullir el desayuno, más despierta y tranquila. Llevaba en la mano su taza de café a medio beber, y fue precisamente aquella enorme taza, decorada con la imagen de un biplano de la Primera Guerra Mundial sobre fondo blanco, blandiendo dos metralletas instaladas ante el estrecho habitáculo del piloto, lo que más captó mi atención, y supuse que una taza de tal guisa era de su uso exclusivo y personal porque me resultaba poco menos que imposible imaginar a mi novia bebiendo de ella.

—¿De verdad no te apetecería tomar un café?

Negué con la cabeza antes de contestar:

—No, muchísimas gracias.

Reparé en las migajas de pan dispersas por la parte delantera de su jersey y en las marcadas rodillas de los pantalones grises de felpa y asumí que se habría levantado con tanta hambre que habría devorado con avidez las tostadas sin prestar la menor atención, actitud que mi novia dudo que hubiese aprobado, pensé, pues ella siempre se cuidaba de estar pulcramente encantadora. Si me hubieran dado a elegir entre ambas maneras de presentarse uno ante el mundo, me habría quedado desde luego con la pulcritud y el encanto, y supongo que tal preferencia por mi parte contribuía en cierta medida a hacer posible nuestra relación.

Él alzó la mirada hacia lo alto de la pared, donde, esta vez sí, había un reloj cuyas manecillas se aproximaban a las once y media.

—Parece que siguen sin venir, ¿eh? —dijo—. ¿Qué rayos

andarán haciendo por ahí?

Por supuesto, yo no tenía la respuesta.

—¿Qué estás leyendo? —se interesó, señalando el libro que sostenía entre las manos.

—Es un libro del instituto: *Lengua japonesa contemporánea*.

—Vaya —replicó, arrugando un poco el rostro—. ¿Es interesante?

—No especialmente, pero a falta de nada mejor que leer...

—¿Puedo echarle un vistazo?

Deslicé el libro por encima de la mesa baja y él alargó la mano derecha para cogerlo, haciendo que la enorme taza, que sostenía con la mano izquierda, se tambaleara peligrosamente y amenazara con verter café sobre el libro, cosa que, casi como por milagro, no llegó a suceder. Posó la taza sobre la mesa (con un sonoro golpe) y hojeó ágilmente el libro con ambas manos.

—¿Puedo preguntarte qué estabas leyendo? —inquirió.

—*Los engranajes,* de Akutagawa. Es solo un fragmento, no la novela completa.

Se quedó meditabundo durante unos instantes.

—El caso es que he leído *Kappa* —dijo saliendo de su breve ensimismamiento—, aunque hace mucho tiempo. Pero *Los engranajes*... nunca llegué a terminarlo. Era una historia de lo más lúgubre, si no recuerdo mal.

—Cierto —asentí—. Se trata de la última de sus obras, escrita antes de morir.

—Se suicidó, ¿verdad? —recordó.

—Así es. Apenas había cumplido los treinta y cinco años cuando se quitó la vida ingiriendo una dosis altísima de barbitúricos. La novela *Los engranajes* se publicó, íntegra, de manera póstuma en 1927, segundo año de la era Showa, y constituye una especie de testamento vital, según explica el breve comentario incluido.

—Ya veo —dijo ceñudo, y enseguida añadió—: ¿Te importaría leérmelo?

Su petición me sobresaltó y di un respingo.

—¿En voz alta, quieres decir? —pregunté, mirándolo

fijamente.

—Como lo oyes —confirmó—. Siempre me ha gustado que me lean en voz alta.

—No sé si voy a saber hacerlo bien... —repliqué, inseguro.

—Uy, no te preocupes por eso. Por mí, como si eres un pésimo recitador. Con tal de que se te oiga y sigas el orden del texto... En fin, no hay mucho más que podamos hacer mientras esperamos.

—Te advierto que es una historia deprimente a más no poder, y que refleja de manera muy cruda la paranoia sufrida por su autor —le previne.

—Muy bien, ¿por qué no escuchar de vez en cuando la voz angustiada del alma humana? Además, ¿no suele decirse que un clavo saca otro clavo?

Deslizó el libro por encima de la mesa. Lo tomé en mis manos. Él hizo lo propio con su voluminosa taza (y entonces reparé en la cruz del ejército alemán que el biplano exhibía en su flanco visible). Se la acercó a los labios y dio un sorbo al café y, como dejando vía libre a la expectación y para llenarse de ella, se arrellanó en su silla poltrona.

Así fue como, cierta mañana de domingo de finales de otoño, y pese a mi recelo inicial, terminé leyéndole un fragmento de *Los engranajes,* de Ryūnosuke Akutagawa, al excéntrico hermano de mi novia. Sin premeditación, leí con fervoroso entusiasmo los pasajes de mayor dramatismo, limitándome al fragmento titulado «Aeroplano», último de la novela y uno de los dos seleccionados por los editores (el otro era «La luz roja»), apenas ocho páginas seguidas de un puñado de aquellas obtusas cuestiones relativas al texto precedente. «¿No podría alguien estrangularme mientras duermo para poner así fin a mi sufrimiento?», rezaba la última línea y, poco después, era él mismo quien ponía fin a su vida.

Terminé la lectura y cayó sobre nosotros el telón del más absoluto silencio: ni graznaban los cuervos que abundaban en

aquella zona ni sonó el timbre anunciador de una providencial llamada telefónica. Mientras mi novia y el resto de la familia seguían sin dar señales de vida, la luz otoñal se colaba por la ventana y atravesaba el encaje de las cortinas para bañar el interior de la sala de estar con su luz templada. Solo el tiempo seguía su curso con inexorable lentitud. El hermano de mi novia permaneció callado, con los ojos cerrados y los brazos cruzados, como paladeando las palabras que todavía resonaban en el aire.

«Mis fuerzas para seguir escribiendo se han agotado y siento que me arrastro por la vida sumido en un indescriptible dolor. ¿No podría alguien estrangularme mientras duermo para poner así fin a mi sufrimiento?» Con independencia del encandilamiento o repulsión que puedan producir en el lector, aquellas no eran palabras para una despejada y luminosa mañana de domingo, no me cabía duda de ello. Cerré el libro y miré el reloj de pared. Eran las doce pasadas.

—Empiezo a pensar que ha habido un malentendido —asumí —. Desisto. Será mejor que me vaya.

Me incorporé del sofá decidido a marcharme. De niño, mi madre me había repetido que no era de buena educación permanecer en casa ajena a la hora de la comida y, tuviera o no tuviera razón, yo tenía grabada aquella enseñanza de mi madre tan a rajatabla que mi súbito deseo por marcharme de allí bien podía interpretarse como un acto reflejo cincelado a lo largo de la infancia.

—Hombre, ya que te has tomado la molestia de venir hasta aquí, ¿por qué no esperas otra media hora? —propuso él—. Si en ese tiempo no ha vuelto, puedes irte con la tranquilidad de haber puesto todo de tu parte, ¿no crees?

Lo dijo de forma tan desinhibida y espontánea que volví a sentarme sin pensármelo dos veces, y, de nuevo, puse mis manos sobre las rodillas.

—Por cierto, declamar se te da fenomenalmente bien —

observó con honesta vehemencia—. ¿No te lo había dicho nadie antes?

Negué con la cabeza con la misma honesta vehemencia: era la primera vez que oía algo semejante.

—No es posible —prosiguió él— entonar como acabas de hacerlo sin haber alcanzado un buen nivel de comprensión del texto, ¿sabes?

—Ah —repliqué de una manera vaga. Me ruboricé un poco, incómodo ante un elogio que se me antojaba inmerecido o fuera de lugar en aquel momento, como fruto de un error. En cualquier caso, intuí que él se disponía a iniciar una conversación que sin duda se prolongaría a lo largo de los siguientes treinta minutos. Consideré probable que sintiera la necesidad de charlar con alguien.

Unió las palmas de sus manos ante sí, como si fuera a orar, y, sin mayores preámbulos, habló:

—Quizás te parezca extraño lo que voy a preguntarte, pero allá voy. ¿Has sufrido una interrupción de la memoria alguna vez?

—¿Una interrupción de la memoria?

—En efecto. Algo así como perder todo rastro de lo que haya podido suceder desde un determinado instante en el tiempo hasta otro.

—Nunca me ha ocurrido nada semejante —repliqué, negando con la cabeza.

—¿Quieres decir que recuerdas los hechos en el debido orden en que van sucediendo y sin huecos temporales?

—Así es. Si se trata de hechos ocurridos recientemente, no veo por qué no podría recordarlos en su correcta secuencia temporal.

—Vaya, vaya —dijo, y se rascó la nuca antes de agregar—: claro. En realidad, eso es lo más común.

Permanecí callado, a la espera de que él continuara.

—Si te soy sincero —prosiguió—, he de admitir que a mí sí me ha sucedido. Es como si la memoria alzara el vuelo con sigilo y se desvaneciera por un rato. Por ejemplo, puede desaparecer de repente a las tres de la tarde y regresar sin previo aviso a las siete,

de manera que durante las cuatro horas intermedias no guarde ningún recuerdo de dónde he estado ni de qué he hecho. No es necesario que se dé ninguna circunstancia que lo provoque, nada semejante a un golpe en la cabeza o una borrachera, sino que me sobreviene espontáneamente mientras hago cualquiera de las cosas que uno hace en su vida diaria. No existe modo alguno de preverlo. Ni siquiera puedo adivinar durante cuántas horas, e incluso días, mi memoria se ha desvanecido.

—Ya veo —dije, y asentí con la cabeza para animarle a continuar.

—Imagina que has grabado una sinfonía de Mozart en una cinta magnetofónica y luego, cuando la reproduces, descubres que a partir de la mitad del segundo movimiento hasta la mitad del tercero la cinta se ha borrado. Mejor dicho, no es que te encuentres un fragmento en blanco, sino que se trata más bien de un salto repentino a una parte posterior de la sinfonía. Como si te despertaras una mañana y te encontraras viviendo en el día subsiguiente al que correspondería. ¿Lo entiendes?

—Más o menos —repliqué en tono algo dubitativo.

—El ejemplo de la sinfonía no es más que una mera alegoría del fenómeno, incómoda, pero sin graves consecuencias. No representa el auténtico drama que conlleva sufrirlo en la vida real. Lo comprendes, ¿verdad?

Asentí.

—Algo así como regresar de un viaje a la cara oculta de la luna con las manos vacías.

Asentí de nuevo, pese a que dicho ejemplo me resultara algo confuso.

—Se trata, por lo visto, de un trastorno de origen genético, de extremada rareza y muy pocos casos diagnosticados. Solo una persona de cada varias decenas de miles nace con ello, y en ninguna se desarrolla exactamente con los mismos síntomas. Cuando cursaba tercero de primaria, mamá me llevó a que me viera un neurólogo del hospital universitario. Resultó que lo mío tenía un nombre. Largo y desagradable, eso sí, pero lo tenía. Lo olvidé hace mucho. ¿Quién rayos se dedica a poner ese tipo de

nombres tan horribles? —Guardó silencio durante unos segundos antes de proseguir—: Es, en definitiva, un trastorno cognitivo de dislocación de la memoria. Como si almacenara por error una serie de recuerdos en un archivo equivocado o arrancara un fragmento de una sinfonía de Mozart y lo grabara en otra cinta, según el ejemplo anterior, y me resultase dificilísimo, por no decir imposible, dar con el paradero de dicho archivo. Fue así como me lo explicó el médico. También aseguró que no se trataba de una enfermedad degenerativa, que no suponía riesgo alguno para mi vida y que apenas afectaba al normal desarrollo de mi vida diaria. Una leve molestia, en definitiva. Y tras anunciar su complicado nombre, pasó a prescribirme unas pastillas, de las cuales no sabría decir si tienen un efecto real o son mero placebo. Me decanto por esto último.

El hermano de mi novia se detuvo y me miró con fijeza. Parecía tratar de dilucidar si yo estaba siguiendo el hilo de su discurso, y lo hacía como si se asomara a través de una ventana al interior de una casa.

—Por lo general —se decidió a continuar—, me ocurre una o dos veces al año. No con demasiada frecuencia, pero las consecuencias que ello acarrea pueden llegar a ser muy problemáticas para el desarrollo de una vida normal y corriente. Y cuando digo *muy problemáticas,* no exagero. Ten en cuenta que ignoro en qué momento me ocurre y, de hecho, es altamente probable que no llegue siquiera a tomar conciencia de ello cuando sufro alguna de esas interrupciones de memoria. ¿Te das cuenta de que, más allá del drama que supone, la situación puede tornarse peligrosa?

—Supongo —asentí vagamente. Lo cierto es que, entre la endiablada velocidad a la que hablaba y lo insólito de su relato, me costaba asimilar sus explicaciones.

—Imagina que durante uno de mis episodios de pérdida de memoria agarro un martillo y la emprendo a golpes con alguien a quien tenga tirria hasta machacarle la cabeza. ¿Qué te parece? ¿No sería eso algo más que un simple inconveniente?

—Sin duda...

—Tendría que vérmelas con la policía, claro está, y dudo que asegurarles que no recuerdo absolutamente nada de lo acaecido sirviera para atenuar mi culpabilidad.

Asentí con la misma vaguedad de antes.

—De hecho —siguió él—, no es poca la gente por quien siento verdadera repulsión y que me pone los nervios de punta. Mi padre, por nombrarte uno. Por supuesto, no me he liado a martillazos con él. Cuando estoy en plena conciencia de mí mismo, puedo reprimir esa clase de impulsos, ¿sabes? Pero durante los paréntesis de memoria, a saber de lo que soy capaz. Ni yo mismo puedo saberlo.

Me reservé cualquier tipo de comentario al respecto y ladeé un poco la cabeza.

—El médico me aseguró que no existía ningún riesgo de semejante calibre. Al fin y al cabo, una cosa es no recordar lo que se ha hecho y otra muy distinta es comportarse como un demonio. No soy víctima de ningún trastorno de múltiple personalidad al estilo Jekyll y Hyde. Yo sigo siendo yo y me comporto igual, con memoria o sin ella, como siempre, sin cambios de personalidad. Es solo que la música grabada salta de repente desde la mitad del segundo movimiento de la sinfonía a la mitad del tercero. No hay motivo para que vaya por ahí, martillo en mano, asestando golpes a diestro y siniestro durante ese intervalo. No veo por qué no iba a poder reprimir ese tipo de inclinaciones, puesto que, en principio, conservo también la conciencia durante dichos intervalos. La sinfonía de Mozart sigue siendo de Mozart, y no se produce transformación alguna a una de, digamos, Stravinski. La consistencia temática está garantizada. Es solo que parte de su contenido queda almacenado en un fichero cuyo paradero no hay manera de localizar después.

Hizo una nueva pausa y sorbió café de su voluminosa taza del aeroplano. Cómo anhelaba un sorbo también yo.

—Ahora bien... Eso no es más que lo que dicen los médicos —consideró—. Y, dime tú, ¿hasta qué punto puede uno fiarse de ellos? ¿Eh? Recuerdo que en el instituto me corroía el desasosiego de llegar a cometer una barbaridad durante alguno de aquellos apagones de la memoria, incluida la de golpear a alguien con un

martillo. La adolescencia es una etapa complicada en la que uno no tiene ni idea de quién es y en qué va a convertirse, ¿no crees?, y en la que se tiene la impresión de vivir en lo más profundo de un sistema de tuberías subterráneas. Eso estando sano. Pero si le añades el desconcierto que produce mi trastorno, te aseguro que se convierte en una época difícil de soportar. Lo comprendes, ¿verdad?

Asentí con la cabeza sin pronunciar una sola palabra, aceptando honestamente su razón en ese punto.

—Entre unas cosas y otras, mis ausencias en clase fueron aumentando —prosiguió—. Cuanto más vueltas le daba, más miedo de mí mismo sentía, hasta que al fin no fui capaz de ir al instituto en absoluto. Por suerte, mamá les explicó a mis profesores la recaída que yo estaba sufriendo y ellos lo entendieron y me permitieron graduarme, levantando un poco la mano excepcionalmente conmigo, eso sí. En el fondo, supongo que al instituto también le convenía quitarse de encima cuanto antes a un estudiante como yo, que solo podía traer problemas. Las cosas no fueron tan sencillas en la universidad. Mis notas del instituto no eran del todo malas y se me antojaba factible poder inscribirme en una u otra universidad, pero aún me lastraba un miedo terrible a salir de casa y me vi irremediablemente convertido en una especie de anacoreta. Tan solo me atrevía a sacar a pasear al perro, y eso sin alejarme del entorno. El caso es que aquellas esporádicas salidas con el perro fueron aliviando mi pánico de forma gradual y empecé a considerar la posibilidad de expandir mi radio de acción hasta el campus universitario, ¿por qué no...?

Sus labios volvieron a cerrarse. También yo respeté el sosiego que se instaló entonces en la sala de estar, sobre todo porque no se me ocurría ninguna palabra mínimamente apropiada con que darle réplica. Entendí, por fin, que mi novia eludiera hablarme de él.

—Te agradezco con sinceridad la lectura que has hecho de *Los engranajes*. Me ha gustado mucho. Sin duda es una historia oscura, pero muchas de las cosas que en ella se dicen me han llegado al corazón. ¿No te apetece un café? Te lo preparo en un momento, de verdad.

—No, no, gracias otra vez. De todos modos, voy a tener que irme en breve.

Miró una vez más el reloj de pared.

—Espérate hasta las doce y media. A ver si, con un poco de suerte, para entonces ya han vuelto. Mientras tanto, yo subo a la primera planta. Si, llegada la hora, no hay noticias de Sayoko, puedes irte sin necesidad de decirme nada.

Asentí con la cabeza.

—Entonces, ¿lo pasáis bien, Sayoko y tú? —preguntó, repitiendo la misma pregunta con que se inició nuestro encuentro.

—Sí —aseveré.

—¿En qué sentido?

—En el de que hay muchas cosas que desconozco de ella —respondí, y aún hoy tengo la sensación de que no le mentí al contestar así.

—Vaya —resopló meditativo—. Ya veo. De hecho, supongo que acabas de dar en el quid de la cuestión. Pese a ser mi hermana y tener mi misma sangre, compartir casi los mismos genes y haber vivido bajo el mismo techo desde que nació, debo reconocer que casi no la conozco, que ignoro casi todo de ella y que no sé qué hace con su vida. Así que me darías una alegría si un día me dijeras que has llegado a entenderla, ya que yo no puedo. En fin, también es verdad que quizás tenga lugares recónditos que sería mejor no llegar a conocer nunca.

Se incorporó de la poltrona con su enorme taza en la mano.

—Sea como sea, espero que se te dé bien —dijo, y abandonó la sala de estar agitando la mano libre en un gesto de despedida.

—Gracias —repliqué.

El reloj marcaba las doce y media pasadas y seguía sin percibir el más leve indicio que pudiera animarme a sospechar que Sayoko estaba a punto de llegar, de manera que caminé hasta el vestíbulo, me calcé mis zapatillas deportivas y salí. Atravesé parte del pinar, continué hasta la estación más cercana y cogí el metro para volver

a casa. Fue un domingo de otoño tan sosegado como extraño.

Pasadas las dos de la tarde recibí una llamada de mi novia: «Habíamos quedado para el domingo de la siguiente semana, no para el de esta», aseguró. Me costaba admitirlo, pero si tan convencida estaba ella, posiblemente habría sido así. Me habría despistado y acabado asumiendo que se trataba de aquel domingo y no una semana más tarde. Me disculpé con sinceridad.

No obstante, no le mencioné que había conocido a su hermano y conversado con él cuando acudí a su casa (o, mejor dicho, que me había limitado a cumplir con la función de mero y discreto oyente de su monólogo) y, por supuesto, no le dije nada acerca de mi declamación de *Los engranajes* ni de su confesión del trastorno de la memoria que sufre. Consideré más conveniente no comentarle ni una palabra al respecto. Además, algo me decía que su hermano tampoco iba a aludir a nuestro encuentro, y si él no se lo decía, no veía por qué iba a tener que hacerlo yo.

Tuvieron que transcurrir unos dieciocho años antes de volver a verlo. Fue a mediados de octubre, yo tenía treinta y cinco años y vivía en Tokio con mi mujer. Había completado mis estudios universitarios en dicha ciudad y en ella me instalé definitivamente tras conseguir trabajo. Apenas tenía tiempo para visitar Kobe, mi ciudad natal.

Caminaba por la suave cuesta de una calle de Shibuya con el propósito de recoger un reloj de pulsera que había encargado reparar unos días antes. Iba tan sumido en mis pensamientos que no reparé en cierta persona con quien me crucé hasta que me llamó a mis espaldas:

—Disculpe, ¿no fue usted...?

Su acento provenía, sin duda, de la zona de Kansai. Me giré sobresaltado, pero el rostro que vi no me resultó familiar en absoluto. Era apenas unos años mayor que yo y un poco más alto. Sobre un jersey de cachemira amarillo crema y cuello redondo, llevaba una chaqueta gris de grueso *tweed* y unos pantalones

chinos color caqui. De complexión atlética y pelo corto, el rostro marcado y bien proporcionados los rasgos pese a su rotundidad, lucía el característico bronceado opaco propio de los jugadores de golf. Supongo que podría decirse que era guapo. Se adivinaba en él una vida satisfecha y colmada.

—¿... novio de mi hermana hace mucho tiempo? —me preguntó sin preámbulos—. Ahora mismo no me viene a la cabeza tu nombre..., perdona que te tutee.

Lo miré con atención, pero no me vino ningún recuerdo a la memoria.

—Eh, ¿novio de tu hermana?

—Sí, hombre, Sayoko —exclamó—. Ibais a la misma clase del instituto.

Reparé en una minúscula mancha de salsa de tomate adherida a la pechera de su jersey, una única e insignificante nota discordante en la impecable pulcritud que imperaba en él, y me acordé de las migajas dispersas por la parte delantera de aquel otro jersey azul marino de cuello gastado y deformado, y los ojos somnolientos de aquel joven de veintiún años. El paso de los años no atenúa la enorme dificultad de modificar o eliminar los malos hábitos.

—Ah, ahora te recuerdo. ¡Claro! ¡El hermano de Sayoko! Nos vimos una vez en vuestra casa.

—Así es. Y me leíste *Los engranajes,* de Akutagawa.

Reí de buena gana.

—¿Cómo has podido reconocerme con tanta facilidad por la calle, entre tanta gente? Solamente nos vimos aquella vez, y hace mucho tiempo de eso —le pregunté.

—Ya ves. Me basta con haber visto una sola vez a alguien para que su cara no se me olvide en la vida. Eso siempre se me ha dado bien. Además, apenas has cambiado en todos estos años.

—No puede decirse lo mismo de ti. Tú sí que has cambiado. Me refiero al estilo.

—Bueno, bueno, entre unas cosas y otras... —reía complacido —, menos mal que he mejorado algo, porque, como sabes, he tenido mis momentos complicados.

—¿Y qué tal está Sayoko? —pregunté.

Desvió entonces la mirada hacia un lado. Pareció apurado. Inspiró lentamente y resopló como si estuviera midiendo la densidad del aire.

—¿Te importa que entremos en algún sitio a tomar algo y hablemos allí? —propuso—. Aquí, en plena calle, hay demasiado alboroto. Siempre y cuando no tengas prisa, claro.

Repliqué que no había ningún asunto que me urgiera y acepté.

—Murió —dijo en tono calmo. Habíamos entrado en una cafetería cercana y tomado asiento en una de sus mesas de plástico, uno frente al otro.

—¿Murió?

—Hace tres años.

Me quedé sin palabras durante unos instantes que se me hicieron eternos, y tuve la sensación de que la lengua se me iba hinchando cada vez más. Intenté tragar saliva, pero no pude.

Sayoko tenía veinte años la última vez que la vi. Acababa de sacarse el carné de conducir y me llevó en el Toyota Corona de su padre a dar una vuelta por los montes Rokkō. Pese a mostrarse insegura al volante, irradiaba felicidad. Como no podía ser de otro modo en aquella época, la música de los Beatles nos acompañó durante el trayecto a través de los altavoces de la radio del coche. Recuerdo muy bien que escuchamos «Hello, Goodbye». «Tú dices adiós y yo digo hola», rezaba la letra. Como he señalado más arriba, las canciones del cuarteto de Liverpool formaban parte decorativa de nuestras vidas, como el papel de pared en nuestros hogares.

Me costó asimilar que no estuviera en el mundo, que no se encontrara entre nosotros y no fuera más que polvo entre el polvo. Aquello se me antojó irreal, quimérico, mera fantasía imposible, y no encontré palabras para describir lo que sentí en ese momento.

—¿De qué murió? —pregunté con voz reseca.

—Se suicidó —respondió, como si hubiera seleccionado cuidadosamente las palabras—. A los veintiséis se casó con un compañero de la empresa aseguradora en la que trabajaba y tuvieron dos niños. Fíjate. A pesar de ello, decidió poner fin a su vida. Solo tenía treinta y dos años cuando lo hizo.

—¿Dejando a dos críos...?

—Sí. Niño, el mayor, y la pequeña una niña. Su viudo se encarga de sacarlos adelante. De vez en cuando me paso a verlos; son buenos críos.

Seguía sin poder asimilarlo. ¿Mi exnovia? ¿Aquella misma chica con la que yo había salido durante un tiempo? ¿La misma? ¿Cómo era posible que se hubiera suicidado, dejando abandonados a sus pequeños?

—Pero ¿por qué...? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—¿Quién sabe? Puedo asegurarte que no había mostrado indicio alguno de encontrarse bajo presión o de haberse venido abajo. Nada que pudiera interpretarse como un síntoma de ello. Se encontraba bien de salud, no tenía problemas serios, tampoco en su matrimonio, y estaba encantada con los niños. No dejó ninguna nota de suicidio. Fue acumulando somníferos que le recetaba su médico y, cuando tuvo suficientes, se los tomó de una vez. Es decir, fue preparando su suicidio con tiempo. Durante el medio año que pasó reuniendo los somníferos, ya sabía cuál sería su final, es decir, no fue una reacción impulsiva o un pronto que le diese, sino algo totalmente premeditado.

Me quedé en silencio durante un buen rato. Él también. Y cada uno se sumió calladamente en la íntima profundidad de sus respectivos pensamientos.

Aquel día, ella y yo, en la cafetería de un hotel situado en la cima de uno de los montes Rokkō rompimos nuestra relación. En las clases de la universidad en Tokio a las que yo asistía había conocido a una chica que me gustaba. Tras confesárselo, ella guardó silencio, cogió su bolso, sujetándolo bajo el brazo, se levantó de su asiento y salió a buen paso, sin volver siquiera la cabeza atrás una sola vez.

No me quedó otra alternativa que coger un funicular para descender la montaña. Supuse, naturalmente, que ella había conducido el Toyota Corona blanco de su padre de vuelta a su casa. A través de la ventana del funicular, recuerdo haber gozado de una vista magnífica de la ciudad de Kobe bajo el cielo despejado y nítido de aquel día. Un panorama de una belleza excepcional. Pero esa ya no era la misma ciudad que yo conocía.

Aquella fue la última vez que vi a Sayoko. A partir de entonces, por lo que supe, tras finalizar los estudios universitarios consiguió un empleo en una empresa aseguradora, se casó con un compañero de trabajo, tuvo dos hijos y se quitó la vida tomando una sobredosis de somníferos acumulada pacientemente a lo largo de los seis meses precedentes.

Creo que nuestra relación estaba predestinada a romperse tarde o temprano, pero admito que guardo un recuerdo entrañable de los años que pasé a su lado. Fue mi primera novia y la quería de verdad. De ella lo aprendí casi todo sobre el cuerpo femenino y juntos experimentamos muchas vivencias completamente nuevas para ambos. Compartimos momentos irrepetibles, de esos que solo se viven en la adolescencia.

Sin embargo, y pese a lo doloroso que me resulta reconocerlo, nunca llegué a escuchar, estando junto a ella, aquel cascabel que ya había tintineado en mis oídos con anterioridad. Probé a aguzar el oído lo máximo posible, pero no hubo manera de percibir aquel sonido. Por desgracia, así fue. Por otro lado, con la chica que conocí en Tokio sí sentí el cascabeleo. Que suene o no suene no depende de nuestra voluntad, no es un fenómeno que podamos manejar y hacer que ocurra a nuestro antojo atendiendo a razones lógicas o éticas. Es algo que sucede en lo más profundo de nuestra conciencia, o, tal vez mejor, de nuestra alma, de una manera que trasciende a nuestras decisiones y va más allá de nuestra voluntad.

—Ni en mis más disparatadas fantasías —prosiguió el hermano de mi exnovia— se me habría pasado por la cabeza que mi hermana

considerara la posibilidad de algo tan descabellado. Aunque me dijeran que todo el mundo se hubiese puesto de acuerdo para suicidarse en masa, todavía estaría convencido de que mi hermana sería la única persona en negarse a hacerlo. Hasta ese punto tenía yo una imagen equivocada de ella. Nunca albergué la más remota sospecha de que pudiera encontrarse sumida en un pozo de oscuridad, ahogada en la desilusión y el desengaño. Desde luego, no ofrecía esa imagen de sí misma al exterior. Si te soy sincero, nunca la tuve por más que una niñata superficial y de pocas luces. No le presté atención en ningún momento, y creo que ella a mí tampoco. Supongo que no existía ningún tipo de afinidad entre nosotros. Yo me llevaba mucho mejor con mi hermana pequeña, pero ahora me tortura la simple posibilidad de haber hecho daño a Sayoko, de un modo u otro. El problema es que no la entendía. Creo, de hecho, que no había nada que yo, con la cabeza siempre llena de mis cosas, supiera de ella. Supongo que yo no era el tipo de persona que le hubiera sido de ayuda a Sayoko. Aun así, pienso que debería haber hecho el esfuerzo por comprender algo de ella, aunque hubiese sido una pequeña parte; al menos aquello, fuera lo que fuese, que la condujo inexorablemente hacia la muerte. Esto es lo que más dolor me causa. Se me parte el corazón al pensar en lo arrogante y desconsiderado que fui con ella.

Me quedé mudo. Tal vez, yo tampoco había llegado a entenderla. Me temo que, al igual que él, también tenía la cabeza en mis asuntos.

—Aquel personaje de *Los engranajes*... —continuó el hermano de mi exnovia—. ¿Lo recuerdas? Era el piloto de la aeronave. Se había acostumbrado a volar hasta el punto de no poder respirar otro aire que no fuera el de las alturas, de modo que cuando bajaba a tierra sentía un constante ahogo, cada vez más insoportable. Quizás se trate de algo similar. En la novela de Akutagawa recibía el nombre de *enfermedad del vuelo*. No sé si existe realmente un trastorno así, pero se me quedó grabado el nombre.

—Hablando de afecciones, ¿estás mejor de aquellas pérdidas de memoria que sufrías? —le pregunté con cierto desatino tal vez, pero con el soterrado propósito de cambiar de tema y dejar a

Sayoko tranquila durante un rato.

—Ah, ¿aquello? —replicó él, al tiempo que entrecerraba levemente los ojos—. Es extraño lo que voy a decirte, pero desapareció de repente. Puesto que se trataba de un trastorno hereditario, lo normal era esperar que se manifestara de forma crónica durante toda la vida y, según explicó el médico, quedaba desestimada toda esperanza de curación. Sin embargo, no fue así. Desapareció de un día para otro, como si hubiera estado poseído por un demonio todo el tiempo y este hubiera decidido salir de mí, largarse a otro lugar.

—En fin, en cualquier caso, es para alegrarse, ¿no? —comenté con honesta satisfacción por él.

—Dejé de experimentar los *apagones* a partir de determinado momento, no mucho después de nuestro primer y único encuentro, y, además de sentirme menos irritable, más calmado y sosegado en todos los aspectos de mi vida diaria, conseguí ingresar en la universidad. Me gradué y tomé las riendas de la empresa de mi padre. La vida da muchas vueltas. Aquí me tienes, convertido en una persona normal y corriente.

—Me alegro mucho —repetí—. Así que finalmente no le aporreaste con el martillo, ¿eh?

—Pero, bueno, ¿es que tú también te acuerdas de aquella estupidez que dije? —Prorrumpió en carcajadas—. Vaya casualidad... Quién iba a decirlo. De vez en cuando, algún asunto relacionado con el trabajo me trae a esta ciudad, a Tokio, pero, fíjate, ¿cuántos millones de habitantes tiene Tokio y cuántas posibilidades hay de que me cruce contigo? Esto ha sido un encuentro providencial, ¿no te parece?

—Desde luego que sí —admití.

—Bueno, ¿y tú? ¿Vives aquí?

—Sí. Realicé mis estudios universitarios aquí, en Tokio. Después me casé y ya me quedé permanentemente. De momento, me las apaño escribiendo alguna cosa que otra.

—¿Puedes vivir de la escritura?

—Hasta ahora, al menos, sí.

—Vaya, vaya. Por cierto, recuerdo que en aquella ocasión en

mi casa me leíste en voz alta magistralmente un pasaje de *Los engranajes* —señaló con aire evocador—. Perdona si lo que voy a decir ahora puede resultarte una carga, pero creo que nunca dejaste de ser el favorito de Sayoko.

Una vez más, guardé silencio ante sus palabras. También él permaneció callado a partir de ese instante.

Nos despedimos. Yo puse rumbo a la relojería adonde había llevado a arreglar mi reloj de pulsera y él continuó su camino calle abajo, en dirección a la estación de Shibuya. Seguí con la mirada aquella espalda atlética enfundada en una chaqueta de *tweed* hasta perderla de vista, mezclada entre la muchedumbre que recorría la ciudad a esas horas de la tarde.

No he vuelto a verlo desde entonces. El azar nos había hecho coincidir en Tokio tras veinte años y con seiscientos kilómetros de por medio. Nos habíamos sentado a la mesa de una cafetería y habíamos tomado un café mientras conversábamos. Pero el contenido de la conversación poco había tenido que ver con la habitual charla ligera entre dos conocidos que pasan un rato juntos tomando algo en una cafetería. Tengo la impresión de que en aquella conversación había un indicio oculto —una insinuación de algo íntimamente ligado con el mismo acto de vivir—. Por otro lado, los indicios son fruto de circunstancias azarosas. De modo que tampoco debo darle demasiadas vueltas. No estoy obligado a encontrarle sentido a aquel encuentro en Tokio.

Pregunta: ¿estaríamos en lo correcto si interpretásemos aquel encuentro entre el hermano de mi exnovia y yo como una jugada del destino cargada de significado simbólico?

Tampoco volví a cruzarme ni una sola vez más con la bella joven que apretaba contra su pecho el elepé *With the Beatles*. ¿Significa acaso que todavía hoy recorre los pasillos en penumbra del

instituto haciendo ondear el bajo de su falda a cada paso? ¿Significa que sigue teniendo dieciséis años y continúa solícita y devotamente abrazada a aquella imagen de John, Paul, George y Ringo, los rostros medio ocultos por la sombra?

5
Antología poética de los Yakult Swalows de Tokio

A continuación, trataré sobre mi afición al béisbol, pero permítaseme de momento, y antes de nada, aclarar que mi gusto por dicho deporte va más allá de la ramplona inercia conductual que suele adquirirse durante la infancia y no tiene nada que ver con ella. Mi afición se constituye, más bien, a través de un hábito de naturaleza profunda, lo cual supongo que me diferencia de la gran mayoría de los aficionados. Por poner un solo ejemplo, soy incapaz de presenciar eventos deportivos por televisión. No soy de los que se retrepan deleitosos en mullidos y anchos butacones ante el aparato de televisión para contemplar la retransmisión de las evoluciones de su equipo. No, señor. La televisión es una especie de caja embutida en la cabeza, unas orejeras que restringen el campo de visión y obligan a mirar una minúscula realidad enmarcada, dejando fuera todo aquello que hace del béisbol un acontecimiento tan especial para mí. Más o menos, como si al disponerse uno a hacer el amor... No, mejor no sigo con la metáfora. A lo que me refiero es a que, filtrado por la pantalla, el béisbol pierde toda su gracia, lo que verdaderamente hace que merezca la pena contemplarlo. Soy, más bien, el tipo de aficionado que se presenta en el estadio con la gorra de béisbol bien calada y el guante enfundado por si se tercia atrapar cualquier bola descarriada por *strike* o *foul*. Ahí es donde está la gracia. No creo poder ser más claro, pero espero que el lector comprenda lo que trato de explicarle.

Si afirmo que solo mediante la experiencia *in situ* se pueden saborear las auténticas esencias de este deporte, espero que no se me confunda con uno de esos aficionados de tan fervorosa como ciega devoción, que braman ante cada punto conseguido. Eso sí, lo mío puede calificarse de abnegada entrega y fiel dedicación a mi

equipo del alma a lo largo de muchos años, tantos que cuando empecé a apoyarlo todavía llevaba el nombre de Sankei Atoms. Aquello fue a finales de la década de los sesenta y ya por entonces acudía con frecuencia al estadio Jingu para ver jugar a los Atoms —de hecho, me había mudado a propósito cerca del estadio para tal fin—. Todavía hoy día sigo haciéndolo. Mantengo el hábito intacto, hasta el punto de que en la elección del domicilio que ocupo en la actualidad (en el que guardo diversos modelos de uniforme y de gorras del equipo) también influyó la cercanía del estadio. En cierto modo, lo único que ha cambiado es el nombre con el que se los conoce hoy día: los Yakult Swallows de Tokio.

El Jingu no puede presumir de ser uno de esos estadios repletos hasta la bandera de enloquecidos y gritones fans. Es, al contrario, un lugar tranquilo y pacífico, la mayor parte de los días está sumido en una especie de muermo mortecino. La idea de encontrarme colgado a la entrada el rótulo de «Localidades agotadas» se me antoja tan inverosímil como verme sorprendido por un eclipse total de luna durante uno de mis paseos nocturnos por el parque colindante; tan raro como tropezarme en ese mismo lugar con un gato calicó macho. Pero la escasa afluencia de espectadores, lejos de desmotivarme, me agrada: de niño, siempre sentí cierto rechazo por los lugares abarrotados de gente.

Naturalmente, ese no es el motivo por el que los Yakult Swallows llegó a convertirse en el equipo de mis amores y, por supuesto, se me encoge el corazón al recorrer las gradas con la mirada para certificar una vez más, día tras día, la gran cantidad de sitios vacíos que hay. No me alegro. Me lamento y me compadezco por ello. Me duele, como una espina clavada en el corazón, que mi equipo no cuente con un mayor apoyo por parte de los aficionados, y que, jornada tras jornada, el número de los del equipo visitante sea muy superior al de los de los Swallows, que es, en definitiva, el equipo que juega en casa. En ese sentido, la imagen que ofrecen las gradas da pena. Tanto que, tal vez, no

sea erróneo afirmar que el Jingu es un estadio de béisbol excepcional, único en el mundo.

Es posible que ante semejante panorama el lector se pregunte por las vicisitudes y circunstancias por las cuales acabé convirtiéndome en aficionado de los Swallows, conservando inquebrantables, hasta el día de hoy, mi lealtad y entusiasmo por dicho equipo a lo largo de décadas y décadas. El lector se preguntará por los extensos páramos de oscuridad que hube de atravesar para acabar atrapando tan lejana y pálida estrella, cuando había otras muchas que brillaban con mayor intensidad y estaban situadas más a mano. Necesitaré algo de tiempo para contar la historia. Pero no veo inconveniente en hacerlo. Servirá, a la vez, de breve esbozo autobiográfico.

Nací en Kioto, pero, siendo todavía muy pequeño, mis padres se mudaron a Ashiya, entre Osaka y Kobe, y allí crecí hasta los dieciocho años, no muy lejos del curso del río Shukugawa. A menudo, cuando no tenía clases, agarraba la bicicleta o tomaba el tren e iba a ver un partido de béisbol al estadio Koshien. Ingresé muy pronto en el club de fans de los Hanshin Tigers, primordialmente para evitar que mis compañeros de colegio se mofaran y burlaran de mí, a buen seguro, si no los acompañaba en tan honroso club. Ya entonces me parecía, y me lo sigue pareciendo, se oponga quien se oponga, que el estadio Koshien superaba en majestuosidad a todos los demás. Recuerdo que, una vez adquirido el billete de entrada, atravesaba un acceso cubierto de hiedra y, a paso ligero y en una tenue penumbra, subía un tramo de escaleras de hormigón que me conducían a un lugar elevado desde donde, como un mar de intenso verdor, relampagueaba ante mis ojos la gran extensión de césped del campo, entonces el corazón se me aceleraba y mi pecho infantil se agitaba y retumbaba, lleno de emoción, como si pequeños liliputienses practicaran *puenting* en su interior, entre mis pequeñas costillas.

El pulcro e inmaculado uniforme de los jugadores, preparándose sobre el terreno de juego para el comienzo del partido; la resonancia cargada de emociones del bate al golpear la pelota y el destello blanco, punzante y fugaz de la pelota al surcar el aire; la voz acampanada y nítida del vendedor de cerveza; el marcador puesto a cero, en paciente espera; los gritos de ánimo, los tensos suspiros y los excitados chillidos, preámbulo de lo que estaba a punto de acontecer en breves instantes... Ese es el tipo de cosas que, ya desde niño, me persuadieron de que ver un partido de béisbol era, en esencia, la acción de desplazarse al terreno de juego. Ambas eran, y han seguido siendo para mí, dos acciones inseparables.

La asociación entre contemplar un partido y estar presente en el estadio fue la que, cumplidos los dieciocho años y tras mudarme a Tokio para comenzar mis estudios universitarios, me impulsó a convertirme en seguidor de los Sankei Atoms: el Jingu, su estadio, era el más cercano al lugar donde yo vivía. Una mera casualidad como aquella justificaba, a mi modo de ver, que me decantara por animar a un equipo y no a otro. En realidad, el estadio Korakuen me quedaba aún más cerca, pero, en fin, yo tenía mis propios criterios.

Era 1968. Año del éxito de la canción «Kaette kita yopparai», de The Folk Crusaders; año del asesinato de Martin Luther King y de Robert Kennedy; año de la protesta estudiantil en contra de la guerra que derivó en la ocupación de la estación de Shinjuku. Contemplados desde el momento actual, tales recuerdos se me antojan tan remotos como si formaran parte de la Antigüedad clásica... En cualquier caso, dicho año ha quedado almacenado en mi memoria como el de mi conversión a fan de los Sankei Atoms. ¿Qué fue exactamente lo que me condujo a ello? ¿El destino? ¿Mi horóscopo? ¿Mi grupo sanguíneo? ¿Una profecía? ¿Una maldición? Fuera lo que fuese, si el lector tuviese, por casualidad, una lista de efemérides a mano, le agradecería que apuntara sobre 1968, en letra pequeña, lo siguiente: «1968. El escritor Haruki Murakami se convirtió en seguidor de los Sankei Atoms».

Lo curioso —y esto puedo asegurarlo categóricamente— es

que, por aquel entonces, los Sankei Atoms eran un equipo no ya de segunda fila, sino de tercera o cuarta. Formaban un conjunto mediocre, sin una mísera estrella en sus filas con la que apuntalar desperfectos y carencias, y las gradas del estadio estaban por lo general tan vacías (a excepción solamente de cuando nos visitaban los Giants) que hasta podría haberse escuchado el canto de un cuco. Y, de hecho, recuerdo haber pensado que un pájaro cuco habría sido, para el equipo, una mascota más apropiada que la que *de facto* tenían: Astro Boy, el personaje creado por Tezuka —aunque espero que no se me pregunte cómo podría haber sido el diseño de tal mascota, porque no soy capaz de hacerme una idea al respecto.

Aquellos eran los tiempos en que el estadio de los Yomiuri Giants, el Kōrakuen, se abarrotaba de público, jornada tras jornada; los tiempos del gran Tetsuharu Kawakami como entrenador, y de los jugadores Shigeo Nagashima y Sadaharu Oh, aupados a la categoría de héroes nacionales por conducir a su equipo a una racha imbatible en varios campeonatos de liga consecutivos y a una época de esplendor sin igual. El periódico patrocinador de los Giants —el *Yomiuri*— se agotaba cada vez que regalaba invitaciones para verlos jugar. No había niño que no llevase, rebosante de orgullo, una gorra de los Giants. En cuanto a los Sankei Atoms, no había niño que condescendiera a ponerse una gorra suya, y si alguno con valor suficiente hubiera osado hacerlo, habría tenido que internarse por callejuelas apartadas, oculto a la vista de los demás, a paso ligero y furtivo, como si de un apestado se tratara.

En tal estado de cosas, yo no mostraba empacho en poner rumbo, tan campante, al estadio Jingu para ver a los Atoms. Tampoco alardeaba de ello, claro está. Animaba a mi equipo quedamente siempre que dispusiera de tiempo libre —que era casi siempre—, sin importarme que en la mayor parte de las ocasiones el partido terminara en derrota. Daba igual. Yo era joven y disfrutaba de una cerveza, recostado en la zona de césped para espectadores, mientras veía el partido. A veces, dirigía la mirada al cielo y me dejaba llenar por la felicidad del momento. Me alegraba

de las victorias y me tomaba las derrotas como ejemplo de que en la vida también era importante saber perder. El estadio Jingu no contaba todavía, por entonces, con asientos para espectadores. Donde habitualmente hay gradas, solo había una pendiente cubierta de césped y desprovista de asientos. Y allí era donde extendía unas hojas de periódico —extraídas, como no podía ser de otra manera, del periódico deportivo *Sankei Sports*— y me sentaba a mis anchas o me tumbaba sin remilgos, todo lo largo que era. En ocasiones, la lluvia hacía también acto de presencia y se embarraba todo.

Por fin, en 1978, los Sankei Atoms se alzaron con su primer campeonato de liga. Recuerdo que vivía en Sendagaya y que tan solo me llevaba diez minutos llegar a pie hasta el estadio Jingu. Lo consiguieron en el vigésimo noveno aniversario de su fundación, ya bajo el nombre de Yakult Swallows, e hicieron doblete, proclamándose también campeones de la Serie de Japón. Los Swallows lograron hacer realidad un auténtico milagro aquella temporada de 1978. Yo tenía veintinueve años y afrontaba la escritura de mi primera novela, *Escucha la canción del viento,* que sería reconocida con el Premio Gunzo para nuevos autores. El premio, naturalmente, no puede considerarse más que una circunstancia anecdótica sujeta a eventualidades de la fortuna, pero no puedo negar el pálpito que sentí de estar pasando por un punto de inflexión en mi vida.

Pero las sorpresas que la vida me depararía vendrían mucho después. El caso es que, en los diez años que van de 1968 a 1978, había presenciado tan astronómico número de derrotas por parte de mi equipo que me había acostumbrado a no esperar otra cosa y ya era, por expresarlo de alguna manera, como si viviera en el mundo de la derrota segura, como un buzo que ha ido acomodando sus condiciones fisiológicas al progresivo aumento de la presión del agua. En efecto, conviene saber perder, porque la derrota está más presente que la victoria en nuestras vidas. La

sabiduría consiste en aprender a aceptar la derrota con la mayor dignidad posible. Nada tiene que ver con la victoria. A menudo, me vuelvo hacia los asientos atestados de seguidores de los Giants y, dirigiéndome a ellos, les grito para mis adentros: «¡Nosotros partimos de una ventaja de la que vosotros no os podéis hacer ni una remota idea!».

A lo largo de todos aquellos años de cierta amarga penumbra, durante los cuales no falté al terreno de juego de mi equipo, sentado o recostado sobre aquella ladera cubierta de césped, abría un cuadernillo y, para pasar los ratos de escasa acción en el terreno de juego, iba tomando notas que tal vez podrían calificarse de poemas. Versaban sobre lo que ocurría ante mis ojos en el transcurso del partido. Ha de tenerse en cuenta, naturalmente, que el béisbol, a diferencia del fútbol, tiene la particularidad de ofrecer intervalos de tiempo vacíos entre jugada y jugada, cosa que yo aprovechaba para tomar mi bolígrafo y garrapatear unas cuantas líneas sobre el papel, con la certeza de que no iba a perderme ningún tanto. En este sentido, el béisbol es un espectáculo considerablemente pausado y sosegado, si, como digo, lo comparamos con el fútbol. Llega incluso a ser aburrido en ciertos momentos, como por ejemplo cuando se producen innumerables cambios de *pitcher* o lanzador en partidos en los que el equipo va por detrás en el marcador (¡y doy fe de que he vivido unos cuantos partidos así, viendo jugar a los Atoms!).

De modo que, a continuación, voy a presentar el primero de los poemas de mi colección. Realicé dos versiones del mismo: una corta y una larga. La que aquí presento es la última de ambas, resultado de añadidos menores a la primera. Allá va:

JARDINERO DERECHO

Aquella tarde de mayo en el Jingu,
defendías el ala derecha del campo
en tu puesto de jardinero
de los Sankei Atoms.
En la ladera de hierba, lindante con el ala derecha,
cómodamente recostado, yo bebía una cerveza tibia,
fiel a mi cita.
El bateador del equipo rival golpea la pelota,
en picuda parábola hacia el cielo,
aguda y recelosa.
El sol no deslumbra.
Te dispones a agarrarla.
Elevas ágiles las manos en pos de ella
y avanzas tres pasos al frente.
No tardará en ser tuya.
Bebo un trago de cerveza,
confiado en el descenso designado de la pelota,
que sigue su trayectoria fijada
por regla y compás,
para caer tres metros exactos detrás de ti,
lánguido mazazo contra el borde del universo,
sonido seco y hueco.
Y la duda vuelve a presentárseme cruel:
¿por qué entrego mi apoyo
a semejante equipo?
Misterio inaprensible este,
de escala universal.

Llamar poema a tan deslavazada y desastrada sucesión de líneas no es más que una muestra del exceso de ingenuidad en el que incurro a veces, y, por tanto, aceptaría, sin amago de resistencia, un furioso chaparrón de indignación por parte de quienes sí son dignos de ser llamados auténticos poetas, y comprendería que quisieran colgarme del poste de tendido eléctrico más próximo, cosa que no resultaría muy agradable. En

definitiva, no mostraré inconveniente en que cada uno lo llame como desee. Si alguien encuentra una denominación apropiada para mis garabatos, le agradecería que me la comunicara. Sea como fuere, me aferré al nombre de poema por mera conveniencia y eché mano de la expresión *Antología poética* para proceder a su publicación allá por 1982. Y ahora que ya me he explicado, si los poetas siguen deseando enfadarse, pueden hacerlo libremente. Por entonces ya habían transcurrido tres años desde el comienzo de mi periplo como novelista y estaba a punto de terminar la escritura de mi tercera novela, *La caza del carnero salvaje*.

No creo que le pille por sorpresa al lector el hecho de que ninguna editorial de gran envergadura se interesara por la publicación de semejante colección de poemas y que yo me viera, más o menos, empujado a asumir la mayor parte de los gastos de edición. Por suerte, un conocido mío que regentaba una imprenta me ofreció la feliz oportunidad de imprimir, a precio bastante asequible, quinientos ejemplares encuadernados con modestia, aunque, eso sí, pulcramente numerados y atentamente firmados por mí: Haruki Murakami, Haruki Murakami, Haruki Murakami... La idea no estuvo mal del todo, pero, como me temía, interesó a un número escaso de lectores (¡ya había que tener una buena dosis de curiosidad para gastar dinero en algo así!). Vendí trescientos y el resto los repartí entre amigos y conocidos. Todos aquellos ejemplares se han convertido ahora en valiosos y codiciados objetos de coleccionista, lo cual se me antoja tremendamente paradójico. Tal vez no se imagine el lector el precio que han llegado a adquirir. Es una pena que solo haya guardado dos ejemplares. Si me hubiera quedado con más, su venta me habría hecho millonario.

Mis tres primos y yo regamos con abundante cerveza el vacío que se abrió ante nosotros al finalizar el funeral por la muerte de mi padre. Bebimos hasta bien entrada la madrugada, mis dos primos paternos —coetáneos míos, más o menos— y mi primo materno —

unos quince años más joven—, sin probar bocado mientras apurábamos las cervezas. Vaciábamos jarra tras jarra, sin nada sólido que llevarnos a la boca, y recuerdo aquella ocasión como la primera en mi vida en que trasegué semejante cantidad de alcohol. Si la memoria no me falla, llegaron a acumularse hasta veinte gigantescas botellas vacías de cerveza Kirin sobre la mesa. Aún hay más: en el transcurso de aquella sesión etílica me acerqué yo solo a un local de jazz que se encontraba cerca de allí y, ni corto ni perezoso, me tomé varios Four Roses dobles con hielo.

Echando la vista atrás, no me explico cómo pude ingerir semejante cantidad de alcohol en una sola noche. No recuerdo haber sentido un dolor y una pena tan profundos como para poder achacarles semejante exceso. Sin embargo, podía beber y beber sin llenar el buche y, lo que era más extraño, sin embriagarme. Ni siquiera sufrí los efectos de tal exceso: no tuve la más mínima resaca cuando, al día siguiente, abrí los ojos y mi cabeza estaba tan fresca como cualquier otra mañana tras una apacible noche de sueño.

Mi padre era un acérrimo seguidor de los Hanshin Tigers, y su humor de perros cada vez que se producía una derrota de los Tigers forma parte del mosaico de recuerdos de mi infancia. Recuerdo que le cambiaba hasta el semblante y que el asunto cobraba tintes más dramáticos cuando le daba por beber, de manera que yo ponía buen cuidado en no irritarlo más de lo que ya lo estuviese. Tiendo a pensar que ese era el principal motivo por el que jamás se me pasara por la cabeza convertirme en fan de los Tigers.

Para ser honesto, mi padre y yo nunca mantuvimos una relación estrecha, y aunque tal vez no haya un motivo concreto causante de la falta de confianza entre ambos, lo cierto es que llegó a deteriorarse hasta el punto de que apenas nos hablamos durante los últimos veinte años de su vida. Murió cumplidos los noventa, aquejado por el cáncer y por una grave diabetes. Ni siquiera me parece que nuestra relación llegara a alcanzar el nivel de tibia amistad, y, si bien es cierto que hubo una tímida reconciliación hacia el final de sus días, esta se produjo demasiado tarde para que

resultara una auténtica reconciliación.

No obstante, guardo algún que otro buen recuerdo con él.

Por ejemplo, el otoño en que los St. Louis Cardinals, con el magnífico Stan Musial en su mejor momento, visitaron Japón para jugar un partido amistoso contra la selección japonesa. Yo tenía nueve años y mi padre me llevó a ver el partido. Las filas japonesas contaban con grandes jugadores de la talla de Kazuhisa Inao y Tadashi Sugiura, y las expectativas por el enfrentamiento entre ambos equipos eran enormes. Mi padre y yo fuimos al estadio Koshien y tomamos asiento frente a la primera base. Antes del comienzo, los jugadores de los Cardinals recorrieron el perímetro del terreno de juego y firmaron una pelota de tenis, que lanzaron al público. Los espectadores gritaron excitados y se incorporaron de sus asientos alzando las manos, tratando de hacerse con el preciado tesoro. Yo permanecía inmóvil en mi asiento, levemente absorto en la contemplación de la vorágine, sin considerar la menor posibilidad de agarrar la pelota —no era más que un niño de nueve años—; pero, en un breve instante, la pelota me sorprendió aterrizando sobre mi regazo, por completo azar y de manera totalmente inesperada, como si fuera una aparición divina.

—¡Enhorabuena! —exclamó mi padre, dirigiéndose a mí, entre arrobado y lleno de complacida admiración, exactamente igual que cuando, a mis treinta años, me estrené como novelista.

Ese fue, sin duda, uno de los momentos más brillantes de mi niñez, y, seguramente, el de mayor fortuna. Es muy posible que de aquella experiencia provenga mi querencia por los estadios de béisbol. Por supuesto, me llevé la pelota a casa, rebosante de satisfacción, pero no sé qué ha sido finalmente de ella. De mi memoria ha desaparecido por completo la imagen del lugar donde la guardé al llegar a casa.

Incluyo, a continuación, otro de los poemas de mi A*ntología poética de los Yakult Swallows de Tokio*, perteneciente a la época de los Swallows más añorada por mí: la de Osamu Mihara como

entrenador. Por algún motivo que se me escapa, aquellos años en que él se mantuvo a la cabeza del equipo los viví con extraordinario entusiasmo y desbordada emoción ante cualquier acontecimiento mínimamente sobresaliente que pudiera producirse en el terreno de juego.

LA SOMBRA DEL PÁJARO

Tarde de un día de principios de verano,
octava entrada de la primera parte,
9 a 1 para el equipo visitante.
Se aplica en sus ejercicios de calentamiento
el octavo lanzador, cuyo nombre no recuerdo.
Justo entonces surge, nítida,
la oscura silueta de un ave
que, rauda, atraviesa el césped,
desde la primera base
hasta la posición del lanzador.
Alzo la vista al cielo
y no encuentro nada
más que un sol deslumbrante.
Aquella sombra había caído al césped,
recortada sobre el fondo verde,
la forma de un pájaro.
¿Señal de buen augurio?
¿O de nefasto presagio?
Me detengo a considerarlo.
Pronto, muevo la cabeza a un lado y a otro.
Pero ¡qué iluso soy!
¿Hay acaso buen augurio
digno de caer sobre este equipo?

Mi madre sufrió un progresivo deterioro mental hasta que ya no pudo hacerse cargo de las tareas diarias del hogar, sobre todo

después de quedarse sola; y cuando la situación se hizo insostenible, me desplacé a la región de Kansai para poner un poco de orden en su casa y ver cómo andaban las cosas. Me dejó estupefacto la ingente cantidad de trastos que guardaba en un armario. Por lo visto, se había dedicado a comprar, sin un criterio evidente, un sinfín de objetos de lo más variado y absurdo.

Uno de los descubrimientos más llamativos que hice fue una enorme caja de dulces atestada de tarjetas de transporte de la compañía ferroviaria de Hankyū y de tarjetas de teléfono, de esas que se utilizaban para llamar desde las cabinas públicas; todas ellas, sin excepción, con la efigie de algún jugador de los Hanshin Tigers (como Tomoaki Kanemoto, Makoto Imaoka, Akihiro Yano, Norihiro Akahoshi o Kyuji Fujikawa, entre otros). ¿Para qué rayos querría ella todas aquellas tarjetas si no había apenas teléfonos públicos donde usarlas?

No me molesté en contarlas, pero allí debía de haber metidas más de cien tarjetas. No solo no les veía una utilidad práctica para mi madre, sino que tampoco me parecía posible que las hubiera coleccionado movida por una desmesurada afición al béisbol y a los Hanshin Tigers, pues jamás había manifestado tal afición. Y, sin embargo, se había tomado la molestia de adquirirlas. ¿Se habría vuelto una entusiasta seguidora de los Tigers sin que yo me hubiera enterado? Ella lo negó. Lo negó todo. «¡Qué cosas se te ocurren, hijo! ¿Para qué iba yo a comprar tal cantidad de tarjetas de teléfono? Seguro que ha sido tu padre.»

Pero papá había muerto tres años antes...

Finalmente, me llevé las tarjetas de mi madre y, durante un tiempo, a pesar de disponer de teléfono móvil, no olvidaba coger alguna antes de salir de casa para aprovecharlas y darles uso, siempre que tuviera la poco probable fortuna de dar con un teléfono público. Así pues, acabé aprendiéndome el nombre de los jugadores de los Tigers, pese a que la mayor parte de ellos se había retirado. Y aquellos que aún no lo habían hecho, habían pasado a formar parte de las filas de algún otro equipo.

El gran Mike Reinbach de los Hanshin Tigers:

Mike Reinbach formó parte de la plantilla de los Hanshin

Tigers durante unos años. Enérgico y vital, derrochaba simpatía a raudales. Tenía exactamente los mismos años que yo y le hice aparecer, como personaje secundario, en una de mis poéticas odas al béisbol. Por desgracia, en 1989, sufrió un accidente automovilístico en su país natal, Estados Unidos, que puso fin a su vida a los treinta y nueve años. En el momento en que el desgraciado suceso ocurrió, me encontraba en Roma escribiendo una novela y permanecí ajeno por completo a la noticia de su muerte durante largo tiempo, habida cuenta de que la prensa italiana, como es lógico, no se hizo eco de ella.

El siguiente es el poema en que aparecía Mike Reinbach:

EL TRASERO DEL JARDINERO

Contemplar el trasero del jardinero ciertamente me
complacía.
Qué mayor entretenimiento
cuando la derrota se cierne sobre nuestras cabezas
que observar con diligencia
del jardinero sus posaderas.
Hablar de las nalgas del jardinero
podría, con detalle y esmero.
Si usted me lo pidiera,
dispuesto yo estaría.
De John Scott,[1] jardinero central de los Swallows,
diría que su trasero supera todo criterio de belleza,
realidad pomposa de redondez excelsa
que corona sus largas piernas,
alegre metáfora colgada del aire.
¡Nada que ver con Wakamatsu, jardinero izquierdo!
Sufro un soponcio. Vaya un tapón, sus piernas cortos troncos
son.
Sus mejillas ni la altura de las nalgas de Scott alcanzan.
¿Y qué me dicen de Reinbach?[2]
Desde las filas de los Tigers, sus posaderas
deleitan a quienes las contemplan,

exhibidas en simetría perfecta,
y naturalidad bien dispuesta.
Un culo excepcional y de bandera.
Hay otro también en los Hiroshima Carp.
El de Schein;[3] sabio y de equilibradas proporciones,
reflexivo y contenido, si me apuran.
Pero, para mejor honrar su trasero,
deberíamos llamarlo por su nombre completo: Scheinblum.
Y con él terminamos. Estos son algunos de los culos más
bellos
que encontrarán en la posición de jardinero.
Pero dejémoslo estar. No pasemos más revista.
Que a padres, hermanos, esposas e hijos
tal vez no les haga demasiada gracia la lista.

En cierta ocasión acudí al estadio Koshien, al que mis queridos Yakult Swallows se habían desplazado, como equipo visitante, para enfrentarse a los Hanshin Tigers. Me encontraba en Kobe por motivos de trabajo y tenía la tarde libre. Por azar, reparé en un cartel desplegado en un andén de la estación de Sannomiya que anunciaba el evento. «Bien», me dije, «no despreciemos esta buena oportunidad para visitar el Koshien después de tanto tiempo.» Habían pasado, de hecho, más de treinta años desde la última vez que acudí. El entrenador de los Swallows era Katsuya Nomura y había jugadores como Atsuya Furuta, Takahiro Ikeyama, Shinya Miyamoto o Atsunori Inaba que brillaban con luz propia (me doy cuenta, al echar la vista atrás, de lo magníficas que fueron aquellas temporadas). El poema que escribí en tal ocasión no forma parte de la *Antología poética de los Yakult Swallows de Tokio*. Esta había sido publicada bastantes años antes.

Durante el partido sentí el impulso de escribir, pero no me había llevado conmigo papel ni pluma. Al volver a mi habitación de hotel, tomé asiento frente a la mesa y escribí en la libreta de notas, por lo general a disposición del cliente, el poema (o el

nombre que quiera dársele) que va a encontrar el lector a continuación. Se trata tan solo de unas notas que, de manera prácticamente azarosa, adquieren, en el momento de tomarlas, cierta semejanza a algo que podría acercarse a un poema. Tal vez sea esta una manera más adecuada de expresarlo. El caso es que, hablando de notas de diversas formas y estilos, guardo una buena cantidad de frases sueltas y fragmentos de texto en el cajón de mi escritorio, en casa. Soy consciente de que no van a resultarme nunca de utilidad, pero, aun así, me gusta conservarlas.

LA ISLA EN EL MAR

Tarde de verano.
Busco asiento en el ala izquierda del Koshien
entre los reservados para la afición de los Yakult Swallows.
Me cuesta encontrarlos.
Me lleva tiempo.
Doy, por fin, con una pequeña área
de apenas cinco metros cuadrados,
rodeada por los cuatro costados
de aficionados de los Tigers.
Rememoro la película *Fort Apache,*
de John Ford,
protagonizada por el obstinado Henry Fonda.
Aquella mermada caballería
sitiada por una inmensa horda de guerreros indios,
como una pequeña isla en el mar
al borde del ahogo,
con su bandera dignamente izada en pleno centro.
Recordé haber visitado el estadio de niño
y haberme sentado en aquella misma zona.
Vi a Sadaharu Oh, cuando todavía era estudiante de
secundaria,
la primavera en que llevó a la victoria a su instituto, el
Waseda Jitsugyo.

Jugaba como cuarto bateador.
Mantengo, curiosamente, el recuerdo nítido,
como imagen observada desde el extremo contrario de un catalejo.
Tan lejos, tan cerca.
Y allí me encuentro de nuevo,
pero rodeado ahora de amenazadores apaches,
de rayas pintadas y vigor sin límite.
Lanzo desgarradores gritos de ánimo,
al pie de la bandera de los Swallows.
Aislado y alejado del mundo,
tal que isla solitaria,
el ostracismo me aguijonea quedamente el alma.

No hay un solo estadio de béisbol en el mundo donde me encuentre tan a gusto como en el Jingu. Y, dentro de este, mis lugares favoritos son los asientos junto a la primera base y los del ala derecha. Me deleito con los olores y los sonidos, con la contemplación del cielo, hacia el que alzo la vista de cuando en cuando; aprecio el roce del viento en mi piel y el sabor de la cerveza fría y disfruto de la compañía de los demás espectadores. Lo de menos es la victoria. Lo importante es el goce de estar en el estadio.

Naturalmente, puestos a elegir, me decanto por que ganen los Swallows, pero no es algo que me importe demasiado. El valor del tiempo que paso allí no depende del resultado que muestre al final el marcador. El valor de las horas y los minutos es intrínseco a ellos, y también es responsabilidad de uno dialogar con el paso del tiempo para que este sea benévolo y le otorgue buenos recuerdos que llevarse. Esto es, sin duda, lo más importante.

Tras acomodarme en mi asiento me apetece, como siempre, tomar una cerveza negra. Me lleva cierto tiempo atisbar a alguno de los vendedores de bebidas que ofrezca cerveza negra. Cuando por fin lo encuentro y lo llamo, se acerca apesadumbrado y me

pide disculpas por la tardanza. Es un joven enjuto, de pelo largo y aspecto anémico; un estudiante de secundaria, posiblemente, que se saca un dinero trabajando por horas allí.

—Disculpe, señor. Si desea cerveza rubia, deberá pedírsela a otro vendedor. Yo solo dispongo de negra —me dice.

—Tranquilo. No tienes por qué disculparte. De hecho, me apetece tomar cerveza negra.

—Muchas gracias, señor —replica, esbozando una sonrisa de oreja a oreja mientras me entrega una lata de cerveza.

Abono el precio.

—¡Suerte! —le digo con la mejor intención, antes de que se aleje, pensando en la cantidad de excusas que le quedan por dar, hasta el final de la jornada, a los clientes a los que no va a poder contentar porque le pidan cerveza rubia, que supongo serán la mayoría.

Como novelista, me asalta en ocasiones una sensación parecida y me entran ganas, entonces, de ofrecer mis disculpas a los lectores de todo el mundo: «Si desean cerveza rubia, deberán pedírsela a otro vendedor. Yo solo dispongo de negra».

Permítame el lector que no me ponga ahora a darle vueltas al asunto. Pelillos a la mar. El partido está a punto de comenzar. Concentrémonos en él. A la vez que ruego por la victoria, también me preparo, en el fondo de mi corazón, para la derrota.

6
Carnaval

Era la mujer más fea que he visto en mi vida. Tal vez se trate de un juicio parcial, puesto que deben de pulular por el mundo muchas otras más feas aún que ella, aunque cueste creerlo, pero si me atengo a aquellas con las que he entablado algún tipo de relación, por endeble que fuera, ella se lleva, desde luego, la palma. Evidentemente, yo podría dar mayores muestras de caballerosidad y referirme a ella con el eufemismo de *la menos guapa* que he visto en mi vida, en vez de *la más fea*. Ello sería tal vez de mayor agrado para usted, atento lector, y, sobre todo, para usted, paciente lectora. Pero permítaseme evitar el engaño que las palabras encierran y usar la expresión que mejor se adecúa a aquella mujer.

Adoptemos para ella el nombre de F*. No procede en estas páginas, por diversas y sutiles razones, desvelar su auténtico nombre. He de aclarar, sin embargo, para evitar posibles suspicacias, que ni la letra F ni, por supuesto, el asterisco que la acompaña guardan relación alguna con su auténtico nombre.

Por otro lado, no hay que descartar la posibilidad de que la propia F* lea estas páginas. Lo cual resultaría bastante difícil, puesto que presumía sin disimulo de no tener interés más que en la literatura hecha por mujeres, pero, en fin, nunca se sabe por qué insólitas circunstancias podría caer mi texto en sus manos. En caso de que así ocurriera y de que acabara leyéndolo, no me cabe la más mínima duda de que se reconocería como la protagonista de la que hablo. Por otro lado, sospecho también que la única reacción capaz de arrancar en ella una aseveración de la contundencia de «era la mujer más fea que he visto en mi vida» sería la de una total y absoluta indiferencia. Incluso creo que le divertiría. Ella misma era consciente como la que más de no ser precisamente agraciada de cara, y se las arreglaba para darle la vuelta al asunto y recrearse

en ello hasta el punto de encontrarle disfrute y diversión.

Su ejemplo pertenece, desde luego, a una escasa y selecta categoría: la de las mujeres feas con plena conciencia y aceptación de serlo, y que, por si fuera poco, se regodean en ello. Ella no era, como podría uno imaginarse, una mujer común y corriente, ni fui yo el único que se sintió atrapado por su particular aura, poderoso imán que atraía todo tipo de objeto metálico, útil o inútil, que traspasara su radio de acción.

Hablar de fealdad es también hablar de belleza.

Conozco algunas mujeres bellas. Me refiero a esas de las que nadie dudaría de su belleza. Curiosamente, ninguna de ellas me parece que disfrute de su belleza con plena libertad y sin condiciones (o, al menos, casi ninguna), asunto que constituye un auténtico misterio. La mujer de belleza natural tiene asegurada la atención del macho y la envidia de la hembra, y se habitúa a la adulación desde niña. Se la agasaja con caros regalos y goza de privilegiadas atenciones por parte del varón que la corteja. ¿Por qué entonces no son algo más felices de lo que parecen sentirse? Algunas, estará de acuerdo el lector de uno y otro sexo, muestran un enorme aire de tristeza y abatimiento.

El caso es que la mayor parte de las mujeres hermosas que conozco se sienten desproporcionadamente afligidas, irritadas e insatisfechas por la existencia de cualquier parte de su anatomía que no alcance el elevado nivel de belleza del resto (¿quién carece, de todos modos, de cierta porción de su cuerpo que no se ciña a los cánones de belleza?). Y, para más inri, no constituye una aflicción pasajera, sino perenne: por minúsculo que sea el supuesto defecto, por insignificante y trivial la tacha, no parecen capaces de evitar sentir una constante desazón ante su mera existencia, que llega a convertirse en una severa ansiedad y preocupación en algunos casos. Puede tratarse de algo tan irrelevante como que el dedo gordo del pie sea un poco más grande de lo considerado normal o que la uña de dicho dedo se haya curvado levemente de manera un

tanto curiosa, o que el tamaño de ambos pechos no sea el mismo. Una amiga mía de excepcional hermosura considera que sus orejas adolecen de un tamaño excesivo y se afana, con denodada y loable perseverancia, en mantenerlas ocultas por completo, tapándoselas con unos mechones de cabello cuya longitud es siempre la adecuada para tan decoroso fin. Si les soy sincero, yo ni me fijo. Que sean un poco más grandes o pequeñas se me antoja un asunto completamente exento de interés (de hecho, llegó a enseñármelas en cierta ocasión, una única vez, y me parecieron de lo más normal). En fin, a veces pienso que toda esa preocupación por el tamaño de las orejas, o cuestiones similares, ha de tener un sentido simbólico y estar, quizás, sustituyendo alguna otra cosa de carácter más profundo.

¿Podríamos asumir, por tanto, que las mujeres que disfrutan de su carencia de belleza (vamos, de su fealdad) son, comparativamente hablando, felices? De lo que no albergo duda es de que, del mismo modo que no hay mujer bella sin defecto anatómico (por minúsculo que pueda ser), tampoco hay mujer fea sin virtud anatómica (por moderada que sea). La cuestión aquí estriba en que estas últimas les sacan partido y disfrute a sus virtudes con el mismo y rebosante ímpetu con que las anteriores sufren con sus defectos. Y, en su caso, no hay sustitución ni metáfora que valga.

Aun a riesgo de sonar a tópico, a menudo basta con variar el punto de vista con que observamos algo para constatar un cambio profundo e inmediato en ello. El mundo en que vivimos parece dotado de semejante flexibilidad: un somero cambio en la dirección de la luz convierte la sombra en claridad y la claridad en sombra; lo adecuado en improcedente y lo improcedente en adecuado. Ahora bien, me eximo de la responsabilidad de dar una respuesta al dilema de si tal atributo forma parte de la naturaleza del mundo o es mero espejismo, porque la desconozco y excede mis capacidades. En cualquier caso, a donde quiero llegar es a que F* era una auténtica experta en el arte de controlar la dirección de la luz para producir los efectos deseados (por ella, claro).

La conocí a través de un amigo. Yo andaba por los cincuenta y le sacaba unos diez años, pero esto último era irrelevante, porque su *estar en el mundo* parecía obviar su edad o cualquier otra contingencia semejante. Tanto la edad como la estatura, o el tamaño y forma de sus pechos constituían en ella unos atributos anodinos y banales, que palidecían y quedaban reducidos a nada ante tan abrumadora ausencia de belleza (léase, fealdad): lo de menos era si tenía la uña del dedo gordo del pie retorcida o las orejas grandes.

Ocurrió durante el descanso de un concierto celebrado en el auditorio Suntory al que había acudido. Me encontré en el vestíbulo con un viejo conocido que tomaba vino con una mujer que resultó ser F*. El plato fuerte del programa lo constituía una sinfonía de Mahler (no recuerdo cuál en concreto), pero durante la primera mitad nos habíamos deleitado con la música de Prokófiev para el ballet *Romeo y Julieta*. Mi amigo nos presentó y, enseguida, copa de vino en mano, nos entregamos los tres a una animada conversación acerca de las delicias de Prokófiev. Por lo visto, ella y él también acababan de conocerse allí mismo, lo cual significaba que todos habíamos acudido al auditorio por nuestra cuenta, y ello sirvió para que aumentara la camaradería entre nosotros (cierta solidaridad siempre se despliega entre quienes no tienen a nadie con quien acudir a tal tipo de evento).

El primer pensamiento que cruzó mi mente en cuanto la tuve delante fue, como no podía haber sido de otra manera, sobre su fealdad, pero no tardé en avergonzarme de ello al verla sonreír y charlar con el radiante y majestuoso desparpajo con que lo hacía. No sé si va a entendérseme lo que voy a tratar de explicar a continuación, pero aquella extraordinaria fealdad de su rostro se me presentó con tal naturalidad que bastaron unos minutos para que desapareciera de mi vista como por arte de magia. Se desenvolvía de manera asombrosa en la conversación y su trato era de lo más agradable; su agilidad mental saltaba a la vista y pasaba de un tema a otro con soltura y fluidez. Por si fuera poco, tenía

buen gusto para la música. Se escuchó, por fin, el aviso de comienzo de la segunda parte y nos separamos. «Sería una mujer irresistible», fue lo primero que pensé, «si fuera guapa. ¿Qué digo? Con que fuera un poco menos fea bastaría.» No caí entonces en la cuenta de lo ingenua y superficial que era aquella idea. Transcurriría un tiempo antes de que me diera de bruces con la realidad y saliera escarmentado. Aquel primer día no comprendí que su asombrosa fuerza de atracción le debía casi todo a su extraordinaria fealdad; que su singular energía e irresistible magnetismo surgían precisamente del enorme desnivel existente, como dos polos opuestos, entre el exquisito refinamiento de que hacía gala y la fealdad patente en su porte. Ella era del todo consciente de aquella energía que desencadenaba y sabía regularla y manejarla a su antojo.

Ahora bien, ofrecer una descripción fehaciente de su rostro, de su ausencia de belleza, de su fealdad vehemente, con un mínimo de concreción objetiva, queda más allá de mi alcance. Y, de todos modos, aunque dedicara unas líneas a describirlo pacientemente, con precisión y todo lujo de detalles, no lograría transmitirle al lector la singular esencia encerrada en sus rasgos. Lo único que puedo aseverar con plena confianza en lo que estoy diciendo es que no había en su rostro una sola parte en balde, es decir, que no cumpliera su particular función dentro del conjunto; nada que desentonara con el resto, nada cuyo arreglo o reparación, por leves que fueran, pudiera poner algún tipo de solución al irreparable esperpento. En ese sentido, no se observaba falla alguna en cada una de las partes, tomadas por separado. Todos, *absolutamente todos y cada uno* de sus rasgos aportaban su granito de arena al indecible conglomerado y contribuían a crear aquel monumento a la fealdad, erigido con la majestuosidad de *El nacimiento de Venus,* de Botticelli (que, por cierto, resulta una metáfora poco ocurrente, pero no acierto a expresarlo con mayor claridad). Lo que asumo es la imposibilidad de expresarlo mediante la lógica del lenguaje y sus limitaciones. Además, incluso si encontrase un hipotético modo de hacerlo, creo que estaría desprovisto y vacío de sentido, estéril de significado. En último

término, el lector se vería obligado a aceptar sin condiciones lo que trato de decirle, o a rechazarlo sin más opciones intermedias, como en una guerra en la que ambos bandos acordaran de antemano no tomar prisioneros.

Así como al comienzo de la novela *Anna Karénina,* de Tolstói, se arguye que las familias felices son más o menos iguales mientras que las infelices lo son cada una a su manera; así del rostro de las mujeres también se puede argumentar que los bellos y hermosos (tómeseme esto como una opinión meramente personal) entran todos en el mismo saco. Imaginemos que todas ellas llevaran sobre los hombros un precioso monito de magnífico y exuberante pelaje dorado. Pese a que podrían señalarse diferencias de matiz cromático y en el pelo entre un mono y otro, su refulgente belleza deslumbraría nuestra apreciación y haría palidecer dichas diferencias, haciéndolas apenas perceptibles.

Por otro lado, los desgreñados y astrosos monos apostados sobre los hombros de las feas mostrarían diversos grados de miseria, inmundicia y desaliño, con el pelaje más o menos ralo, más o menos lacio, según el caso. Es decir, encontraríamos entre unos y otros un extenso abanico de variación objetiva en la precariedad. Su pelaje no resplandecería y, por tanto, no nos deslumbraría, de manera que no tendría capacidad para cegarnos a las diferencias.

A lo señalado en las líneas precedentes habría que sumar el hecho notorio y manifiesto de que el monito en cuestión que F* llevara sobre sus hombros no sería un vulgar mono zarrapastroso, común y corriente, sino uno que tendría la facultad de mudar a su antojo tanto las demacradas tonalidades de su pelo como las disonantes hechuras de su rostro. La impresión que uno recibiese de dicho mono dependería en gran medida del ángulo de observación, de los fenómenos meteorológicos del día o de la dirección del viento, o, incluso, de la hora. Trataré de exponerlo de otro modo: era como si los diversos elementos que componían su fealdad hubieran escuchado una llamada solemne que los conminara a agruparse y, después de sufrir un proceso de condensación espontánea, rematado por una cristalización final,

hubiese surgido de ellos aquel rostro sin par. El susodicho mono andrajoso se aferraba con fuerza a los hombros de ella, sereno y confiado, tan imbricados ambos entre sí como eslabones de una cadena causal; causa y efecto el uno del otro, conectados en sucesión infinita hasta los orígenes del universo mismo.

Fue con motivo de nuestro segundo encuentro cuando comenzó a calar en mí lo descomunal e inefable de su fealdad, el rotundo exceso acumulado en su rostro era de tal magnitud que asimilarlo no solo me requirió cierto tiempo, sino que también puso a prueba mi sensibilidad, intuición, competencia filosófica, discernimiento lógico y experiencia vital. Era excepcional hasta el punto de que he de reconocer que empecé a sentir cómo se encendía en mí una tenue llama de orgullo cuando me encontraba junto a ella, ya que su compañía resaltaba, por decirlo de algún modo, la conciencia que yo guardaba de mis propias aptitudes, arriba mencionadas: intuitivas, filosóficas, lógicas y vitales.

El lugar donde me encontré con ella por segunda vez fue, de nuevo, una sala de conciertos, no de la monumentalidad del auditorio Suntory, pero con la categoría suficiente para recibir a una de las más importantes violinistas del mundo, que interpretó dos de las sonatas pertenecientes al repertorio por el que era venerada entre los amantes de la música. Aquella noche, sin embargo, defraudó a su expectante público con una interpretación ramplona e insulsa, cosa que apenas logró compensar con los dos temas de Fritz Kreisler que tocó tras los aplausos, en los bises.

Después del concierto y ya en la calle, me encontraba esperando un taxi cuando oí que me llamaban a mi espalda. Iba acompañada de una amiga, una belleza de cuerpo menudo y figura esbelta. Me di cuenta de lo considerablemente alta que era F*. A duras penas le sacaba yo algún centímetro.

—¿Qué te parece si caminamos un poco hasta un local que conozco por aquí y nos tomamos algo? —propuso F*—. No queda muy lejos y no nos vendría nada mal un vinito, ¿no crees?

Estuve de acuerdo. Era aún temprano para volver a casa y deseaba quitarme de encima el regusto amargo de aquella interpretación musical tan decepcionante. Me apetecía charlar con alguien de música mientras disfrutaba de una o dos copas de vino. Llegamos los tres a una acogedora taberna escondida en una calle secundaria y pedimos tres vinos y algo para picar. No habían transcurrido más que unos minutos cuando la amiga de F* recibió una llamada telefónica y se excusó para ausentarse. Un familiar le informaba de que el gato de casa había enfermado, lo cual la obligaba a abandonar de inmediato aquella agradable velada y dejarnos a los dos solos. No me importó. F* había empezado a despertar en mí un sincero interés, de manera que no me importaba en absoluto quedarme a solas con ella. Aquella noche corroboré su buen gusto en el vestir, llevaba un hermoso vestido azul de seda de primera calidad, maravillosamente conjuntado con unas joyas de exquisita selección. El resultado era de una fascinante simplicidad. Reparé entonces en un pequeño detalle en su dedo anular: llevaba una alianza de casada.

Parloteamos largo y tendido acerca del concierto de aquella noche y a ambos nos dio la impresión de que la famosa violinista había ofrecido una interpretación bastante mediocre y elucubramos diversas explicaciones para ello, como que quizás se encontrara físicamente indispuesta, le dolieran las articulaciones de los dedos o la habitación del hotel no hubiera resultado de su gusto. Fuera cual fuese la razón, la idea de que debía de haber sufrido algún tipo de problema parecía plausible. No se trataba de un hecho infrecuente, pese a que quizás solo quienes frecuentaban las salas de conciertos fueran capaces de percibir semejantes sutilezas.

Dejamos en paz a la intérprete de violín y pasamos a hablar sobre nuestros gustos musicales, coincidiendo de nuevo en nuestra querencia por la música escrita para piano y nuestra afición por la ópera, la música sinfónica y la de cámara. Sin embargo, las primeras, las piezas compuestas exclusivamente para piano, eran las que a ambos más nos gustaban y, cosa curiosa, entre estas también preferíamos las mismas. Por otro lado, estábamos también

de acuerdo en no aupar la música para piano de Chopin a los primeros puestos de nuestra lista particular; o, si tal aseveración sonaba pretenciosa en exceso, al menos podíamos garantizar que Chopin y sus obras para piano no conformaban el selecto grupo de piezas que nos agradaría escuchar recién levantados, para comenzar la jornada. Tampoco podíamos negar el encanto y la belleza indiscutibles de las sonatas para piano de Mozart, pero, para expresarlo llanamente y en pocas palabras, estábamos saturados de ellas. En cuanto a Bach, los preludios y fugas de sus dos libros de *El clave bien temperado* tenían una calidad indiscutible, pero a ambos nos resultaba difícil encontrarnos en la disposición de ánimo adecuada para su disfrute (Bach le exige a uno que se vuelque y concentre por completo en la música, sin medias tintas que valgan). Beethoven estaba muy bien, por supuesto, pero afectaba en ocasiones de excesiva y ceñuda severidad, y nos parecía que ya no tenía nada nuevo que descubrirnos y ofrecernos. En cuanto a las piezas para piano de Brahms, si bien merecían indefectiblemente toda nuestra admiración cada vez que las escuchábamos, eso solo era posible cuando sucedía de manera ocasional y esporádica. En caso contrario, empalagaban y llegaban a resultar tediosas. Con respecto a las exóticas sonoridades de Debussy y Ravel, estábamos de acuerdo en que solo en momentos y situaciones muy específicos, y pocas veces al alcance de la mano, conseguía uno adentrarse en profundidad en ellas.

Finalmente, las únicas obras para piano que pasaron el tupido tamiz de nuestra crítica fueron un puñado de sonatas de Schubert y el conjunto de la obra pianística de Schumann. Quisimos llegar más lejos y nos preguntamos con qué única pieza musical de entre todas las de ambos compositores nos quedaríamos.

—¿Solo una?

—Eso es. Una y nada más —confirmó F*—. ¿Qué única pieza de Schubert o Schumann te llevarías a una isla desierta?

—Así, de repente... —Dar con una respuesta razonable requería su tiempo. Tras sesudas consideraciones me atreví a seleccionar una pieza—: *Carnaval*, de Schumann.

F* entornó los ojos y me observó con fijeza durante largo rato, entonces puso ambas manos sobre la mesa, entrelazó los dedos e hizo chascar sus articulaciones. Los dedos sonaron con diez secos y penetrantes crujidos, tan sonoros —ni siquiera un fornido varón se las habría arreglado para hacer chascar los dedos a semejante volumen— que los ocupantes de las mesas colindantes se giraron con sorpresa hacia nosotros, atraídos por el ruido, creyendo tal vez que alguien partía una barra de pan duro sobre las rodillas. Tiempo después reparé en que aquel gesto suyo no había sido un mero resorte ocasional y espontáneo, pura reacción puntual a los estímulos de la conversación, sino una acción manida y recurrente que ejecutaba a menudo como parte de su repertorio de hábitos y manías, señalando así la incontenible sacudida de entusiasmo y excitación que debía de recorrerla en tales instantes. Pero, puesto que entonces todavía no lo sabía —y considerando la agresividad de dicho gesto—, supuse que no se había tomado a bien mi respuesta y que, para ella, *Carnaval* se encontraba en las antípodas del primer puesto entre las piezas para piano de Schubert y Schumann. Sin embargo, no por ello iba yo a retractarme. *Carnaval* ocupaba desde hacía mucho tiempo una posición privilegiada en mi acervo musical, de manera que la irritabilidad de mi compañera de charla y los vinos no iban a bastar para modificar mi opinión o hacerme decir algo que no suscribiera con plena honestidad.

—Dame, entonces —intervino ella—, una razón por la que, de entre todo el repertorio pianístico de Schumann y de entre todas nuestras sonatas de piano favoritas de Schubert, o sea, de entre lo más selecto de toda la música universal compuesta para piano, habría de ser precisamente *Carnaval*, de Schumann, y no otra, la pieza que elegirías para llevarte a una isla desierta.

Su fino y largo dedo índice se había erguido, solícito, al decir aquello, al tiempo que fruncía su ceño en un grave y contrahecho rictus.

Desde luego, no iba a resultarme sencillo ofrecer una explicación sólida de dónde residían las virtudes y encantos que, en mi opinión, poseía una obra como *Carnaval*, con su chispeante y caleidoscópica belleza multicolor, elevada en salto brioso sobre las rígidas estrecheces del intelecto humano, desafiando su lógica y superando con creces filigranas como las de las *Variaciones Goldberg* de Bach, o cabriolas como las de *El clave bien temperado*, y cerniéndose por encima del portentoso brillo de las últimas sonatas de Beethoven y del heroico, a la par que delicado, encanto de su *Concierto para piano y orquesta n.º 3*. Yo mismo me pregunté cómo era posible colocar aquella humilde pieza de Schumann por delante de tan gloriosos e insignes exponentes de la historia de la música.

Un denso y quieto silencio se había instalado entre nosotros, llegando a calar hasta que, por fin, como si verificase el estado de salud de sus manos, F* se envolvió uno de sus puños bajo la palma y los dedos de la otra mano, y, tras repetir la misma acción varias veces, con una y otra mano consecutivamente, dijo:

—Admiro la exquisitez de tu gusto y la valentía por semejante elección, a la que me adhiero ciegamente. También yo me quedo con *Carnaval*, de Schumann.

—¿En serio?

—Sin dudarlo. Siempre he sentido una especial predilección por *Carnaval*. Y no me canso de escucharlo, ni hasta la saciedad, cosa rara.

Durante un buen rato continuamos desgranando opiniones y reflexiones acerca de *Carnaval* mientras alzábamos sendas copas rebosantes de vino y trasegábamos una botella entera de pinot noir que habíamos acabado pidiendo, llevados por la emoción. Y así fue como surgió nuestra amistad; una amistad de *Carnaval*, si me apura el lector, que no se prolongaría más allá de medio año.

Constituimos sin duda una especie de asociación de amigos de *Carnaval,* cuyos dos únicos miembros fundadores, F y yo, debíamos

arreglárnoslas para organizar las sesiones plenarias, a falta de ninguna otra persona que compartiera con nosotros el desbordado amor por esa pieza musical que a ambos nos caracterizaba.

Las sesiones consistían en escuchar, ya fuera en disco compacto o en vinilo, tantas versiones e interpretaciones de *Carnaval* como cayeran en nuestras manos. Y no solo eso: bastaba con que nos llegara la noticia de que tal o cual intérprete de piano tocaba *Carnaval* dentro del programa de determinado evento o concierto para que, ni cortos ni perezosos, acudiéramos raudos allá. Si me atengo a las notas que, con tan dedicado esmero y detalle, tomé en aquella época acerca de cada una de las interpretaciones que escuchamos, fueron un total de cuarenta y dos grabaciones, entre vinilos y discos compactos, y tres conciertos a los que asistimos juntos. En animada charla y deleitosa conversación, intercambiábamos opiniones, dictámenes y pareceres tras cada audición y, por supuesto, emitíamos nuestro veredicto. Nos sorprendió, en primer lugar, el considerable número de pianistas que habían dejado grabado *Carnaval* para la posteridad. Pese a ello, no obstante, descubrimos que apenas se contaban con los dedos de la mano las versiones que realmente merecían la pena.

La pulcritud y perfección técnica en la interpretación no eran desde luego garantía de éxito a la hora de captar la esencia de la pieza. A menudo, el intérprete no lograba poner la pericia técnica al servicio de la musicalidad, dejando tristemente reducidos muchos de sus fragmentos a desgreñados e inexpresivos ejercicios de flexibilidad dactilar, diluidos el encanto y la magia en manojos de notas enredadas. Eso sí, había que reconocer que se trataba de una obra de gran dificultad expresiva, no al alcance de cualquiera. Me abstendré de dar nombres, pero era palmario y patente el desacierto que pianistas de gran talla y prestigio internacional tenían al tratar de abordar *Carnaval* sin haber entendido al parecer dónde residía su gracia esencial; y no eran pocos tampoco entre los de primerísima línea los que habían decidido guardar respetuosamente las distancias y mantenerse alejados de la obra, dejándosela a otros. La ostensible complacencia y reverencia de Vladimir Horowitz por la música de Schumann no fue suficiente

para eclipsar su deferencia y respeto por *Carnaval*, pieza de la cual no llegó a dejar para la posteridad legado alguno en formato fonográfico. Lo mismo puede afirmarse de Sviatoslav Richter. Y me atrevería a aseverar que yo no era la única persona del mundo que ansiaba llegar a escuchar algún día a Martha Argerich tocando *Carnaval*.

Permítaseme hacer una pequeña acotación que nos permita comprender mejor al hombre y su obra: entre los coetáneos de Schumann apenas había nadie que diera, como quien dice, dos duros por su obra. Con ello me refiero a que casi no se entendió la sublime calidad de esta, y más bien se tendió a considerarlo un autor del montón, un compositor mediocre de obras de índole menor, desdeñado por Mendelssohn y Chopin, entre tantas otras cúspides de la élite musical. Incluso Clara Schumann, su propia esposa y una de las más relevantes figuras pianísticas de la época, amén de abnegada difusora de la obra de su marido, tras cuya muerte ella continuó interpretando con indefectible denuedo, se lamentaba de aquella obcecada dedicación de su marido a piezas supuestamente de poca enjundia y carentes de ambición, y habría deseado que él se aventurase en la creación de óperas y sinfonías de legítima condición y envergadura, acordes con su talento. Lo cierto es que Schumann nunca sintió predilección por géneros tradicionalmente asentados como la sonata, y casi todas sus incursiones en formas clásicas acabaron dando como resultado deshilvanadas y caprichosas fantasías. De modo que se alejó de las pautas de la época y puso su esfuerzo en crear una nueva musicalidad de índole romántica que sus contemporáneos recibieron con recelo: se les antojaba magra, falta de enjundia y, sobre todo, excéntrica. En verdad, era excéntrica, pero también valiente e innovadora. Visto con retrospectiva, hay en ella un vigoroso motor impulsor del Romanticismo, que dominaría la escena musical a lo largo de las décadas venideras.

Volviendo a nosotros, el siguiente medio año lo dedicamos a reunirnos, siempre que disponíamos ambos de tiempo libre, para escuchar tan ferviente como fervorosamente todas aquellas versiones de *Carnaval* que tan a conciencia íbamos atesorando. De forma ocasional, Mozart o Brahms, entre otros, aligeraban nuestras empecinadas porfías sobre Schumann, pero nunca obviábamos la escucha de alguna interpretación de *Carnaval* y el subsiguiente debate alrededor de ella. Yo era quien se encargaba de tomar nota y hacer compendio de las respectivas opiniones de ambos. Aunque nos reunimos en mi casa varias veces, fue sobre todo en la suya donde organizábamos las sesiones, creo que, sobre todo, porque se hallaba en un área más céntrica que la mía. El veredicto emitido por ella, tras meticulosa escucha de todas y cada una de las cuarenta y dos grabaciones de *Carnaval* con que nos hicimos, fue que Arturo Benedetti Michelangeli, en su interpretación publicada por Angel Records, era quien mejor había captado la esencia de la pieza, mientras que el mío se decantó por Arthur Rubinstein, en su ejecución para RCA. Terminamos calificando cada versión y configurando, así, toda una lista personal de la mejor a la peor, cosa que espero que el lector no interprete como pura banalidad: lo hacíamos conscientes de que no era más que un juego simplón, un mero acto de divertimento con que dar rienda suelta a la pasión que compartíamos por aquella música extraordinaria.

Verme con tanta frecuencia con una mujer diez años más joven debería haber levantado sospechas como mínimo, y, por qué no, monumentales enfados, en mi esposa. Al menos, en teoría. Pero no fue así. A ella le traían sin cuidado nuestras reuniones. Estando, como estaba, al corriente de la superlativa fealdad de su rostro, el hecho de que nuestra amistad pudiera albergar o llegar a desarrollar cierto componente sexual era una posibilidad difícil de concebir (en fin, alguna ventaja habría de tener la fiera y particular fisonomía de mi compañera de gustos musicales), y lo más osado que llegaba a cruzársele por la cabeza eran inofensivos pensamientos del tipo: «Vaya dos melómanos pirados se han

juntado». La música clásica no era objeto de su devoción, desde luego, y los esporádicos conciertos a los que acudía solían producirle un candoroso sopor mal disimulado. Se permitía el lujo de referirse a ella como *tu querida,* e incluso, a veces —no sin una considerable dosis de ironía—, como *tu queridísima querida*.

Nunca coincidí con su marido (supe, al menos, que no tenían hijos); no sé si por simple y llana casualidad o porque ella elegía adrede los momentos de ausencia de él para llamarme, o porque simplemente él paraba muy poco por casa. De hecho, llegué a dudar de su existencia. Ella no lo mencionó ni una sola vez y, que yo recuerde, no observé signos de presencia masculina en su hogar. En realidad, se refirió a él una única vez: para anunciar su estado civil, refrendado por aquel destellante anillo dorado que ostentaba en el dedo anular de su mano izquierda.

Tampoco hubo ocasión para que despegara la boca y hablara de su pasado. No me contó ni dónde había nacido, ni en qué tipo de hogar había crecido, en qué escuela se había graduado o qué trabajo tenía. Las pocas veces que le pregunté acerca de algún asunto personal, me dio respuestas ambiguas, cuando no se limitó a eludir el tema con una muda sonrisa. Sí me pareció percibir, habida cuenta del nivel de vida que llevaba, que la suya debía de ser una profesión cualificada y no un puesto ramplón de empleada rasa. Conducía un BMW completamente nuevo y vivía en un cómodo y elegante apartamento situado en las inmediaciones del exclusivo barrio de Daikanyama, provisto de tres dormitorios, salón y sala de estar, y con todo un flamante equipo de audio de alta definición consistente en un reproductor de cedés con amplificación Accuphase Premium último modelo y enormes altavoces inteligentes de la casa Linn. Siempre vestía de manera coqueta, cómoda y sencilla. Yo no estaba especialmente versado en moda de mujer, pero tampoco me hacía falta saber mucho para darme cuenta de que se trataba de ropa cara y de buena calidad.

Me fascinaba su elocuencia. Ella no solo podía presumir de un oído musical admirablemente fino, sino que, además, encontraba siempre enseguida las palabras justas para expresar con precisión los sentimientos que la música le evocaba. Poseía una profunda

capacidad de reflexión sobre la música, a la par que amplios conocimientos de un gran abanico de géneros; pero jamás abordaba ni hablaba de nada más allá de las fronteras de lo musical, y su mundo privado quedaba, por tanto, envuelto en un denso halo de misterio. Aquello de lo que no se tenía intención de hablar era mejor callárselo, debía de pensar de manera tautológica.

Cierto día, me dijo lo siguiente acerca de Schumann:

—Schumann, al igual que Schubert, tuvo que soportar largas convalecencias en sus años de juventud debido a una terrible sífilis, enfermedad cuyo padecimiento fue también deteriorando poco a poco su salud mental. Para más inri, en ocasiones presentaba una tendencia sintomática a la esquizofrenia y sufría de persistentes alucinaciones auditivas y temblores físicos. Creía a pies juntillas en la existencia de espíritus malignos y llegó a estar convencido de que estos lo asediaban y perseguían. Vivía inmerso en una pesadilla sin fin que lo empujó a intentar suicidarse arrojándose al Rin. Sus fantasmas interiores y la realidad exterior se mezclaban en su mente, incapaz de discernir los unos de la otra. *Carnaval* pertenece a su primer periodo como compositor y los fantasmas todavía no se han asomado a su vida. Como su título indica, describe un día de carnaval, repleto de festejos, máscaras y disfraces. Pero la alegría de los festejos es poco más que mera apariencia. En efecto, la música va dejando caer, aquí y allá, indicios de lo que se esconde bajo la superficie, de espíritus diabólicos que van tomando forma y empiezan a poblar con sigilo su vida interior, todavía ocultos bajo divertidas máscaras carnavalescas. Pero el viento de principios de primavera porta nefastos augurios de infortunio mientras todos los participantes son convidados a carne chorreante de sangre. La carne. El carnaval. Todo esto se encuentra en la pieza de Schumann.

—De modo que —intervine— el intérprete de *Carnaval* se encuentra en la tesitura de tener que representar musicalmente tanto la máscara o capa superficial como aquello que permanece oculto bajo esta, es decir, el rostro. ¿O me equivoco?

—En efecto, en ese punto está la clave —concedió ella—. El secreto de toda buena interpretación de *Carnaval* se encuentra en

saber mostrar y expresar dicha dualidad, y quien no sepa hacerlo fracasa. Los festejos y el divertimento recorren toda la pieza, pero creo no equivocarme al afirmar que, en lo más profundo de esta, palpitan fuerzas malignas, al acecho bajo las sombras, husmeando ya el jolgorio prometedor de la superficie. —Hizo una prolongada pausa antes de continuar—: También todos nosotros, absolutamente todos, llevamos puesta una careta, porque, en mayor o menor medida, la necesitamos para vivir. Quedaríamos expuestos a la intemperie de este mundo despiadado si no nos ocultásemos, en parte al menos, bajo el escudo protector de una máscara. Hay ángeles bajo máscaras demoniacas y hay demonios bajo máscaras angelicales, y resulta imposible distinguirlos. Tal es nuestra condición y así se manifiesta en la fiesta de carnaval. Schumann, por su parte, podía asomarse bajo la capa superficial de la psique humana y contemplar sus diferentes rostros, poseía el don de ver tanto la máscara como el rostro guarecido bajo esta al mismo tiempo. ¿Por qué?, te preguntarás. Muy sencillo: porque su maltrecho espíritu estaba escindido por la esquizofrenia; porque *habitaba en el resquicio entre la máscara y el rostro.*

Tal vez fuera aquel su particular modo de decirme que tenía un rostro hermoso bajo aquella magnífica máscara de fealdad o, ¿quién sabe?, que bajo su fachada de gentil hermosura se escondía un ser diabólico. Desde luego, tuve la impresión de que, al hablar de Schumann, lo que verdaderamente estaba haciendo era referirse a sí misma.

—Es posible que haya quien ya no consiga desprenderse nunca de su máscara, ¿verdad? —opiné.

—Muy posible —refrendó con voz queda. Una leve sonrisa se dibujó en sus labios antes de añadir—: Pero, aunque así fuera, debajo permanecería su otro rostro. Nada cambiaría, por tanto.

—Sin embargo, a nadie se le presentaría la oportunidad de adivinar la forma de su rostro oculto —advertí.

Ella rebatió con un movimiento de cabeza y dijo:

—Creo que te equivocas. Siempre habrá alguien que sí sepa verlo.

—Por ejemplo, Schumann, ¿no? No obstante, fíjate en cómo terminó. Su vida no fue precisamente un camino de rosas. Entre la sífilis, la esquizofrenia y las alucinaciones de demonios...

—¿Y qué me dices de su música? ¿Cuánta gente hay capaz de dejar a la humanidad una herencia musical como la suya? —arguyó e hizo crujir una a una las articulaciones de sus dedos, produciendo unos ruidos tremendos—. Y ello debemos agradecérselo a la sífilis, a la esquizofrenia y a todos sus demonios. La felicidad es un concepto sumamente relativo.

—Puede que así sea... —medité.

—Vladimir Horowitz grabó en cierta ocasión, para la radio, la sonata en *fa* menor de Schumann. ¿Conoces la historia?

—Nunca la he oído —admití. Pero sabía que aquella sonata en *fa* menor, la número tres, exigía un considerable esfuerzo al intérprete, así como al oyente.

—Al escuchar su propia interpretación en la radio, Horowitz se llevó las manos a la cabeza y, abatido, renegó de ella, considerándola de pésima calidad.

Agitó con un suave vaivén la copa de vino tinto, llena hasta la mitad, y contempló durante unos instantes la bamboleante oscilación del líquido. Entonces dijo:

—Las palabras que pronunció Horowitz fueron, más o menos, las siguientes: «Schumann estaba mal de la cabeza y, con una interpretación como la mía, yo he hecho que toda su locura fuera en balde». ¿No te parece lo mejor y más inteligente que puede decirse en tal situación?

—Sin duda, es una expresión muy acertada —coincidí.

A pesar del aura de encantamiento con que F* se me aparecía, nunca consideré la posibilidad de hacer avances de naturaleza sexual en nuestra relación. Hasta cierto punto, mi esposa estaba en lo correcto. Pero solo hasta cierto punto, porque el motivo por el

que no sentía deseo sexual hacia ella no se fundaba en su fealdad. Ni mucho menos. Es más, su fealdad no habría supuesto, al menos para mí, inconveniente alguno a la hora de acostarnos. ¿Por qué iba a suponerlo? Si no me acosté con ella (y si ni siquiera se me pasó por la cabeza hacerlo) fue por miedo. Ni más ni menos. La mera idea de ver aquello que ella ocultaba, de levantar el velo y descubrir ante mis ojos lo que escondía bajo su máscara, ¿un demonio o un ángel?, me aterraba.

Desde comienzos de octubre dejé de recibir llamadas de F* por un tiempo. Me había hecho con dos discos compactos bastante interesantes de *Carnaval* y anhelaba compartir con ella la experiencia de escucharlos. Telefoneé en repetidas ocasiones a su casa, pero nadie respondió a mis llamadas. Asimismo, le envié varios mensajes. No me contestó. Octubre quedó atrás y la llegada de noviembre dotó de nuevos bríos al otoño, obligándonos a desempolvar los abrigos. Desde que la conocí, aquel era el intervalo de tiempo más prolongado que pasamos sin vernos ni tener noticias uno del otro. Supuse que se encontraba de viaje o algo delicada de salud.

Fue mi mujer quien reparó en F* cuando su imagen apareció en los informativos de la televisión, mientras yo me encontraba sentado frente al escritorio del estudio de casa, absorto en mi trabajo.

—No tengo ni idea de qué habrá ocurrido —alzó la voz mi esposa—, pero *tu querida* acaba de salir en las noticias de la tele.

Ahora que caigo en la cuenta, mi esposa nunca utilizó el nombre de pila de F* para referirse a ella. En sus labios, F* siempre fue *mi querida*. Me apresuré hasta la sala de estar, pero cuando me situé frente al televisor, ya habían pasado a la siguiente noticia y el presentador se congratulaba del nacimiento de un cachorro de oso panda en determinado zoo.

Me mantuve pendiente de la llegada del siguiente informativo y, en efecto, comenzado el del mediodía y mientras daban la cuarta

noticia, la imagen de ella ocupó una buena parte de la pantalla. Acompañada por dos agentes de la policía, salía por la puerta principal de lo que parecía una comisaría y, tras bajar un tramo de escaleras, era introducida en un furgón negro. Las cámaras de televisión, fehacientes testigos de aquel breve trayecto recorrido desde la comisaría hasta el vehículo policial, no dejaron lugar a dudas: se trataba de F*. Su inconfundible rostro dejaba plena constancia de ello. Llevaba puesto un abrigo negro y caminaba con las manos unidas hacia delante a modo de plegaria, flanqueada por dos agentes que le sujetaban los brazos con firmeza. Pese a todo, mantenía la mirada al frente, la boca indolente, como si nada extraordinario estuviera aconteciendo, y el gesto impávido, mudo e inexpresivo. Podría decirse que era la mirada de un besugo. Aparte del pelo, algo desgreñado, era la misma de siempre. Mantenía la planta y la presencia con dignidad. Había, sin embargo, un casi imperceptible detalle en aquel rostro proyectado en la pantalla del televisor que la diferenciaba de la F* que yo conocía: una sucinta merma de la vitalidad y la frescura de las que solía hacer gala. Quizás había decidido esconderlas bajo la máscara. La presentadora del informativo pronunció el nombre y el apellido de F* y proclamó el motivo de la detención: colaboración en una trama empresarial fraudulenta a gran escala. Según la noticia, el cabecilla de la trama no era otro que su propio marido, y la presentadora dio paso, entonces, a las imágenes de su detención, ejecutada unos días antes que la de F*. Me quedé perplejo, sin palabras. Aquella era la primera vez que lo veía a él y me dejó absolutamente estupefacto comprobar que se trataba de un hombre apuesto y de buen porte; todo un galán a la altura de cualquier modelo fotográfico de moda. Y no solo eso. Reparé en el dato de su edad y resultó ser seis años más joven que su mujer.

No consideré el hecho de que F* estuviera casada con un hombre extraordinariamente guapo y más joven motivo de especial estupefacción y desconcierto. Al fin y al cabo, tampoco era tan inusual encontrarse con matrimonios cuyos miembros no parecen encajar del todo el uno con el otro y, es más, conozco a varios así entre mi círculo de amistades. Sin embargo, la cuestión no era esa.

El problema era que no terminaba de concebir que hubieran podido llevar una tranquila vida matrimonial bajo el techo de aquella acogedora y adecentada casa de Daikanyama: algo se revolvía en mi interior al tratar de imaginarlo. Muchos de los espectadores de la noticia habrían recibido con un profundo sobresalto aquella insalvable brecha estética que se abría entre sus dos protagonistas, la monumental belleza de él y la inefable fealdad de ella, pero lo que yo experimenté fue un desasosiego de naturaleza mucho más sutil. Sentí que un escalofrío me recorría la piel en forma de desagradable escozor e intuí que había algo que no terminaba de funcionar, cierto asunto malsano que me produjo el mismo tipo de indefensión e impotencia que uno experimenta cuando se da cuenta de que ha sido víctima de una estafa.

Ambos estaban implicados en un delito de estafa en operaciones de inversión de activos, según informó el noticiario, y habían actuado bajo el nombre de una empresa de servicios de inversión que, al parecer, habían constituido. Con la promesa de sustanciosos rendimientos, el matrimonio lanzaba el anzuelo y captaba clientes, personas llanas y corrientes en su mayoría, que les entregaban dinero a manos llenas. En vez de invertir según lo prometido, se gastaban el dinero en caprichos y en pagar gastos ocasionados por la propia actividad fraudulenta. Evidentemente, proceder de manera tan chapucera y agresiva estaba condenado al fracaso más estrepitoso, y antes o después la red delictiva habría de caer en manos de la justicia.

¿Por qué una mujer adulta, con la cabeza bien asentada, que amaba y comprendía como nadie la obra de Schumann, se había involucrado o dejado involucrar en un asunto tan turbio y necio? ¿Habría ido enredándose, poco a poco, hasta quedar enfangada en un punto sin retorno? Lo más probable era que todo hubiera sido una consecuencia indeseable del matrimonio con aquel hombre, bajo cuya turbulenta sombra habría sido arrastrada al delito, y quizás sus fantasmas personales, los de ella, se habrían encontrado a sus anchas en semejante situación. En fin, yo no concebía ninguna otra explicación aparte de la influencia nociva del marido.

El montante estafado ascendía a mil millones de yenes y las

víctimas eran personas de edad avanzada, pensionistas en su mayoría, que habían visto esfumarse sus ahorros ante sus propias narices, y allí estaban también ellos, ante las cámaras de televisión, con su angustiosa circunstancia dibujada en el rostro, y sin visos de recuperar el dinero. Me pareció curioso e interesante que un timo tan sobremanera manido e ingenuo mantuviera intacta la misma fuerza de persuasión de antaño. ¿Era, quizás, paradójicamente su simplicidad e ingenuidad lo que cegaba a las víctimas? Tal vez ahí estuviera el truco. Estafadores y víctimas parecían hechos los unos para los otros. Esta era la más simple y llana verdad, pese a los enconados esfuerzos de los comentaristas de televisión por encontrar explicaciones y razones, y personas a las que culpar y responsabilizar.

Apenas finalizada la noticia, mi esposa me preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué vas a hacer al respecto?

—¿Qué quieres que haga? Nada —me apresuré a contestar al tiempo que pulsaba el botón de apagado del mando a distancia.

—Pero... es tu amiga, ¿o no?

—No sé qué decirte. Nos vemos de vez en cuando para escuchar y discutir sobre música. Aparte de eso, no sé nada de ella.

—¿Quieres decir que nunca te habló de sus inversiones?

Negué con la cabeza. F* jamás había sacado conmigo semejante tema ni, por tanto, tratado de enredarme en sus actividades.

—No es que yo haya podido formarme una opinión de ella —reconoció mi esposa—, pero desde luego no me pareció una mala persona. En definitiva, no entiendo cómo es posible...

Quizás tampoco fuese tan difícil de entender. La idea atravesó mi mente como un rayo: F* tenía un inusual poder de atracción, una fuerza que llegaba hasta el corazón de las personas y lo atrapaba; un magnetismo que probablemente residiera en su rostro, el mismo que había despertado mi curiosidad hacia ella. Si sumábamos aquel excepcional magnetismo de ella a la imponente belleza y juventud de su marido, la cosa empezaba a parecer prometedora y, a partir de ahí, uno podía esperar cualquier cosa. Y ahí tal vez residía el problema: una combinación hasta tal grado

irresistible dejaba abierta la puerta a una insana ebriedad que podía hacer caer a cualquiera en sus redes. Ahora bien, no me pregunte el lector cómo dos personas tan aparentemente incompatibles como F* y su marido pudieron haber llegado a formar una pareja, e incluso casarse, porque no lo sé.

Los medios de comunicación volvieron a tratar el asunto durante los días sucesivos, con las mismas imágenes repetidas una y otra vez hasta la saciedad y el empacho. Ella, mirando al frente con los mismos ojos de besugo; él, mirando hacia la cámara, el rostro perfecto y una leve tensión alabeada en la comisura de los labios, al modo en que sonríen mecánicamente los actores acostumbrados a la atención mediática. Le dirigía una sonrisa al mundo, a todos sus admiradores. La suya sí que era una máscara bien lograda.

Apenas una semana después, los medios de comunicación empezaron a considerar el asunto obsoleto. Mientras que la televisión perdió por completo el interés en volver a tratar aquella noticia, los diarios y los semanarios continuaron haciendo esporádicas referencias a ella durante un tiempo hasta que se fueron difuminando y, finalmente, desaparecieron, como agua absorbida por la arena.

F* desapareció de mi vida. No volví a tener noticias de ella ni de su paradero. No sería extraño que hubiera dado con sus huesos en la cárcel, e incluso que se encontrara de vuelta en casa, en libertad bajo fianza. Aunque por más que busqué no hallé crónica alguna que mencionara la celebración de un juicio, supuse, habida cuenta de la gran cantidad de damnificados, que habría debido de celebrarse y que el peso de la ley habría caído sobre ambos en forma de una condena considerable. Sí, a ambos. Las informaciones de la prensa diaria no habían dejado lugar para la duda: F* estaba claramente involucrada en la trama.

Han pasado muchos años desde aquello, pero si me entero de que entre las piezas del programa de un concierto va a interpretarse

Carnaval, me sigue gustando asistir a escucharlo. Y aún hoy, después de tanto tiempo, sigo mirando con entusiasmo y nerviosismo a mi alrededor, desde mi butaca o desde el vestíbulo, durante los descansos, por si la vuelvo a ver acercando con elegancia, quizás, una copa de vino a sus labios.

No ha ocurrido. No he vuelto a verla nunca más. Curiosamente, sin embargo, sigue encendida en mí una temblorosa llama de esperanza: la corazonada de coincidir con ella una vez más en el momento menos pensado, de volver a verla aparecer de improviso entre las sombras de la gente y el frenesí diario.

Asimismo, si me llega la noticia de una nueva grabación de *Carnaval* en cedé, salgo inmediatamente a comprarla y, fiel a la costumbre establecida junto a F*, la puntúo, pese a lo cual he de admitir que ninguna de las numerosas versiones aparecidas a lo largo de todos estos años ha destronado del primer puesto a la vieja interpretación de Arthur Rubinstein. La suya no era una interpretación que, cual vendaval, arrancase a la fuerza las máscaras a sus portadores, obligándoles a desvelar su rostro oculto; era más bien una brisa que se colaba por el intersticio entre la máscara y la piel, y lo recorría con gracilidad y gentileza.

La felicidad es un concepto sumamente relativo. ¿O no?

Pero volvamos atrás y retrotraigámonos a un pasado aún más remoto.

Durante mis años de universitario, recuerdo haber tenido un encuentro con una chica a la que no calificaría de fea, pero a la que, por decirlo de una manera sencilla, no encontré especial atractivo. Un amigo mío que tenía novia se empeñó en buscarme una acompañante para que saliéramos los cuatro una tarde a tomar algo por ahí. Convencieron a una chica de un curso por detrás del mío que se alojaba en la misma residencia universitaria que la novia de mi amigo. Pues bien, salimos y cenamos algo ligero, tras lo cual el grupo se escindió en dos parejas, una formada por mi amigo y su novia, y la otra, obviamente, por aquella chica y yo.

Era uno de esos días próximos al final del otoño.

Paseamos por el parque, entramos en una cafetería y conversamos al calor de sendas tazas de café. Era de estatura menuda, ojos pequeños y aire afable. Su voz clara, gentil y teñida de azoramiento me agradó. Tenía un timbre muy agradable. Me dijo que era miembro del club de tenis de la facultad, deporte cuya afición le venía de familia, por sus padres, a los que siempre había acompañado a jugar desde niña. Qué familia tan sana, pensé. Debía de reinar un ambiente muy saludable también entre padres e hijos. Como es un deporte que apenas he practicado, no supe seguirle la conversación. Yo hubiera podido hablar de jazz, pero ella no sabía nada al respecto, así que tampoco por ahí hubo avances. Por lo que parecía, no iba a resultarnos sencillo encontrar un tema común de conversación. Sin embargo, al menos expresó su deseo de escuchar jazz, así que traté de prepararla para las maravillas de músicos como Miles Davis o Art Pepper; le conté el modo en que empecé a sentirme atraído por dicho estilo y qué veía especialmente interesante en él. Ella me escuchó con paciencia y atención, aunque nada me asegura que siguiera el hilo de todo lo que le expliqué. Después la acompañé hasta la estación y nos despedimos.

Antes de marcharse, me dio el teléfono de la residencia donde se alojaba. Lo apuntó en el margen de una página de su agenda, la dobló con cuidado y arrancó el fragmento con el fin de entregármelo. Nunca la llamé.

Días después, cuando volví a encontrarme con el amigo que había organizado aquel plan para dos parejas, lo primero que hizo fue pedirme disculpas.

—Perdona que te llevara a una chica tan fea como pareja. Mi intención era presentarte a una más guapa que ya había aceptado, pero a última hora se echó atrás. Le surgió algo, por lo visto. Así que no me quedó más remedio que buscar una sustituta rápidamente. Y la chica que al final vino era la única disponible en la residencia. Mi novia también quisiera disculparse contigo. Para la próxima vez que organicemos algo así, te buscaremos mejor compañía.

Después de que mi amigo me pidiera perdón, lo primero que

pensé es que debía llamar a aquella chica. No era, obviamente, una venus, pero tampoco, ni mucho menos, tan fea como aseveraba él. Entre ambos extremos había toda una serie de niveles intermedios y, por si acaso, quería dejarle claro a ella que yo no compartía la opinión de mi amigo, pero debía decírselo sin que se diera cuenta, sin mención explícita del motivo de la llamada, que no era otro sino los injustos comentarios de mi amigo. En definitiva, sentí el deber de posicionarme al respecto. Pero ¿de qué modo podía hacerlo sin provocar un malentendido y herirla? No sería fácil, porque, por un lado, debía evitar que se hiciera ilusiones conmigo —hasta donde puedo recordar, yo no estaba interesado en ella— y, por otro, tenía que conseguir que nos viéramos una vez más para hablar. No sabía cómo habría de expresarme, pero, de manera velada, tendría que arreglármelas para que entendiera que yo no estaba en absoluto de acuerdo con lo que otras personas, como mi amigo y su novia, pensaran o fueran diciendo por ahí de ella.

Sin embargo, no fui capaz de encontrar el pedazo de papel en el que había anotado su número de teléfono. Recordaba haberlo metido en el bolsillo del abrigo, pero quizás lo había tirado, mezclado entre recibos de compras y otros papeles inservibles. Fuera como fuese, no pude llamarla. Podría haberle pedido a mi amigo el número de teléfono de la residencia, pero me disuadió la posible reacción por parte de él.

Lo cierto es que no me había vuelto a acordar de aquello hasta que me puse a escribir acerca de F*. El proceso de evocación de dicha historia y, sobre todo, de los peculiares atributos físicos de F* me retrotrajo a la otra, largamente olvidada.

Yo apenas contaba veinte años, pero lo recordé todo con la misma nitidez que si estuviera viviéndolo una vez más: la laxitud del tiempo y un agradable paseo por el parque, ella —no especialmente agraciada, pero tampoco espantosamente fea— y yo, al abrigo de la dorada luz de aquel sol de poniente de finales de otoño. Después, en la cafetería, le había explicado cómo el sonido del saxo alto de Art Pepper se quebraba ocasionalmente en una genialidad de quejidos que, lejos de enturbiar su música, le proporcionaban un aderezo expresivo de admirable inspiración.

Recuerdo haber utilizado esas mismas palabras, una por una. Luego, aquel fragmento de papel, perdido en un abismo eterno. Un abismo de eternidad, medité, era demasiado tiempo.

Ambas historias habían sido dos gotas de agua en la humilde charca de mi vida, unas leves y anecdóticas bifurcaciones en mi camino, cuya ausencia no habría modificado mi existencia respecto a lo que es hoy día. Así lo creo. Hace poco, sin embargo, como sucede ocasionalmente, aquellos vívidos recuerdos salieron de su lejano y apartado retiro en la cara oculta de la memoria y se hicieron visibles ante mí, y el corazón me latió con el ímpetu de la brisa nocturna de finales de otoño que empuja las hojas caídas y las arremolina, insuflando vida al bosque, que alabea las florecillas silvestres y sacude con fuerza las cancelas cerradas de los hogares.

7
Confesiones de un mono de Shinagawa

Ocurrió hace poco menos de cinco años, entre los ajados y destartalados muros de un viejo albergue ubicado en un pueblucho de aguas termales perdido, donde, por eventualidades de la vida, hice un alto en el camino para pasar la noche, en el transcurso de un viaje por lo ancho y largo de la prefectura de Gunma. En aquel vetusto hospedaje sucedió el inaudito encuentro. Allí conocí al mono de Shinagawa.

Aquel viaje fue una experiencia solitaria y en completa libertad, iba y venía de un lugar a otro a mis anchas, improvisando rutas y destinos, pernoctando aquí o allá donde mis cansados huesos dieran a parar al caer la noche. Aquella tarde de finales de otoño, cuando me apeé del tren en la estación de aquella pequeña localidad conocida por sus balnearios, el sol se había hundido ya tras el contorno de las altas montañas, abandonando el paisaje del valle a la densa penumbra azulada propia de las hondonadas. Eran las siete de la tarde pasadas y el manto de penumbra fue tornándose en una fría oscuridad mientras caminaba por las callejuelas en busca de alojamiento, los huesos se me helaron por la gélida y punzante brisa nocturna que se deslizaba implacable ladera abajo hasta el pueblo, arrastrando consigo hojas que crujían al arremolinarse, grandes como manos secas en tonos ocres.

Después de deambular en vano durante un buen rato, doblando esquinas y dejando atrás callejuelas, y de que me dieran con la puerta en las narices en cinco o seis hostales donde, a esas horas, no quedaba una sola habitación libre, me encaminé hacia las afueras, en busca de lugares menos accesibles, y me interné en lo que parecía un yermo y sombrío arrabal, albergando la esperanza de que me acogieran en alguno de los últimos hostales que por allí quedaban desperdigados. Al final tuve suerte, y no

tardé en toparme con un viejo edificio de estilo tradicional cuyo letrero rezaba: HOSTAL. En cuanto atravesé el umbral de la puerta y puse los pies en el vestíbulo, una humedad rancia de habitáculo mal ventilado colmó mis fosas nasales, y observé una decrepitud ubicua allá donde posara la mirada. La desusada expresión de *vieja posada,* pese a los arcaicos efluvios que emanan de ella, se me antoja más adecuada para referirme a aquel lugar que las comunes denominaciones de *albergue* u *hostal*. Pero que el lector no se lleve a engaños. Nada romántico ni de añeja solemnidad había en el edificio. La suya era una antigüedad exenta de solera, sin dignidad vetusta ni aroma a historia, sin asidero al que el gusto por lo tradicional del visitante refinado pudiera agarrarse. Todo era ramplonamente viejo, estaba vulgarmente destartalado: las puertas encajaban mal y la estructura se mantenía en pie gracias a precarios arreglos, parches y remiendos heterogéneos, carentes de criterio estético que les permitiera mimetizarse con el conjunto. Las vigas y las paredes parecían tan endebles que dudo que hubiesen podido resistir el siguiente terremoto. Recuerdo, de hecho, haber rezado por que no me sorprendiera ninguno bajo su techo aquella noche.

No muy lejos de la entrada, había un austero y diminuto mostrador de recepción tras el cual un anciano se mantenía a la espera de que yo me acercara, para atenderme. Lo primero que hizo fue solicitarme el pago de la estancia por adelantado. Pese a no ofrecer almuerzos ni cenas, el lugar disponía de instalaciones para el disfrute de las aguas termales, punto fuerte de aquellas tierras. El montante total por noche, desayuno incluido, era tan bajo que resultaba casi irrisorio. Más aún que el bajo precio, me llamó la atención el curioso aspecto del anciano, en particular su completa alopecia, sin rastro de vello ni pelo en las cejas. Accedí con buena disposición a sus deseos de pagar por adelantado mientras apreciaba el brillo intenso de sus grandes ojos al mirarme, efecto subrayado, tal vez, por la ausencia de cejas. Reparé también en un enorme gato pardo que dormitaba profunda y plácidamente, recostado sobre un mullido cojín, a escasa distancia del anciano recepcionista. Tan senil como este, respiraba con sonora y pesada

aspereza, causada tal vez por alguna obstrucción nasal, que agitaba y enturbiaba de vez en cuando la repetitiva cadencia de inhalación y exhalación. No cabía duda: vetustez y decrepitud estaban firmemente instaladas en aquel lugar. Todo allí, pensé, participaba de ellas.

La estera extendida sobre el suelo de la angosta habitación en penumbra adonde fui conducido crujió quejumbrosa. Aquella estancia no era precisamente suntuosa, pero no vi en ello motivo de queja. Debía sentirme, por el contrario, agradecido de haber encontrado un lugar donde pasar la noche a cobijo de la inhóspita oscuridad y frialdad exterior.

Pese a mi alegría por el hecho de disponer de habitación, desestimé de inmediato la posibilidad de tomarme unos minutos de descanso en un cubículo tan estrecho y apretado, y, sin pensármelo dos veces, dejé en el suelo la voluminosa mochila que me acompañaba como único equipaje y salí a la calle. Encontré un humilde restaurante de cocina japonesa tradicional, único lugar abierto a aquellas horas donde poder saciar mi apetito, y engullí una cena ligera y bien caliente, regada con cerveza. Los fideos no eran los mejores que había probado y el caldo de pescado estaba aguado e insípido, pero llené el estómago lo suficiente para sentirme reconfortado y agradecido. Después paseé sin rumbo fijo, tratando de hallar un supermercado donde poder comprar una botellita de whisky y algo para picar, pero ya eran más de las ocho de la tarde y comprendí que aquella búsqueda estaba condenada al fracaso, por lo que desistí y, resignado, volví a la habitación del hostal con las manos vacías. Aprovechando que me encontraba en tierra de balnearios, decidí compensar la falta de whisky con un buen baño caliente y reconstituyente. Me enfundé un *yukata*, bajé con presteza las escaleras hasta la planta baja y me adentré en las instalaciones de las aguas termales.

Comparadas con la precariedad añeja del resto del hostal, las aguas termales eran un oasis luminoso, puro e inmaculado, de intensos y efervescentes hedores sulfurosos, y aguas de tonos esmeralda dispuestas a servir a mi cuerpo, acariciándolo, masajeándolo, haciéndolo entrar en calor hasta el tuétano a

medida que me hundía en ellas. Reparé en que no había nadie más que yo. Tal vez no había otros huéspedes alojados allí aquella noche. Eso me permitió explayarme a mis anchas y disfrutar plenamente del baño caliente. Tras un rato sumergido hasta el cuello, se fue apoderando de mí cierta sensación de mareo, leve al principio. Salí del agua para refrescarme y, tras unos instantes, volví a sumergirme. Qué feliz casualidad haber ido a parar a aquel hostal sobre el que tan bajas expectativas había albergado al principio. Podría disfrutar, sin duda, de una tranquilidad impensable en otro tipo de alojamiento más adecentado y de mayor boato, pero repleto de ruidosos grupos de viajantes.

Tras mi tercera inmersión en el agua, se abrió la puerta corredera con un traqueteo y entró el mono en el recinto. «Con su permiso», pronunció con voz grave. Me llevó un buen rato asimilar que aquella imagen simiesca, inmóvil tras la cortina de humeante vaho que se interponía entre ambos, era, en efecto, un mono. Aparte de lo abotagado que empezaba a sentirme, ¿en qué cabeza cabía que un mono fuera a plantarse allí delante después de solicitar permiso para entrar? Lo contemplé entre absorto y ofuscado.

El mono cerró la puerta corredera y se puso a recoger cubos y cubetas de agua abandonados donde no les correspondía, hecho lo cual introdujo primorosamente un gran termómetro en el agua. Después de unos segundos, al mirar la temperatura que marcaba, entornó los ojos como habría hecho un biólogo que trata de identificar una nueva cepa de gérmenes patógenos.

—¿Qué le parece el agua? —preguntó el mono, dirigiéndose a mí.

—Muy buena. Perfecta —repliqué. Mi voz resonó blanda en medio de aquella espesura blanca de vapor y se propagó colmada de esencias y ecos mitológicos, arcaica, ajena a mí, procedente de tiempos inmemoriales y bosques remotos. Aquellos ecos que mi voz portaba... Un momento, basta. ¿Qué rayos estaba pasando? ¿Qué hacía allí un mono hablándome?

—Si lo desea, puedo frotarle la espalda —propuso, la entonación discreta y la grave tesitura de aquella voz con lustre, bien pulida, de barítono de *doo wop*, exenta de deje o inflexión extraña, no se distinguía de la forma de hablar de un ser humano.

—Con mucho gusto. Gracias —contesté.

En verdad, no me apetecía que nadie me frotara la espalda. Prefería estar solo. Pero temí que una negativa por mi parte lo indujera a pensar algo así como: «Lo entiendo, me rechaza por mi condición de mono», y eso era algo que deseaba evitar. Parecía genuinamente amable, y no deseaba herir su buena disposición. Salí de nuevo del agua, sin prisa, y tomé asiento en uno de los pequeños taburetes de madera, dándole la espalda al mono.

El mono estaba desnudo, lo cual no deja de ser normal en un mono, de manera que no me sentí incómodo por ello. Me fijé en los pelos blancos que le asomaban aquí y allá, por todo el pelaje, como un manto de canas, y me figuré que sería un individuo bien entrado en años. Agarró una toalla y cubrió una pastilla de jabón con ella. Procedió a frotarme la espalda. Lo hizo con la maestría y pericia de la costumbre.

—Cómo ha empeorado el tiempo estos días, ¿no le parece? —comentó.

—Cierto.

—Ya verá usted lo poco que va a tardar en caer una buena nevada. Lo malo es que, luego, retirar la nieve amontonada supone un gran trastorno.

Se hizo el silencio y me apresuré a decir algo:

—¿Puedes hablar como un humano? —pregunté con torpeza.

—Sí —contestó él, con animada resolución.

Supuse que le habrían hecho muchas veces semejante pregunta.

—Me crie entre humanos —prosiguió— y aprendí por imitación. Viví durante mucho tiempo en Shinagawa, el distrito de Tokio.

—¿Ah, sí? ¿Dónde exactamente?

—En el barrio de Gotenyama.

—Un lugar magnífico.

—Sí, como usted ya sabe, es un buen vecindario para vivir. Allí mismo, se encuentra el parque Gotenyama, gracias al cual pude familiarizarme con la naturaleza.

La conversación se interrumpió de nuevo, y en medio de aquel silencio solo se oía el frotar enérgico (a la par que agradable) de la toalla sobre la piel de mi espalda mientras yo trataba de organizar las ideas en mi cabeza. ¿Un mono criado en el distrito de Shinagawa? ¿Asiduo visitante del parque Gotenyama? ¿Y que hablaba de manera tan fluida...? Raro sí que era, y, sin embargo, a juzgar por su constitución, no podía ser nada más que un mono.

—Yo vivo en el distrito de Minato —apunté, sin que viniera al caso.

—Ah, entonces vive usted muy cerca de Shinagawa —observó jovialmente el mono.

—¿Y dices que te criaste con humanos? —pregunté.

—Eso es. Viví en la casa de un profesor universitario, doctor en ciencias físicas —explicó.

—Por tanto, estabas rodeado de un ambiente intelectual —comenté.

—Sí. Era una persona de vasto gusto musical. Tenía una gran predilección por Bruckner y por Richard Strauss. Y, como consecuencia de escuchar aquella música desde bien pequeño, yo también les cogí una gran afición. Soy lo que se dice alguien que ha aprendido por ósmosis del entorno.

—¿Bruckner, dices?

—Sí. Sobre todo, su *Sinfonía n.º 7,* y, en especial, el tercer movimiento, que siempre me inspira una gran dosis de valentía al escucharlo.

—Yo, por mi parte, tiendo a escuchar la *Sinfonía n.º 9* —informé, sin que tampoco ello viniera demasiado al caso.

—Ah, sí. La *Novena* es ciertamente hermosa también —convino él.

—¿De modo que aquel profesor universitario fue quien te enseñó a hablar?

—En efecto. Como no tenía hijos, se volcó en mi educación. Era una persona de infinita paciencia, muy organizada y constante.

Siempre decía que tan solo la repetición de hábitos serios podía conducirnos a la sabiduría. Su mujer no hablaba mucho, pero se portó muy bien conmigo. Era un matrimonio muy bien avenido, y, si me permite decirlo, aunque casi no nos conocemos usted y yo, muy activo en horas nocturnas, ya entiende a lo que me refiero.

—Comprendo —repliqué.

El mono dio por finalizada la friega de mi espalda y dijo en tono amable:

—Ya está.

Entonces hizo una respetuosa inclinación de cabeza.

—Te lo agradezco sinceramente —dije—. Me has dejado como nuevo. Por cierto, ¿trabajas en este establecimiento?

—Sí. En otros negocios de hostelería, con un mayor volumen de huéspedes y de categoría más alta, eran reacios a contratarme, pero lo cierto es que aquí me ofrecieron empleo sin ponerme demasiadas trabas. En un lugar tan apartado y viejo como este, suelen andar escasos de personal y, con tal de que sepa hacer algo, no les importa si el empleado es un mono o lo que sea, siempre y cuando desarrolle mis funciones de manera discreta, sin exponerme demasiado a la vista de los clientes. Ven en mí, eso sí, la ventaja añadida de ahorrarse una buena porción de sueldo. Me pagan poco. Así pues, me encargo del acondicionamiento del área de baños, de la limpieza u otras tareas por el estilo. No sirvo el té para evitarles sustos a los clientes, ni trabajo en la cocina para no infringir las normas de higiene.

—¿Llevas mucho tiempo empleado aquí?

—Unos tres años, así como quien no quiere la cosa.

—Pero supongo que antes de venir a parar aquí habrás vivido una gran cantidad de vicisitudes —comenté.

—Así es —replicó el mono, asintiendo enfáticamente con la cabeza.

Dudé durante unos instantes acerca de si sería pertinente pedirle al mono un relato más detallado sobre su vida (al fin y al cabo, nos habíamos conocido apenas unos minutos antes), pero me decidí al fin:

—Disculpa si te parece inapropiado lo que voy a pedirte, pero

estaría encantado de que me contaras algo sobre ti, sobre tu vida.

El mono reflexionó antes de darme una respuesta.

—Está bien —aceptó—. Pero le advierto que es posible que lo que pueda contarle defraude sus expectativas. Termino la jornada a las diez. Si le parece bien, puedo subir a su habitación a partir de esa hora para continuar charlando. ¿Qué me dice?

—Me parece perfecto —repliqué—. De paso, te agradecería muchísimo que pudieras traer unas cervezas para acompañar la conversación, si es posible.

—Por supuesto. Traeré unas cervezas bien frías. ¿La Sapporo le parece bien?

—Sí, cómo no. Asumo, por tanto, que tú también bebes cerveza.

—Por suerte, no me sienta mal.

—Bien. Que sean dos botellas grandes de cerveza Sapporo.

—Tomo nota. Usted se aloja en la habitación Costa Rocosa y Tempestuosa, ¿verdad?, que está en la primera planta.

—Sí.

—Vaya ironía de nombre, tratándose de un lugar relativamente alejado del mar y en plena montaña, ja, ja, ja —se rio, dándole cierto toque de excentricidad a las palabras que acababa de decir. Nunca imaginé que algún día vería a un mono reír de manera jocosa ante un chiste ingenuo.

Caí en la cuenta de que, si un mono era capaz de reír, también lo sería de llorar. En fin, si podía hablar, era lógico que pudiera sentir todo tipo de emociones.

—Por cierto, una última cosa, ¿tienes nombre?

—Se sorprenderá usted, pero no. No tengo —aseguró—. Sin embargo, todos me conocen como el mono de Shinagawa.

A continuación, abrió la puerta corredera de cristal y salió de la zona de baños. Antes de cerrar, se volvió e hizo una cortés reverencia.

Algo pasadas las diez de la noche, el mono se presentó ante la

puerta de mi endeble y precaria habitación (aquel nombre de Costa Rocosa y Tempestuosa resultaba, más que curioso, ridículo) con una bandeja en la que había dos botellas de cerveza Sapporo, dos vasos, un abrebotellas, una bolsa de tiras de calamar seco y otra de aperitivos de arroz y cacahuete. Había que reconocer que de buena disposición no carecía el mono.

Venía vestido, a diferencia de antes. Se había puesto una gruesa camisa de manga larga con el motivo I ❤️ NY inscrito en la pechera y un pantalón gris de chándal; prendas, ambas, que debían de haber pertenecido a un niño.

No había nada en la habitación semejante a una mesa y unas sillas, de modo que nos arrellanamos sobre unos finos cojines colocados sobre el suelo, uno al lado del otro, las espaldas apoyadas en la pared y la bandeja ante nosotros. El mono se mostró ágil en el manejo del abrebotellas; llenó ambos vasos y entonces brindamos.

—¡Salud! —dijo el mono, y se lanzó a probar el frío y dorado líquido.

Tenía un aspecto delicioso. Sin mayor demora, lo imité dando un prolongado trago y con la idea rondándome por la cabeza de que aquello de beber cerveza en compañía de un mono no acababa de parecerme del todo natural. Supuse, no obstante, que la extrañeza debía de deberse a una cuestión de falta de costumbre.

—No hay nada como una buena cerveza después de una larga jornada de trabajo —exclamó el mono de Shinagawa mientras se pasaba el dorso de la mano por los labios para secárselos después de beber—. El problema es que, en mi condición de mono, no se puede decir que me encuentre con demasiadas ocasiones para beber en compañía.

—¿Vives en el mismo hostal? —le pregunté.

—Así es. Me dejan usar la buhardilla. Allí extiendo un futón y paso la noche. A veces me sorprende la visita de algún que otro ratón, cosa que me impide dormir a pierna suelta, pero no me quejo. Me dan tres comidas al día y tengo donde dormir. ¿Qué más puedo pedir? No es que sea el colmo de la comodidad, pero, en fin...

Vació su segundo vaso y me apresuré a llenárselo.

—Ah, gracias —dijo con impecable amabilidad.

—¿Has vivido con otras personas o, mejor dicho, con otros congéneres tuyos?

Era solo una de las muchas preguntas que deseaba hacerle.

—En más de una ocasión —contestó, y su rostro se nubló levemente. Las arrugas del rabillo de los ojos se le marcaron más. Tras un breve instante, prosiguió—: Debido a cierta circunstancia, me vi obligado a abandonar Shinagawa y fui trasladado al zoo de Takasakiyama junto a otros de mi especie. Parecía que allí podría llevar una vida tranquila, pero no fue así. Me había criado entre humanos, con un profesor universitario y su esposa, para más señas, y encontrarme en un ambiente tan ajeno a mí no tardó en hacérseme difícil de sobrellevar. Sí, son mis congéneres, lo sé, y en ese sentido les guardo y les guardaré un profundo aprecio, pero aquello no era para mí. La comunicación entre nosotros no era fluida. No teníamos temas comunes de conversación. Me reprochaban no pronunciar correctamente muchos de los sonidos propios de nuestra especie; me tomaban el pelo o se reían de mí y me hostigaban a diario. Veían en mí un sinfín de rasgos humanos, mis ademanes y gestos, por ejemplo, que encontraban irritantes y merecedoras de burla. La vida se me fue haciendo más difícil de soportar y llegó un momento en que tuve claro que debía irme de allí y afrontar mis días en soledad.

—Todo aquello debió de ser muy duro.

—Lo fue. Nadie se preocupó de mí y tuve que arreglármelas para conseguir comida por mí mismo y sobrevivir como fuese. Pero lo más doloroso de todo fue la falta de comunicación. No me entendía ni con los de mi especie ni con los humanos. La soledad es un infierno. Resulta irónico, porque pese a la gran cantidad de visitantes que recibía el zoo de Takasakiyama, no me era posible iniciar una conversación. Imagínese el follón si, de pronto, un mono como yo se hubiera puesto a hablar tranquilamente. Me di cuenta de que nunca sería un miembro de pleno derecho en el mundo de los humanos y, al mismo tiempo, sabía que tenía vetado el retorno al mundo de los simios. Horrible. Me quedé atrapado

entre dos mundos sin pertenecer ni a uno ni a otro, y condenado de manera irremediable, día tras día, a la más completa soledad.

—Adiós a Bruckner —indiqué.

—Cierto. Escuchar a Bruckner se había convertido en un lujo fuera de mi alcance —reconoció él, y sorbió cerveza.

Lo miré con atención. El color rosado de la piel de su rostro no adquirió matices más intensos pese a la profusa ingesta de alcohol. Una de dos: o tenía buen aguante con la bebida, o formaba parte de la naturaleza de los simios no mostrar en el rostro sus eufóricos efectos.

—Pero lo más doloroso de todo fue el amor no correspondido de una mujer —confesó el mono, inesperadamente.

—No me digas —repliqué sorprendido—. ¿Has tenido algún tipo de relación con una mujer?

—No va a resultarme fácil explicarlo, pero, para simplificar, le diré que no siento ningún tipo de impulso sexual hacia mis féminas congéneres. Le hablaré con claridad. Ellas se me ofrecieron en numerosas ocasiones, brindándome la oportunidad de poner a prueba mi virilidad, pero no encontré en ellas nada que despertase mi libido.

—¿Quieres decir que las hembras de tu especie no estimulan tu apetito sexual?

—Tal cual. Y, entonces, permítame que le diga, me percaté de que eran las hembras de su especie, la humana, las que sí lo estimulan.

Guardé silencio y me concentré en terminar la cerveza que aún quedaba en mi vaso. Abrí la bolsa de aperitivos de arroz y cacahuete, cogí un puñado y me lo llevé a la boca.

—Sin duda, ello puede convertirse en una verdadera fuente de problemas —consideré.

—Es un gran problema —ratificó el mono—. Míreme. Con este porte, ¿cómo puedo albergar la más mínima esperanza de ser correspondido por una mujer? Entre ellas y yo se interpone toda una barrera genética.

No repliqué. Esperé a que él continuara. El mono se rascó detrás de la oreja antes de añadir:

—Así pues, me vi obligado a concebir ciertos recursos para apagar mi ansia sexual, siempre insatisfecha. Tal vez le cueste a usted creerme, pero hubo una ocasión en que robé el nombre de una mujer de la que estaba muy enamorado.

—Esto último no sé si lo he entendido. ¿Dices que robaste su nombre?

—Como lo oye usted. No me pregunte de dónde me viene el talento para hacer algo así. Supongo que de nacimiento. Sea como fuere, sé que, si me lo propongo, me basta con pensar intensamente en el nombre de alguien para arrebatárselo y apoderarme de él. Como suena.

Una sensación de aturdimiento me sobrecogió.

—A ver si lo he entendido —intervine—. ¿Quieres decir que puedes usurparle el nombre a quien te propongas y que, una vez perpetrado el robo, la víctima queda despojada y desprovista de él a partir de ese momento?

—No del todo. La persona no llega a perderlo por completo. Aquello que yo le arrebato no es más que una parte. Un pedazo de nombre propio, por decirlo así. Lo que sucede entonces es que el nombre pierde parte de su densidad, se vuelve más fino y ligero. ¿Se ha fijado usted en su propia sombra cuando el sol se oculta tras una nube? Pierde nitidez, solidez, ¿verdad? Se vuelve liviana y traslúcida. Quien experimenta tal cosa ni se da cuenta en la mayoría de los casos. A lo sumo, sentirá una leve confusión pasajera.

—La mayoría de los casos, dices. ¿Cabe suponer, por tanto, que hay quien sí capta de algún modo que su nombre propio ha perdido consistencia?

—Me temo que sí. Ciertas personas son conscientes de que algo extraño les ha ocurrido y, en determinadas ocasiones, no consiguen recordar su nombre ni pueden, por tanto, pronunciarlo. Como podrá suponer, cuando eso ocurre, uno se ve atrapado en una situación enormemente incómoda y desconcertante. ¿Olvidarse de algo así? ¿Cómo es posible? En otras ocasiones, no reconocen su propio nombre aunque lo oigan. Una experiencia de tal magnitud puede resultar terrible y arrastrar a algunas personas al borde de

una crisis de identidad. Admito mi responsabilidad y culpa; reconozco que es consecuencia de mi hurto, y no me siento satisfecho de ello. Me remuerde la conciencia y siento un peso en mi corazón. Sé que no debo continuar haciéndolo, pero no puedo evitarlo. Es la dopamina. No quisiera acudir a semejante excusa ni esgrimirla para proclamar mi inocencia, pero es la dopamina, al fin y al cabo, la que me empuja a hacerlo. Además, no transgredo ninguna ley. ¿Acaso hay alguna que hable del hurto del nombre propio?

Con los brazos cruzados, lo observé durante unos instantes. ¿Hablaba de dopamina?

—A ver si me aclaro —dije, por fin—. Solo robas nombres de mujeres de las que te has enamorado o con las que te gustaría acostarte, ¿es así?

—En efecto. Le aseguro que no voy por ahí molestando a la gente de forma caprichosa y robándole el nombre al primero que se cruce conmigo.

—Lo celebro. Y, hasta el momento, ¿a cuántas mujeres les has birlado el nombre?

El mono se miró los dedos de la mano con expresión solemne y empezó a doblarlos mientras sus labios susurraban palabras inaudibles. Alzó la mirada.

—Siete —dijo—. Siete en total.

¿Eso eran muchas o no? Carecía de toda referencia para poder formarme una opinión al respecto.

—¿Y bien? ¿Cuál es tu forma de actuar? —pregunté—. Supongo que será necesario aplicar algún método. No te importa que te lo pregunte, ¿verdad?

—Claro que no. Es una cuestión de fuerza mental, poder de concentración y energía psíquica, ¿qué le parece? Pero falta un pequeño detalle. Es vital agenciarse algún documento o papel donde aparezca escrito el nombre de la persona. Si se puede, el carné de identidad es el mejor. Pero también son válidos el permiso de conducir, el carné de estudiante de la universidad, el de afiliación a una compañía de seguros y el pasaporte; incluso, una placa identificativa, de esas que llevan los empleados en algunos

lugares. Se trata, en cualquier caso, de un requisito sin el cual no funciona la sustracción del nombre. Normalmente, lo consigo. No queda más remedio. Como soy un mono, colarme en casa de mi víctima cuando está ausente no me resulta demasiado complicado. Busco alguno de los documentos mencionados y me esfumo igual que llegué.

—Bien. Entonces, una vez que tienes el nombre escrito, entra en juego tu poder mental, ¿no?

—Cierto. No necesito nada más. Pongo ante mí el documento con su nombre y lo miro con fijeza durante largo rato. Focalizo toda mi atención en el nombre y voy integrándolo en mi conciencia, absorbiéndolo. Haciéndolo mío. Poco a poco. El proceso puede ser larguísimo y uno acaba agotado, tanto física como mentalmente. Una vez realizado, una pequeña parte de ella, de su nombre, pasa a ser una pequeña parte de mí. Así satisfago ese amor que siento por ella, por la mujer en cuestión, y que, de otro modo, está condenado a la insatisfacción.

—Pero ¿dónde queda el trato carnal con la dama de tus pensamientos?

—Simplemente, no lo hay. Nada de sexo. Recuerde mi condición de mono, pero tenga en cuenta que, por muy mono que sea, no tolero las conductas inapropiadas y deshonrosas. Me conformo, he de conformarme, con poseer ese trocito de nombre. Por supuesto, reconozco que lo que hago es en gran medida censurable, pero al menos todo queda en un plano de amor platónico. Guardo con el mayor mimo esa fracción de su nombre aquí dentro, en mi corazón, y me convierto en devoto adorador de ella. No necesito nada más para notar el suave cosquilleo de una cálida brisa que me acaricia como una pradera verde y blanda.

—Vaya —repliqué, henchido de repentina admiración por mi curioso y simiesco compañero—. Por lo que dices, a eso que sientes le queda poco para ser amor verdadero, si es que no lo es a título pleno.

—Sí, es amor genuino. Pero también es soledad profunda. Son las dos caras de una misma moneda, ¿comprende usted?, inseparables la una de la otra.

La conversación alcanzó un punto muerto y bebimos en silencio.

—¿Y bien? —rompí el hielo, masticando una tira de calamar seco—. ¿Le has robado últimamente el nombre a alguna afortunada?

Negó con un movimiento de cabeza y, a continuación, agarró con sus dedos el pelo recio que le crecía en los brazos, como si pretendiera asegurarse de ser un mono auténtico.

—Desde que llegué a esta apartada localidad, he tratado de no hacerlo —dijo—. Es, de hecho, una decisión tomada con firmeza y determinación. No quiero volver a las andadas. No estaba bien. Ahora, por fin, mi espíritu ha encontrado la paz en el aislamiento de este pueblo. Me conformo ya con la vida tranquila que llevo aquí y con seguir apreciando y adorando los siete nombres de mujer que todavía guardo en mi corazón.

—Me alegro —asentí, honestamente satisfecho de escuchar aquello.

—¿Me permite usted que le diga lo que pienso del amor? No es más que la humilde y torpe opinión de un servidor.

—¿Cómo no? —lo animé—. Adelante.

El mono parpadeó con fuerza varias veces, haciendo aletear sus largas pestañas como hojas de palma mecidas por el viento. Inspiró lenta y profundamente, como un saltador de longitud antes de iniciar la carrera.

—El amor es el combustible que necesitamos para seguir viviendo. Existe la posibilidad de que se agote y también de que no dé sus frutos. Pero nadie podrá arrebatarnos el recuerdo de haber amado o de haber estado enamorados alguna vez en la vida, incluso en el caso de que dicho amor acabe disolviéndose y desapareciendo. Eso es lo importante, ¿se da cuenta? El amor es nuestra fuente de energía vital más valiosa, la fuente de calor de nuestro ser. Algo sin lo cual el espíritu, tanto del hombre como del mono, acaba convertido en un páramo umbrío, frío y yermo. Y por ello atesoro con sumo cuidado y devoción aquí dentro —se llevó la peluda mano al pecho— los nombres de aquellas siete hermosas mujeres que amé en el pasado, y que para mí tienen mucho valor.

A ellos me aferro durante las frías y crudas noches invernales, con el objetivo de caldear mi exigua alma y ayudarme a mantenerla a flote para continuar navegando por las aguas de la vida que aún me queda por vivir. —Dejó escapar una risa sofocada y agitó la cabeza varias veces—. Cuanto más lo pienso, menos lo entiendo —dijo y rio de nuevo, contenidamente.

El reloj marcaba las once y media de la noche en el momento en que apuramos la última gota de nuestras respectivas botellas de cerveza.

—En fin, va siendo hora de que me vaya —declaró—. Permítame agradecerle tan agradable y constructiva charla. Espero no haberlo molestado.

—Por supuesto que no. Ha resultado muy instructiva e interesante.

Me pregunté si los adjetivos «instructiva» e «interesante» servían para describir la conversación, porque el hecho mismo de mantener un diálogo intercalado con tragos de cerveza con un mono ya era de por sí tan extraño que emborronaba mi capacidad para emitir un juicio ecuánime sobre el contenido de la charla. Un mono apasionado por la música de Bruckner y por las mujeres, y cuya lascivia insatisfecha (o el más puro amor, quizás) le impelía a convertirse en ladrón de los nombres de sus amadas. Aquello, más que instructivo e interesante, era fantástico y desmesurado. Pero supongo que me decanté por aquellos comedidos adjetivos debido, sobre todo, a mi deseo de no exaltar su ánimo más de la cuenta, ni apremiar ni incentivar su discurso más allá de donde había llegado.

En el momento de despedirnos, le entregué un billete de mil yenes a modo de propina.

—No es mucho, pero, por favor, tómate con ello algo a nuestra salud.

El mono lo rechazó, pero insistí y al fin lo aceptó de buen grado, creo yo. Lo dobló con cuidado y lo metió en el bolsillo de sus pantalones de chándal.

—No sabe cuánto se lo agradezco —dijo—. Ha sido usted enormemente paciente y amable conmigo al escuchar mis historias, anodinas sin duda, y compartir una buena cerveza. Quedo muy

agradecido.

Colocó las botellas y los vasos vacíos sobre la bandeja y salió de la habitación.

A la mañana siguiente, abandoné el hostal y puse rumbo a Tokio. Ni al salir de la habitación ni al pasar por recepción me topé con el mono. Tampoco me encontré tras el mostrador de recepción a aquel viejo encargado de aspecto sepulcral, alopécico y sin cejas, ni al viejo y voluminoso gato que respiraba con dificultad. Ocupaba el puesto de ambos una gruesa mujer de mediana edad y ademanes hoscos a la que pedí que me cobrara la cerveza de la noche anterior. Se negó a ello, arguyendo que nadie le había dejado nota alguna al respecto y que, de hecho, aparte de la cerveza en lata que podía adquirirse en la máquina expendedora del vestíbulo, allí no había otro servicio de bebidas, menos aún de cerveza embotellada.

Volví a experimentar la misma sensación de aturdimiento de la noche anterior, como si realidad y fantasía se cruzaran en algún punto sin posibilidad de discernir una de otra. Pero ¡qué disparate! Estaba seguro de haber tomado cerveza Sapporo fría en compañía de un mono, la noche anterior, en mi habitación, mientras escuchaba los fragmentos de la historia de su vida que me fue contando.

Aunque sentí el apremio de mencionarle la presencia del mono a aquella mujer, decidí no hacerlo. Empecé a dudar de que existiera. Tal vez no había sido más que resultado de mi imaginación, una aparición espectral producto caprichoso de una cabeza, la mía, embotada por los vapores de los baños termales. O quizás fue todo fruto de un sueño que tomé equivocadamente por real. Me quedé con las ganas de hacerle a la mujer algún comentario tipo: «Por cierto, tengo entendido que uno de los empleados del hostal es un mono de avanzada edad que sabe hablar, ¿es eso cierto?». Con semejante osadía, sin embargo, solo habría conseguido de ella que me mirase con extrañeza o, peor aún, que me tomara por genuinamente loco. Incluso si fuera

verdad que tenían un mono empleado allí, era más que probable que no les conviniera que se corriese mucho la voz, para evitarse problemas de seguros e impuestos.

En el tren de vuelta a Tokio repasé mentalmente la conversación con el mono y me dispuse a tomar notas en mi cuaderno de apuntes de todo lo que pudiese recordar, con la intención de que me sirvieran de base para escribir un texto detallado sobre tan inusitada historia.

Sin embargo, no acertaba a valorar qué había de verdad en aquel relato que me había contado y qué de invención, suponiendo que aquel mono disfrutara de una existencia real en el mundo y no fuera una exacerbada elaboración de mi descarriada imaginación (aunque he de insistir en que, para mí, su existencia fue palpable y manifiesta). ¿Era cierto que les había robado un pedazo de nombre a siete mujeres y lo había convertido en algo propio? ¿Se trataba de algo que tan solo él era capaz de hacer ? ¿O acaso solo era un mono aficionado a los embustes? Nunca había oído hablar de un mono con talento para la mentira, pero si finalmente fuese cierto que existían monos que hablaban, no habría de extrañarme que, entre estos, pudiera haber también un buen número de ellos que se deleitara en la burla zafia y el engaño ruin.

Muchos años de actividad periodística me han proporcionado un sexto sentido para discernir entre verdad y mentira en la maraña de declaraciones y manifestaciones con que hay que lidiar a diario en el ejercicio de la profesión. Aparte de la actitud y disposición generales del que habla, también pueden pescarse, aquí y allá, diseminadas a lo largo de un discurso, determinadas señales delatoras, puntuales y concretas. Pues bien, la conversación con el mono de Shinagawa no activó ninguno de los resortes de sospecha con que mi cerebro está equipado: la mirada limpia, la expresión natural, el razonamiento no impostado, la coherencia en el tiempo de las pausas, la falta de afectación en el gesto de las manos y del rostro, la humilde selección de las palabras. Nada de lo sucedido durante aquella tranquila velada en la habitación del hostal despertó en mí ningún tipo de recelo. Su confesión me pareció tan honesta, dolorosa y transparente que deseaba, cuando menos,

reconocerle tan loable virtud.

El viaje hasta Tokio fue agradable. La gran metrópolis no tardó en engullirme de nuevo en su convulso y palpitante frenesí diario, y acabé desatendiendo y dejando a un lado la historia del mono de Shinagawa: ni escribí el pretendido texto ni, por supuesto, le hablé a nadie de él. Cuantos más años cumplía, más se aceleraba el paso del tiempo y más ocupado me parecía estar, aunque no se me asignaran nuevas responsabilidades laborales. De todos modos, nadie creería unos hechos tan inverosímiles. «Un mono que habla, claro, claro. La historia se te ha ido un poco de las manos, ¿no crees?», dirían. Por otro lado, el hecho mismo de no encontrar el tono adecuado para poner negro sobre blanco semejante experiencia me producía tal desaliento que me impedía empezar siquiera. La cuestión era dar con un pequeño detalle, una prueba irrefutable, que otorgara al relato la verosimilitud suficiente, que le diera el grado de credibilidad indispensable a la existencia del viejo mono. Si no, me tomarían por loco. Otra alternativa razonable era escribir una obra de ficción basada en aquellos hechos que yo había vivido, pero para semejante cometido me faltaban dos aspectos muy importantes en la ficción: tanto el núcleo de la historia como su conclusión. Podía imaginar con nitidez la expresión de circunstancias en el rostro de mi editor tras terminar de leer el manuscrito que yo le hubiera entregado: «Perdona que te lo pregunte, pero ¿adónde lleva esta historia? ¿Cuál es el tema del relato?».

¿Tema? Esa era la cuestión. El tema no lo veía yo por ningún sitio. Un mono entrado en años trabajaba en el hostal de una pequeña localidad de la prefectura de Gunma. Yo me alojé en aquel hostal por casualidad y, mientras tomaba un baño en sus instalaciones de aguas termales, el susodicho mono, que tenía la capacidad de hablar, se ofreció para frotarme la espalda. Después, ambos compartimos cerveza y buena conversación en mi habitación del hostal, y me contó que, cuando se enamoraba, a falta de cópula, se apoderaba de un trozo del nombre de la dama que le tenía robado el corazón para incorporárselo a él mismo. Bien, ¿cuál era el tema de dicha historia? ¿Qué deseaba expresar

con ella? ¿Qué idea, incluso moraleja, podía extraer el lector de ella?

Seguí dándole vueltas a aquello durante días y más días, hasta que poco a poco la idea fue disolviéndose en mi cabeza y perdiendo consistencia hasta desaparecer. Un recuerdo, por nítido y claro que sea, nunca logrará imponerse al intransigente avance del tiempo, que todo lo borra.

Han pasado cinco años desde aquella enigmática experiencia en el hostal aquella noche, y hace apenas unos días he vuelto a abrir el cuaderno donde, mientras volvía a Tokio en tren, tomé notas acerca de lo vivido. De hecho, el relato que acaba de leer el lector no es sino fruto de haberme encontrado con aquellas anotaciones. Pero permítaseme ir más allá, porque lo que motivó que me acordase de aquello y recuperase el cuaderno, después de cinco años abandonado y olvidado en algún rincón de casa, fue algo extraño que viví hace unos días.

Por cuestiones relacionadas con el trabajo, me había reunido con la editora de una revista de viajes en la cafetería de un hotel del distrito de Akasaka. Debía de rondar los treinta años. Tenía rasgos hermosos y el cuerpo menudo; llevaba el pelo largo y lucía una piel bella y sana. Sus ojos eran grandes y cautivadores, y era, por lo visto, muy competente en el desempeño de su profesión. Estaba soltera. Habíamos trabajado juntos en algunas ocasiones y entre nosotros había nacido cierta familiaridad.

Terminadas nuestras obligaciones laborales, estábamos bebiendo café relajadamente mientras charlábamos de cosas intrascendentes cuando sonó su teléfono móvil. Me miró azorada y yo respondí con un gesto de aprobación. Ella comprendió que no me importaba que respondiera a la llamada y, después de echar un vistazo al número entrante, pulsó el icono verde. Pude adivinar que quien llamaba solo trataba de confirmar algún tipo de reserva que ella había realizado con anterioridad. Bien podía ser tanto la de una mesa en un restaurante, como la de una habitación de hotel

o el asiento en un vuelo. No lo supe. Ella hojeaba su agenda y leía las anotaciones mientras escuchaba a su interlocutor y le confirmaba los datos. En cierto momento, pareció quedarse en blanco y me miró con angustiosa intensidad.

—Perdona —se dirigió a mí, tapando el auricular con la palma de la mano y bajando el tono de voz—. Es raro que tenga que preguntarte esto, pero ¿cómo me llamo?

Me quedé sin respiración durante un breve instante. Enseguida me recompuse y, con aire de naturalidad, le dije su nombre. Ella asintió con la cabeza y repitió el nombre a la persona al otro lado del teléfono. En cuanto colgó, me dijo:

—¡Disculpa! ¿Qué me ha pasado? Tenía mi nombre en la punta de la lengua, pero no había manera de acordarme de él. Madre mía, ¡qué apuro he pasado!

—No te preocupes. Pero ¿te ha ocurrido alguna vez antes?

Pareció dudar antes de asentir con la cabeza.

—Lo cierto es que unas cuantas. Me quedo completamente en blanco y no me sale mi nombre. ¿Te lo puedes creer?

—¿Te ha ocurrido en circunstancias semejantes, por ejemplo, con la fecha de tu cumpleaños o tu número de teléfono o la clave de la tarjeta?

Negó con la cabeza, esta vez sin dudar.

—Siempre he tenido buena memoria. Podría decirte la fecha de los cumpleaños de mis amigas, y sus nombres, por supuesto. Y, sin embargo, a veces me olvido de mi propio nombre. Tan solo de mi nombre. ¿Le ves algún sentido? Entonces tardo unos dos o tres minutos en recordarlo y, después, ya todo vuelve a la normalidad. Pero esos tres minutos de amnesia son angustiosos. Aparte del problema que ello puede acarrearme según la situación, también siento un miedo terrible a la posibilidad de ir perdiendo poco a poco mi identidad.

Guardé silencio y asentí cauto con la cabeza.

—¿Crees que —continuó ella— podría ser un síntoma precoz de alzhéimer?

—Buf —resoplé—. No sé nada de medicina. Pero, dime, ¿cuándo te ocurrió por primera vez?

Entornó los ojos y meditó la respuesta durante unos segundos antes de contestar.

—Creo que hace como medio año, coincidió con la floración de los cerezos.

—¿Y recuerdas si perdiste algún objeto o documento que pudiera identificarte, algo así como el carné de identidad, por ejemplo, o el permiso de conducir, el pasaporte o la tarjeta de la compañía de seguros? Disculpa. Sé que es una pregunta algo rara, pero, por favor, intenta recordarlo.

Se mordió los finos labios y sometió a una profunda consideración la posibilidad de que algo así hubiera sucedido.

—Efectivamente —contestó, por fin—, perdí el permiso de conducir. Durante el descanso para comer, me senté en un banco del parque y deposité el bolso junto a mí. En cuestión de segundos me desapareció mientras me retocaba el carmín. Fui a echar mano de él para guardar el pintalabios y ya no estaba, cosa incomprensible, porque hacía un instante que lo había dejado allí. Además, no noté nada, ni siquiera las pisadas de quien pudiera haberse acercado, si es que se acercó alguien. Me volví de inmediato, pero no había rastro de nadie por ningún lugar a mi alrededor. El parque estaba muy tranquilo, y si alguien se hubiese aproximado para robarme el bolso, estoy segura de que me habría dado cuenta.

No hice ningún comentario. Esperé en silencio a que ella prosiguiera.

—Eso no fue lo único extraño —continuó—. Por la tarde, aquel mismo día, la policía me llamó para informarme de que habían encontrado un bolso que me pertenecía. Alguien lo había dejado abandonado en el suelo, frente a la entrada de la comisaría más cercana al parque, y su contenido parecía intacto: dinero en metálico, tarjetas de crédito y débito, el teléfono móvil, etcétera. Todo seguía allí. Todo menos el permiso de conducir. Lo habían sacado de la cartera que llevaba en el bolso y se lo habían llevado. Los agentes de policía estaban visiblemente sorprendidos ante semejante hurto: quien lo hubiese perpetrado no solo no parecía haberlo hecho movido por el dinero, sino que, además, se había

tomado la molestia de acudir a una comisaría para depositar el bolso frente a la puerta.

Volví a resoplar con calma, pero eludí, como había hecho hasta ese momento, comentar nada al respecto.

—Estoy segura de que sucedió a finales de marzo, porque acudí sin tiempo que perder al centro de tramitación de permisos de conducir de Samezu y me expidieron uno nuevo por esas fechas. Y ahí quedó todo. No supuso un gran trastorno porque las oficinas de Samezu están cerca de mi trabajo y, por suerte, no hubo que lamentar nada peor; pero sigo sin encontrarle explicación.

—Samezu pertenece a Shinagawa, ¿verdad? —pregunté.

—Así es. En el área de Higashioi. Y mi trabajo está en Takanawa, a unos minutos en taxi.

Acto seguido, pareció caer en la cuenta de algo y a su rostro afloró una expresión de enorme perplejidad y me miró de frente.

—¿Acaso sospechas que el robo de mi permiso de conducir pueda tener alguna relación con mis episodios puntuales de amnesia? —cuestionó.

Me apremié a negar con la cabeza.

—Claro que no. ¿Qué relación podría haber? —Sacar el tema del mono de Shinagawa se me antojó del todo improcedente. Ella insistiría en que yo le diera la dirección del hostal y se presentaría allí con la determinación de dar con el mono e interrogarle implacablemente acerca de todos los detalles del asunto—. Se me ha pasado la idea por la cabeza y la he soltado tal cual, pese a lo absurda que es. Por lo del nombre...

Pero ella parecía sospechar de algo más que de una simple asociación de ideas y asumí que hacerle una pregunta más implicaría cierto riesgo. No obstante, la hice.

—¿Puedo preguntarte si has visto algún mono durante estos últimos seis meses?

—¿Un mono? —replicó con cierto pasmo—. ¿Un mono, tipo macaco o así?

—Sí, tal cual. Un mono auténtico.

Negó expeditivamente con la cabeza.

—No. Ni siquiera en los últimos años he visto uno de verdad.

Ni en el zoo, puesto que no he ido, ni fuera de él.

Yo me preguntaba si el mono de Shinagawa habría vuelto a las andadas, pese a sus firmes propósitos de redención, o si el ladrón había sido otro simio con similares dotes. Tal vez, ni una cosa ni la otra.

A lo largo de su confesión, el mono de Shinagawa se había mostrado tan francamente resuelto a poner fin a sus actividades de apropiación del nombre ajeno, que yo no podía menos que desear con todas mis fuerzas que se hubiera mantenido firme en sus propósitos y no hubiera reincidido en sus dudosos menesteres. Había asegurado con vehemencia que los nombres de siete mujeres eran un botín más que suficiente para los ávidos requerimientos amorosos de su corazón y que aspiraba a dar paso a una nueva vida en paz, de sosiego y contemplación, en el hostal de aquel pueblo de Gunma, gracias a su empleo allí. Creo que hablaba con honestidad. Asimismo, era posible que la sensatez y razón de sus propósitos no tuvieran capacidad de contención suficiente para frenar sus impulsos, tal vez patológicos, culpa quizás del exceso de dopamina, que lo incitaba, lo empujaba y lo arrastraba a cometer aquellos actos, hasta el punto de haberle impulsado a regresar a Shinagawa con el fin de reemprenderlos. Quién sabe.

Yo mismo me planteo la posibilidad de intentarlo algún día (en las noches de insomnio, mi pensamiento vaga entre semejantes incoherencias), de hacerme con el carné de identidad de la dama de mis amores o con su placa de empresa y concentrar toda mi energía mental en su nombre, hasta lograr que un fragmento de este pase a formar parte de mí mismo. ¿Qué sentirá uno entonces? Pero qué cosas se me ocurren: algo así es por completo imposible. Y, de todos modos, soy muy torpe con las manos y todo intento de robar cualquier cosa estaría condenado al fracaso. Además, esa *cualquier cosa* a la que me estoy refiriendo, que en el presente contexto es un nombre propio femenino, no ostenta una forma física definida ni concreta, y ello supone, desde luego, una

complicación añadida (por mucho que sustraerlo no contravenga ninguna ley conocida).

Siempre que escucho la *Sinfonía n.º 7* de Bruckner, me viene al pensamiento —último amor, última soledad— el mono de Shinagawa y su curiosa vida. Me lo imagino viejo y cansado, durmiendo en su futón, arriba, en la minúscula buhardilla de aquel mísero hostal a las afueras de una localidad conocida por sus aguas termales. Rememoro también aquella noche de cerveza y conversación, sentados uno al lado del otro, con la espalda apoyada en la pared.

Tampoco he vuelto a coincidir con la bella editora de la revista de viajes y, por tanto, nunca he sabido si aquellos episodios puntuales de amnesia ligada a su nombre continuaron o remitieron por completo. Deseé que se encontrara bien y que un percance tan desazonador no hubiera interferido demasiado en su vida, puesto que ella no había hecho nada para merecérselo. Sin embargo, le hubiese ocurrido lo que le hubiese ocurrido, y aunque parezca injusto, sé que nunca le hablaría del mono de Shinagawa aunque volviera a encontrármela.

8
Primera persona del singular

He de admitir que el hecho de que apenas se me presenten oportunidades que justifiquen ir trajeado y con corbata tal vez explique mi inclinación a acudir vehemente de vez en cuando al armario para sacar un traje y probármelo, sin otro motivo más que mi caprichosa veleidad. No es del todo raro, sin embargo, que en algunas ocasiones se den ciertas coyunturas que no exijan etiqueta estricta, pero sí, al menos, ir vestido con la suficiente formalidad para que se me antoje acudir ataviado, cuando menos, con una discreta chaqueta, si bien no con corbata ni zapatos de piel.

El caso es que, sin premeditación alguna y llevado por la mera intención de asomarme someramente al armario para echar un vistazo a mis solitarios y abandonados trajes, a mis corbatas intactas y a mis camisas todavía embutidas en su funda de la tintorería, al volver a tenerlos delante y repasarlos, contabilizándolos para no olvidarme de ellos, acaba aflorando en mí cierta melancolía culpable (como si me reprochara haberlos dejado allí tanto tiempo encerrados) y, casi de forma mecánica, descuelgo uno, lo tomo en mis manos y me lo pruebo; tras lo cual, con el objeto de poner a prueba mi buena memoria, no escatimo esfuerzos en practicar todos y cada uno de los tipos de nudo de corbata que conozco, sin obviar siquiera la coqueta depresión vertical que debe brotar del nudo y escurrirse hacia abajo unos centímetros antes de desaparecer. Restrinjo esta pintoresca afición a aquellos momentos de estricta soledad hogareña, aprovechando cuando mi esposa está ausente, más que nada y sobre todo para ahorrarme la tediosa obligación de darle explicaciones.

Una cosa conduce de modo ineludible a la otra, y el hecho de verme de tal guisa, elegante y majestuosamente enfundado en cualquiera de aquellos trajes, me provoca tal deseo de lucirlo por

la ciudad que descarto de inmediato la posibilidad, pertinente pero anodina, de quitármelo para volver a colgarlo en su percha del armario. Al fin y al cabo, no hay nada malo en ello. Así pues, ni corto ni perezoso, me aventuro por las calles y avenidas engalanado de traje, corbata y zapatos de piel, alentado por la edificante sensación de exclusividad que me proporcionan y notando cómo el paso e incluso el gesto en mi rostro se vuelven más confiados. El entusiasmo me dura al menos una hora. Después de caminar durante ese tiempo, la expansiva euforia que ha llenado hasta entonces mi ánimo comienza a diluirse, y noto poco a poco cierta fatiga, y entonces ya no soy capaz de pensar en otra cosa más que en el irritante escozor provocado por el roce del cuello de la camisa y la paralizante asfixia a causa del nudo prieto de la corbata, y hasta el repiqueteo de las suelas de mis zapatos sobre el pavimento me parece excesivo. Qué delicia volver a casa y quitármelos, deshacer el nudo de la corbata y despojarme de las estrecheces del traje para regocijarme en la blanda comodidad de mi sudadera y mis pantalones de felpa, y recostarme en el mullido abrazo del sofá, para recobrar, en definitiva, mi sosiego y, con ello, poner fin a mi inofensivo e inocente ritual secreto de una hora.

Pero permítanme referirme a un día en particular en que mi esposa salió a cenar con unas amigas a un restaurante chino y me brindó con ello una nueva oportunidad para estar solo. Cierta alergia a alguna de las muchas especias y condimentos que abundan en la cocina china me eximía de ir y la obligaba a ella a quedar con su círculo de amigas cuando se le antojaba comer chino.

De modo que me serví una cena frugal y, tras dar cuenta de ella, me arrellané, novela de intriga en mano, en mi butaca favorita de lectura y leí mientras el tocadiscos reproducía un elepé de Joni Mitchell que hacía mucho tiempo que no escuchaba, paladeando al mismo tiempo aquellos dos placeres: la última obra de mi autor favorito y uno de mis álbumes de música preferidos. Las expectativas eran altas y no se cumplieron: me revolví en mi

asiento, incapaz de centrar la atención ni en una cosa ni en la otra, hasta acabar desistiendo. Consideré entonces la posibilidad de ponerme una película, repasé minuciosamente mi repertorio de cintas de vídeo, pero, por desgracia, tampoco hallé ninguna que pudiera satisfacer mis apetencias del momento. En fin, habría de resignarme a uno de esos días en que nada parece suficiente para saciar la sed de recreo y esparcimiento, y la apatía se impone paradójicamente alentada por la holgura temporal y la completa libertad para hacer lo que a uno le venga en gana. Una verdadera lástima, puesto que, pese a tener siempre reservada una buena cantidad de aficiones y pasatiempos para ratos de soledad como aquel, volví a verme una vez más desperdiciando el tiempo y vagando por la sala sin ánimo de nada, hasta que al fin, ¿cómo no se me había ocurrido antes?, una luz se encendió en mi cabeza: aquella no era más que otra ocasión idónea para probarme uno de mis trajes.

Extendí sobre la cama un traje Paul Smith de color marino, adquirido varios años atrás por necesidad (y que había usado solo dos veces), y escogí camisa y corbata a juego. Me decanté por una camisa gris claro de cuello italiano y una corbata Ermenegildo Zegna de concienzudo estampado de cachemira, comprada en un establecimiento libre de impuestos del aeropuerto de Roma, y me planté ante un espejo de cuerpo entero para, tras ajustarme la corbata y enfundarme la chaqueta, contemplar la imagen que me devolvía reflejada. No me desagradó lo que vi. No percibí, al menos, detalle alguno que mereciera reproche.

Sin embargo, la sensación que experimenté aquella tarde al observarme en el espejo, trajeado y encorbatado, difirió sutil y extrañamente de la percibida en ocasiones anteriores. Había un inquietante y desazonador regusto a culpabilidad y vergüenza en ella. Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Culpabilidad? En efecto, quizás fuese eso mismo. Tal vez aquella impresión no distaba demasiado de la punzada que sufre en el ánimo quien, sabedor de su farsa, adorna y decora su currículum cual tarta de boda, embelleciéndolo y creando para sí una vida de cartón piedra, cosa que no implicaba necesariamente infracción legal alguna si se hacía con el debido

cuidado. Pero si a uno aún le quedaba dignidad suficiente, el mero caminar vacilante al filo de la impostura más flagrante se convertía en una inquietante carga de índole moral. No obstante, ¿qué podía tener de malo aquello? ¿Acaso había alguien a quien perjudicara mi caprichoso comportamiento? Por un lado, la respuesta que me daba a mí mismo era que no; por otro, un terrible desasosiego se abría paso entre mis entrañas: el augurio de que mi acción solo podía tener un final desagradable. No estoy seguro de que la comparación sea adecuada, pero me atrevo a imaginar que la mía era una culpabilidad similar a la que experimentan algunos hombres que gustan de travestirse de manera furtiva.

¿A qué venían esos temores absurdos? Hacía ya muchos años que podía considerárseme algo así como un hombre hecho y derecho; realizaba con pulcritud mi declaración de la renta cada año, tratando de no demorarme en los pagos; me mantenía limpio de antecedentes penales, a excepción de alguna que otra infracción de tráfico, y, pese a que no pudiera considerárseme una persona de gran cultura, tampoco andaba escandalosamente falto de ella (pertenecía, por ejemplo, al selecto grupo de personas que habrían sabido contestar a la pregunta de cuál de estos dos compositores, Stravinski o Bartók, había nacido antes; si bien he de admitir que lo sabía por puro azar). Había actuado de forma irreprochable (o, cuanto menos, no me había visto tentado a transgredir ninguna ley) para que aquel repertorio de trajes acabara en mis manos, gracias a la retribución económica fruto de la larga sucesión de jornadas laborales a que mi vida estaba abocada. No había nada, en ese sentido, que pudiera echárseme en cara. ¿Por qué, entonces, se había apoderado de mí tan nefasta sensación de culpa o, como mínimo, de cierto grado de transgresión moral?

Por otro lado, ¿quién no tiene de cuando en cuando un día aciago?, me dije. También Django Reinhardt, seguro que se habría equivocado alguna vez de acorde en medio de una actuación, o Niki Lauda, que se habría olvidado de meter el embrague ante determinada curva (muy seguro no podía estar yo de ello, pero así lo supuse), de modo que decidí no darle más vueltas al asunto y salir por ahí a lucir el traje, con el acertado añadido de unos

flamantes zapatos negros cordovan. Mi intuición, sin embargo, trataba de alertarme de algo y debí haber hecho caso. Debí haberme quedado cómodamente en casa, viendo una película, pero esa era una conclusión a la que solo podría llegar más tarde, echando la vista atrás.

Me encontré con un hermoso crepúsculo primaveral coronado por la luna, redonda y luminosa como un queso colgado de la bóveda celeste, y brotes de verde frescor punteando y ribeteando la larga hilera de árboles. La temperatura, agradable y reconfortante, era toda una invitación a pasear. Después de vagar durante un rato, tomé la decisión de entrar en un bar a tomar algo —un cóctel no me vendría mal en una tarde como aquella— y deambulé por calles más alejadas, evitando la perezosa familiaridad de los lugares comunes, hasta dar con una coctelería en la que nunca había estado. Entré aliviado por no sentirme obligado a dar explicaciones al camarero de turno de los locales que frecuentaba (verme vestido así habría arrancado efusivas exclamaciones del tipo: «¡Qué trajeado te veo, chico! ¡Con corbata y todo!» o «¡Vaya, vaya! ¿A qué se debe semejante exhibición de elegancia?»), sobre todo porque no tenía ninguna explicación fundada que ofrecer.

El lugar al que accedí por azar estaba casi vacío a esas horas, cuando todavía faltaba bastante para la noche, y se encontraba en un desabrido sótano en el que solo logré divisar a dos clientes apostados en sus butacones, lejos de la barra, reclinados ante una mesa sobre la que reposaban unos papeles, documentos tal vez. Rondaban los cuarenta y pocos, vestían sendos trajes oscuros y corbatas insulsas y hablaban en voz baja, sus rostros muy cerca el uno del otro. Habrían decidido hacer una parada allí antes de volver a casa procedentes de sus rutinarias tareas de oficina, y debían de andar discutiendo de negocios o quién sabe si apostando quizás para las próximas carreras de caballos. Daba igual; no me incumbía. Tomé asiento en el lugar más iluminado de la barra dispuesto a proseguir la lectura de la novela de intriga que había

traído conmigo de casa, y le pedí al lacónico camarero de mediana edad, tocado con pajarita al cuello, que me sirviera un vodka Gimlet.

En cuanto me sirvió la fría bebida y la tuve ante mí, sobre su correspondiente posavasos, saqué el libro del bolsillo de mi chaqueta, lo abrí y dejé que la vista retomara el hilo de la lectura. Permítame el lector insistir en que se trataba de la última novela de uno de mis escritores favoritos, y, puesto que ya había leído dos, otórgueme también la venia de aseverar que la calidad literaria de la misma distaba con mucho de sus mejores obras. El problema no residía solo en la naturaleza de la trama, que no lograba arrancar mi curiosidad, sino también en la confusión expositiva, en lo referente sobre todo a la relación entre sus personajes. Llámesele deber o mera costumbre, el caso es que proseguí con renuencia, disgustado siempre ante la idea de abandonar la lectura de una novela una vez comenzada, e incentivado por la expectativa de toparme con una sorpresa o giro argumental en las últimas páginas que compensara el tedio precedente, pese a que sé bien que eso rara vez ocurre.

Sorbí pausadamente el vodka Gimlet mientras mis ojos recorrían las líneas, deslizándose por las palabras sin que estas lograran captar mi atención. Había leído veinte páginas cuando desistí, incapaz de concentrarme en lo que estaba haciendo, al igual que me había ocurrido en casa hacía poco más de una hora. No obstante, no me parecía que aquello se debiera en exclusiva a la torpeza con que estaba escrita la novela ni tampoco a que no me encontrara lo bastante a gusto en aquel bar, libre por suerte de música atronadora e iluminado con buen criterio. Mi desazón procedía de aquel vago malestar que ya me había acuciado antes de salir de casa, aquella delicada y sutil extrañeza culpable, esa desasosegante sensación de desfase, de no encajar del todo en mi propio ser. Curiosamente, reparé en que no era la primera vez que experimentaba semejante foránea perplejidad hacia mí mismo.

Un brillante y multicolor abanico de botellas de bebidas alcohólicas se desplegaba sobre los estantes frente a mí, al otro lado de la barra, y tras este, un gran espejo me devolvía generoso

el reflejo de mi propia imagen, ojos puestos en los míos, mirándome con fijeza, envolviéndome aún más en la susodicha sensación de completa enajenación, barrunto de haber tomado una ruta equivocada, de que cierto conmutador en la circuitería de mi vida se había abierto o cerrado por error y había dejado pasar la corriente eléctrica por donde no debía. Aquella impresión, lejos de alejarse e ir disolviéndose, se hacía más patente y nítida a medida que continuaba mirándome en el espejo. Cuanto más me miraba, menos reconocía la imagen de aquel hombre que el espejo me mostraba, y, sin embargo, ¿quién podía ser, si no yo, aquel que me observaba, sus ojos fijos en los míos?

Podía reconocer y evocar con nitidez una serie de momentos cruciales a lo largo de mi vida, en la que el sendero recorrido se bifurcaba y me veía en la tesitura de tener que elegir uno u otro camino. Naturalmente, la vida de toda persona se entreteje a partir de ramificaciones interminables cuya elección uno es libre de justificar de un modo u otro, pero que, en la mayoría de las ocasiones, por lo que a mí respecta al menos, no parecen responder a razones comprensibles. Lo que prevalece en mí es la impresión de no ser *yo* quien tira de los hilos y opta por el camino a seguir, sino, más bien, de ser llevado, empujado, arrastrado por *el otro*. Y, en fin, allí estaba; en aquel bar. Aquel *yo,* en primera persona del singular, para quien habría bastado una sola elección diferente a las tomadas ante cualquiera de las bifurcaciones que me había encontrado a lo largo de mi vida para que, en ese preciso momento, yo me encontrase en cualquier otro lugar, menos en aquella coctelería. Fuera como fuese, seguí mirando al frente, preguntándome *quién sería aquel que me observaba desde el espejo.*

Cerré el libro de manera definitiva, alcé la vista y me concentré en respirar unas cuantas veces profundamente para sosegar mi ánimo.

Me percaté entonces de que el local había ido llenándose de clientes poco a poco y de que, tan solo un par de taburetes más allá, a mi derecha, había tomado asiento a la barra una mujer que

sorbía un cóctel de suaves tonalidades verdosas casi transparentes. Mientras me preguntaba si habría venido sola o si esperaba a alguien, volví a abrir el libro, fingiendo esta vez que mis ojos recorrían sus párrafos mientras, en realidad, la espiaba furtivamente en el espejo. No podía decirse que fuera una jovencita. Andaría por los cincuenta, y, por lo que parecía, no trataba de disimularlos. Debía de ser una mujer muy segura de sí misma. La esbeltez de sus líneas no era incompatible con la menudencia de su estatura. Llevaba, con sencilla elegancia, un vestido de suave tejido de rayas y, sobre los hombros, una rebeca beis de cachemira, todo ello coronado por un corte de pelo impecable. Decir que su rostro era bello habría sido excesivo, pero, qué duda cabe, sus rasgos componían una equilibrada imagen. Habría hecho suspirar a más de uno cuando era joven. No, pretendientes no le habrían faltado, desde luego. Su lenguaje corporal, natural y sin poso de afección, como recuerdo y esencia de épocas pasadas, parecía atestiguarlo.

Llamé al camarero y, tras pedir un segundo vodka Gimlet, me metí en la boca unos anacardos y retomé la lectura. De vez en cuando, no podía evitar llevarme la mano al nudo de la corbata como para comprobar si seguía en su sitio.

Transcurridos apenas quince minutos, me percaté de que la mujer se había deslizado hasta el taburete contiguo al mío, impelida sin duda por los clientes que acudían en grupo y buscaban sitio en la barra. Deduje, al menos, que no esperaba a nadie. En cuanto a la novela, pese a haber leído algunas páginas más, no mostraba visos de mejora.

—Disculpe —dijo de pronto, dirigiéndose a mí.

Alcé la mirada, que se topó con su rostro.

—Me he dado cuenta —prosiguió ella— del fervor que pone usted en la lectura y no he podido reprimir la curiosidad ni el deseo de preguntarle por el título.

Su voz era densa y terrosa, en obvio contraste con su estatura. No había frialdad en el tono, pero tampoco estaba aderezado de simpatía alguna ni se solapaba entre sus inflexiones invitación o insinuación de ningún tipo.

—Claro, por supuesto. En cualquier caso, le advierto que se trata de una novela de lo más insulsa —repliqué, al mismo tiempo que colocaba el marcapáginas y cerraba el libro.

—Entonces, ¿qué diversión le ves a eso que haces? —soltó de sopetón.

Aquello me dejó un tanto perplejo y me pregunté si no habría pasado yo algún detalle por alto, si no se me habría escapado algo que me impedía interpretar y entender bien aquello que acababa de decirme. Me giré para poder mirarla de frente. Ciertamente, no la conocía de nada. No suele dárseme del todo bien recordar las facciones de la gente, pero si algo podía afirmar con la completa convicción de no equivocarme era que nunca, en toda mi vida, había visto a aquella mujer. Si hubiera coincidido con ella en alguna circunstancia pasada, a buen seguro la recordaría. Pertenecía, sin duda, a esa clase de mujeres cuyo rostro no se olvida.

—¿A *eso* que hago...? —repliqué.

—Sí, eso de engalanarte en un buen traje, sentarte a la barra de una coctelería y tomarte un Gimlet mientras te enfrascas en la lectura de una novela.

Seguí sin comprender con exactitud qué era lo que trataba de decirme, pero no me cupo la menor duda de que su intención no era buena y de que tal vez buscaba confrontación. No repliqué. Me limité a mirarla a la cara, misteriosamente desprovista de expresión alguna, y guardé silencio, a la espera de que prosiguiera, si es que decidía hacerlo. Desde luego, ocultaba sus pensamientos tras aquel inexpresivo rostro. No despegó la boca durante un largo minuto.

—Vodka Gimlet —fui yo quien habló, incapaz de sostener aquel gélido mutismo por más tiempo.

—¿Perdón?

—Me refiero a que es un vodka Gimlet, no un Gimlet a secas —aclaré. No era más que una puntualización sutil, pero necesaria, si se deseaban evitar equívocos.

Hizo un leve y tenso movimiento de cabeza, como si espantara un molesto mosquito que revoloteara ante sus ojos.

—Muy bien, como quieras. El caso es que te lo pasas bien, ¿verdad?, así, sintiéndote un hombre elegante e inteligente, sofisticado, tal vez.

Lo mejor que podía hacer en ese momento era pagar la cuenta y largarme de allí. ¿Qué necesidad tenía yo de aguantar esa especie de ultraje, aquella tomadura de pelo o provocación, o ambas cosas a la vez? Ninguna. Además, ¿qué mínima justificación podía explicar tan desmedida afrenta, aparte de que, tal vez, hubiera tenido un mal día y estuviese tratando de hacérselo pagar al primer incauto que se le cruzara en el camino? Algo en mí debía de haberle irritado especialmente y despertado irreprimibles deseos de volcar su frustración sin apenas haber mediado palabra. Seguirle el juego a alguien así no me traería nada bueno, de modo que no veía mucha más alternativa que ofrecerle mis disculpas, ponerme en pie con una sonrisa (o sin sonrisa), pagar y alejarme lo más rápido posible. Sí, eso era lo más sensato que podía hacer, ya que obcecarme en quedar siempre por encima de los demás no formaba parte de mi carácter, como tampoco era de mi agrado pelear en batallas inexistentes, sin causa aparente. La situación pedía una retirada en silencio.

Y, sin embargo, no lo hice. Algo, atribuible quizás a la curiosidad, me retuvo.

—Disculpe, pero ¿nos conocemos de algo? —fue lo único que me vino a la cabeza.

Ella entornó de inmediato los ojos, como si los hubiera atravesado una corriente eléctrica, y me miró con fijeza del modo en que observaría un objeto extraño e inclasificable. Una serie de arrugas se le dibujó en el rabillo de ambos ojos.

—¿Que si nos conocemos de algo? —repitió desdeñosa, y sujetó el vaso de lo que debía de ser su tercer cóctel de la noche, si no me traiciona la memoria. Lo apuró de un trago y volvió a la carga—: ¿Y *tú* me preguntas si nos conocemos de algo? ¿Acaso tienes la cabeza llena de pájaros?

Volví a sentirme desubicado y traté de hacer un presuroso recuento de mis recuerdos hasta donde me fuera posible. ¿Acaso habíamos coincidido ya en otra ocasión? No, no; estaba segurísimo

de que no. Hurgué, indagué y escudriñé los más remotos recovecos de mi cabeza sin que la imagen de ella apareciera por ninguno. Concluí sin ningún género de duda que jamás la había visto hasta esa noche, apostada ante la barra de aquella coctelería.

—Tengo la impresión —apunté, tratando de serenar las aguas — de que me confunde con otra persona.

Pero mi voz resonó seca y quejumbrosa, apenas reconocible. Ella soltó una risita gélida.

—Muy bien. Si eso es lo que te apetece creer… —Y depositó con suavidad el vaso de fino cristal Baccarat sobre su posavasos antes de añadir, cambiando de tercio—: Llevas un traje estupendo. Sin embargo, diría que no te sienta demasiado bien. Tiene toda la pinta de ser alquilado. Y respecto a la corbata, permíteme decirte que no podías haber hecho una elección peor. Observo una sutil contradicción: la corbata es italiana y el traje posiblemente inglés.

—Vaya. Envidio su agudeza en cuestiones del vestir —señalé irónico.

—Agudeza… —balbuceó—. Cuestiones del vestir… —Por un instante, pareció azorarse. Sus labios se entreabrieron un poco antes de volver a clavar su mirada en mí—. No doy crédito a lo que acabo de escuchar —prosiguió—. Estás comportándote de un modo tan hipócrita… Sabes muy bien que, si de algo entiendo, es precisamente de ropa.

¿Lo sé muy bien? Hice un precipitado repaso mental de las pocas personas ligadas al mundo de la confección y la moda que conocía, y no tardé en reparar en que todas eran varones, de manera que aquella conversación, si es que pudiera aspirar a calificarse como tal, cosa que dudo, se había convertido en un disparate surrealista.

¿Estaba yo obligado a *saber* que ella era una experta en asuntos del vestir? Pues sí que estábamos buenos. Basta. Se me quitaron por completo las pocas ganas de explicarle, una por una, las vicisitudes de aquella tarde que me habían acabado empujando hasta aquel bar o coctelería, o lo que fuera, bien trajeado y con corbata, cosa que en principio había considerado, con la tibia esperanza de que entrara en razón. Habría sido inútil: ella recibiría

mis explicaciones como un soplo de aire fresco que le serviría para avivar con denuedo sus ataques.

Apuré lo poco que quedaba de vodka Gimlet en mi vaso y me incorporé. Había llegado el momento de poner fin a aquel despropósito.

—Tal vez *tú no me conozcas*... —dijo de pronto.

Asentí con la cabeza. En efecto, no me quedaba ninguna duda de ello.

—Coincidimos una vez en cierto lugar —continuó—, pero, como no intercambiamos ninguna palabra, es posible, como he dicho, que *no me conozcas*. Estabas tan ocupado en aquella otra cosa..., como es habitual en ti.

¿Como es habitual en mí?

—Resulta que yo soy amiga de cierta amiga tuya —prosiguió ella, el tono suave pero rotundo—. Sí, esa mujer con quien guardas una buena amistad, o, mejor dicho, *guardabas*, porque si algo está claro es que te detesta. Y no es la única, yo te detesto tanto como ella. Vamos, seguro que recuerdas algo. Si te esfuerzas un poco, te vendrá a la cabeza. Sí, hace tres años; sí, a escasos metros de la orilla; sí, aquella cosa horripilante que perpetraste allí. Recuérdalo. Adelante, ahógate en tu propia vergüenza.

La situación acababa de rebasar el límite que yo había estado dispuesto a tolerar, de modo que, como un resorte, agarré la novela, de la que apenas me quedaban unas páginas para llegar al final, y me la metí en el bolsillo de la chaqueta, sin pretensión ninguna ya de terminar de leerla.

Pagué en metálico con pasmosa agilidad y puse rumbo hacia la puerta de la coctelería sin despedirme. Ella no volvió a abrir la boca; se limitó a seguir mis pasos con la mirada, cuyo aguijonazo sentí en la espalda, perforando mis carnes como una saeta afilada, profanándolas y dejándome una marca indeleble en la piel debajo de la opulenta chaqueta Paul Smith de alta costura.

Sin volver la vista atrás, alcancé la estrecha escalera que

conducía a la calle y, mientras subía los peldaños, fui recapitulando lo que acababa de sucederme.

Me pregunté si debería haber objetado a aquella provocación o, mejor tal vez, si debería haberle exigido que se expresara a las claras y sin rodeos, porque parecía haber insinuado graves acusaciones hacia mi persona, atribuyéndome sin justificación alguna determinados hechos, fueran estos los que fuesen, con los que yo no tenía nada que ver.

¿Por qué no lo había hecho? ¿Por qué no le había exigido explicaciones? Quizás por miedo. Por miedo a saber qué abominable suceso le había ocurrido hacía tres años y *a escasos metros de la orilla* a aquella mujer que posiblemente ni siquiera conocía, y en el que aquel *yo que no era yo* por lo visto había estado involucrado; o, peor aún, quizás me atemorizaba que extrajera de mí mismo, de mis entrañas más profundas, cierto secreto escondido del que yo no tuviera constancia, haciendo explícitos para mí todos aquellos detalles atroces relativos al susodicho suceso. Ante cualquiera de ambas posibilidades, tan temible la una como la otra, había optado por guardar silencio y eludir la confrontación, alejarme de la barra y abandonar el lugar sin plantar cara a aquellos reproches injustificados (yo, al menos, no les encontraba justificación posible).

A medida que subía las escaleras, un nebuloso resquemor fue abriéndose paso en mí, haciéndome cuestionar la conveniencia de mi decisión, infundiéndome la duda de si quizás habría de comportarme de una manera diferente con aquella mujer en la hipotética circunstancia de volver a encontrármela.

La palabra *orilla* resonó de nuevo en mi cabeza, clavada como una espina, enigmática e incomprensible, asociada a un río, un lago, el mar o cualquier otra acumulación de agua de ciertas dimensiones. Pero ¿acaso había estado yo tres años atrás en un lugar semejante? No, que yo recordase. Además, ¿a qué periodo de tiempo se refería ella cuando utilizó la expresión *hace tres años?* Sus palabras habían sido concretas, cierto, pero también enormemente ambiguas y abstractas; sus intervenciones claras y comprensibles, pero carentes de hilo conductor, y aquella

incoherencia había acabado con mis nervios y mi paciencia.

Lo único que no me resultaba confuso era un sabor agrio que se me había quedado entre la lengua y el paladar, y que por más que tragase o escupiese no se me iba. Habría deseado ser capaz de enfadarme por lo absurdo y desagradable del encuentro, por el modo tan desconsiderado con que me había tratado. ¿Qué había hecho yo para merecerlo? Nada. Y, sin embargo, había tenido que aparecer ella para echar a perder aquel atardecer de primavera que, por lo demás, estaba resultándome tan agradable y apacible. ¿Qué me ocurría? ¿Por qué no lograba enojarme? Oleadas de perplejidad se habían llevado todos mis sentimientos y facultades, incluida la capacidad de razonar, arrastrándolos lejos, fuera de mi alcance.

Llegué al final de las escaleras y crucé el umbral de la puerta. La primavera ya no era primavera. La luna llena no coronaba el cielo ni aquella calle era, de hecho, la misma por la que había llegado a la coctelería. Tampoco los árboles en hilera me resultaron familiares, con sus troncos transmutados alrededor de los cuales se enroscaban gruesas serpientes, abrazándolos con fuerza, contorsionándose, mostrándome sus viscosos y escurridizos lomos como una espeluznante y retorcida decoración viviente. Percibí el áspero y seco sonido de sus escamas al rozar la corteza de los troncos. Avancé por la acera, percatándome de la densa acumulación de ceniza que me llegaba a la altura de los tobillos. Los demás transeúntes, tanto hombres como mujeres, carecían de rostro. En el lugar donde debía encontrarse este, se abría una oquedad desde la que asomaba el final de la garganta y a través de la cual aquellos hombres y mujeres exhalaban un vapor amarillento que debía de ser azufre. Tuve que alzarme el cuello de la chaqueta para resguardarme someramente del gélido frío que hacía.

«Adelante, ahógate en tu propia vergüenza», había dicho ella.

Notas

1. John Scott desarrolló su actividad como jardinero de los Yakult Swallows entre 1979 y 1981, tiempo durante el cual logró cuatro *home runs* en un doble juego y fue galardonado en dos ocasiones con el trofeo Guante de Oro. *(N. del A.)*

2. Mike Reinbach fue jardinero derecho de los Hanshin Tigers, equipo en el que gozó de gran popularidad debido a su arrojo y carácter intrépido a lo largo de los cuatro años, entre 1976 y 1980, en que militó en sus filas. Junto a su compañero de equipo Hal Breeden, solía confiársele el puesto de cuarto bateador o *cleanup hitter*. *(N. del A.)*

3. Schein era como solía conocerse en Japón a Richard Alan Scheinblum, que jugó entre 1975 y 1976 con los Hiroshima Toyo Carp, ocupando la posición de jardinero. Su calidad era indudable, como demostró al llegar a participar en un partido de las estrellas de la Liga Mayor de Béisbol de Estados Unidos y Canadá (MLB). *(N. del A.)*

Primera persona del singular
Haruki Murakami

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: 一人称単数 (*Ichininshou tansu*)

Ilustración de la portada: © David de las Heras

© 2020, Haruki Murakami. Original publicado por Bungeishunju Ltd., Tokio.

Traducción: © Juan Francisco González Sánchez, 2021

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2021

ISBN: 978-84-1107-028-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!